



BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS

24

# OBRAS

DE

D. MANUEL E. DE GOROSTIZA

TOMO II.

TEATRO

II



IMP DE V. AGÜEROS, EDITOR,  
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1899





**DON DIEGUITO:**  
**COMEDIA ORIGINAL, EN CINCO ACTOS.**

---



## PERSONAJES.



DON ANSELMO.

DON DIEGUITO.

DON CLETO.

DON SIMPLICIO.

DOÑA MARIA.

DOÑA ADELAIDA.

SIMON, *criado*.

*La escena es en Madrid, en casa de don Cleto,  
y en una sala de la habitación que ocupa en ella  
don Dieguito.*



## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Mil veces y mil repito,  
que habéis obrado muy mal.

D. ANSELMO.

Pero dime, pese á tal.  
¿en donde está mi delito?

D. DIEGUITO.

En dejar á Santander;  
sin escribirme siquiera  
dos renglones,

D. ANSELMO.

Bueno fuera,  
queriéndote sorprender,  
enviártelo yo á decir.



— 8 —

D. DIEGUITO:

Pues si medía hora tardáis  
en llegar, no me encontráis.

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿pensabas salir?

D. DIEGUITO.

Sí señor; hay baile en Francia....

D. ANSELMO.

¡Y te ibas sin mi licencia!  
dígame que es imprudencia.

D. DIEGUITO.

Y la vuestra es ignorancia.  
¡Cuánto sentís la montaña  
tío y señor!

D. ANSELMO.

Ya se ve  
que lo siento y mucho; que  
¿no hay más que salir de España?

D. DIEGUITO.

No quise hablaros tampoco  
de tamaña tontería;  
sólo sí, que usted olía  
á montañés.

D. ANSELMO.

Y dí loco,  
sin respeto ni decoro,  
¿á qué huele un montañés?  
porque si á escabeche no es,  
bien sabe Dios que lo ignoro.



— 9 —

D. DIEGUITO.

Que os he de hablar, estoy viendo  
siempre en lenguaje muy llano.

D. ANSELMO.

Mira, háblame en castellano,  
y verás como te entiendo.

D. DIEGUITO.

Pues sepa usted, ya que viene  
de provincia, y no lo sabe,  
(aunque ignorancia tan grave  
casi disculpa no tiene)  
que el ir á Francia, es lo mismo  
que ir á ver su Embajador.

D. ANSELMO,

¿Y quién entiende señor  
tan elegante modismo,  
á no ser uno de ustedes?

D. DIEGUITO.

Es verdad; y apostaría  
á que no se me entendía,  
ni en Móstoles, ni en Paredes;  
y ya ve usted caro tío  
si están cerca.

D. ANSELMO.

Si lo están,  
mas no, no te entenderán  
de seguro, yo lo fío.



— 10 —

D. DIEGUITO.

Pero dejemos á un lado  
semejante necedad,  
y decidme ¿qué deidad,  
os ha tan bien inspirado?  
¿Qué genio os ha conducido  
tan bienhechor y tan grato,  
á Madrid?

D. ANSELMO.

Un Maragato,  
es sólo quien me ha traído.

D. DIEGUITO.

¡Maragato! puf qué horror.

D. ANSELMO.

Oyes, no era muy bonito.  
mas con todo, te repito  
que ha sido mi conductor;  
y cuando el mal pensamiento  
de ver á Madrid me dió,  
con la idea de ser yo  
padrino en tu casamiento,  
no puse el mayor cuidado  
en la beldad del muchacho,  
sino en el trote del macho,  
en que vine atravesado.

D. DIEGUITO.

Según eso amado tió  
dejáis por mí vuestro hogar.



— 11 —

D. ANSELMO.

¿Y qué hay de particular  
en eso sobrino mio?  
¿no eres tú de mi caudal  
solo y único heredero?  
¿no te educó con esmero  
mi cariño paternal?  
Si vinistes á la Corte  
á soñadas pretensiones,  
¿no fueron, dí, mis doblones,  
los que te dieron el porte  
de galán y de entendido?  
¿contrarié jamás tu gusto?  
pues entonces ¿no es muy justo,  
ya que quieres ser marido,  
que también quiera mi amor  
conocer con Barrábas,  
la sobrina que me das?

D. DIEGUITO

Y ¿cómo podré señor,  
dignamente agradecer,  
un favor tan señalado?

D. ANSELMO.

Está luego hartó pagado  
si se llega á conocer,  
¿pero Diego y con tu amante  
en qué altura te hallas, dí?

D. DIEGUITO.

Toma, que me adora.



— 12 —

D. ANSELMO.

Sí,  
pues has logrado bastante:  
¿y el padre?

D. DIEGUITO.

Sin duda alguna,  
me quiere con más terneza  
que la chica; y más firmeza.

D. ANSELMO.

¡Jesús hombre y qué fortuna!

D. DIEGUITO.

Si señor, y aunque abogado  
de crédito cual ninguno,  
no defiende pleito alguno,  
sin haberlo consultado  
antes conmigo.

D. ANSELMO.

¡Qué dices!  
¿y saben eso los clientes?

D. DIEGUITO.

Lo ignoro, pero son gentes  
que tienen buenas narices.  
y ya lo habrán conocido.

D. ANSELMO.

Pues mira, querido Diego,  
quien pierda su pleito, luego  
te ha de estar agradecido.

— 13 —

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere  
D. Cleto, y sin opinión  
propia, en cualquiera ocasión  
á mi opinión se refiere:  
por eso usted le verá  
preguntarme á troche y moche,  
D. Dieguito ¿es ya de noche?  
D. Dieguito ¿lloverá?  
y otras mil cosas que evito,  
por ser relación molesta.

D. ANSELMO.

Ya, como que tiene puesta  
su confianza en D. Dieguito.

D. DIEGUITO.

¿Y la madre? ¡qué señora  
tan buena! ¡si pierde el juicio  
por mí! ¿pues y D. Simplicio?

D. ANSELMO.

¡Calle! ¿á que también te adora  
D. Simplicio?

D. DIEGUITO.

Que sé yo,  
pero á lo menos lo dice;  
y á cada instante bendice  
la madre que me parió.

D. ANSELMO.

¿Y quién es el tal?



— 14 —

D. DIEGUITO.

El tal,  
es un amigo querido  
del padre, que ha dirigido  
la educación racional  
de la hija.

D. ANSELMO.

¿Con que sabrá  
mucho?

D. DIEGUITO.

Ya se ve que sabe.  
¡Sabe el francés!

D. ANSELMO.

¡Ola! grave  
estudio.

D. DIEGUITO.

Y tradujo ya  
no sé si fueron dos mil  
melodramas.

D. ANSELMO.

Pues amigo,  
si tradujo bien, te digo  
que no es ningún zascandil.

D. DIEGUITO.

Y cuánto no hubiera dado,  
porque á sabio tan divino,  
en casa de Zeferino,  
hubiese usted escuchado  
ayer mismo al medio día.



— 15 —

D. ANSELMO.

¿Es casa de algún señor,  
de las ciencias protector?

D. DIEGUITO.

No, es una pastelería  
donde fuimos á almorzar.

D. ANSELMO.

¿Y quién pagó.

D. DIEGUITO.

Pagué yo:

porque á los hombres de pró,  
jamás permito pagar.

D. ANSELMO.

No hiciera más Salomón;  
que un literato cabal,  
tiene en letras su caudal,  
nunca en reales de vellón.

D. DIEGUITO.

Pues como digo; fué tanto  
lo que el hombre me elogió,  
que casi me sonrojé.

D. ANSELMO.

Más humilde eres que un santo;  
pero qué sabes hacer,  
dí. para que así te adoren  
las hembras, y se enamoren  
los machos du tu saber?



— 16 —

D. DIEGUITO.

No sé, mas ello no es cuento.

D. ANSELMO.

¿Será estrella?

D. DIEGUITO.

No es estrella;  
sino mi figura bella  
y mi gran entendimiento.  
¿Quiere usted que le refiera,  
de que modo conocí  
á mi Adelaida?

D. ANSELMO.

Hombre sí.

D. DIEGUITO.

Fué cosa muy lisonjera:  
Un domingo en cierta parte  
donde bailábamos antes,  
entre un grupo de elegantes  
hijos de Venus y Marte,  
que todos ellos hablaban  
á un tiempo, y se divertian  
infinito, pues reían  
y á sí propios se escuchaban;  
una señorita estaba  
tan discreta como hermosa,  
que lánguida y desdñosa,  
apenas les contestaba.  
Cuanto la ví, me gustó;  
la hice señas, y en verdad



— 17 —

sì os he de hablar realidad,  
en ellas no reparó.  
Su indiferencia por fin  
cansó mi orgullo ofendido,  
y así poniéndome erguido,  
arreglado el corbatín,  
atusándome el cabello,  
y el sombrero bajo el brazo,  
me acerco paso ante paso  
adonde estaba aquel bello  
serafín, aparentando  
que por distracción me arrimo,  
y saludando con mimo  
á cuantas iba mirando.  
Llegué al cabo, y con la idea  
de que viese el tono mío,  
le hablé de calor y frío,  
de Máiquez y la Correa,  
de París, (donde no he estado,)  
de bailes, música, y cantos,  
y eu fiu murmuré de cuantos  
se hallaban á nuestro lado.  
¡Mas ay Dios y qué fracaso!  
la ninfa de mis amores,  
apesar de mis primores  
no me hizo tampoco caso,  
y cuando quise después  
ponderarla su hermosura,  
el diablo de la criatura,  
sólo respondió con pues,  
vaya. Jesús qué burlón,



## — 18 —

son ustedes muy ladinos,  
ó con otros desatinos  
que aumentaban mi pasión.  
Aburrido al ver tan rara  
frialdad, pensé en retirarme:  
en esto siento abrazarme  
por detrás, vuelvo la cara,  
hallo un simple conocido,  
que se informa cuidadoso  
de mi salud, que enojoso  
me abruma á puro cumplido,  
que habla de vd. de su renta,  
que exagera mi caudal;  
y que después informal,  
sin despedirse se ausenta.  
La niña con atención  
observaba aquesta escena,  
y sin duda la enajena  
mi talle y mi discreción;  
pues luego que el importuno  
se va, con dulce soflama  
me mira, se ríe, me llama  
y distingue cual ninguno.  
Bailamos señor, bailamos  
en seguida siempre juntos;  
hablamos de mil asuntos  
y del nuestro al cabo hablamos;  
y fué tal nuestra pasión,  
que ya nos juramos fé  
eterna, en un balancé  
del séptimo rigodón,



— 19 —

D. ANSELMO.

¡Mire vd. tanto desvío  
en lo que luego paró!

D. DIEGUITO.

Y en tal noche; no sé yo  
como pudo el dueño mío  
de mi figura gustar,  
por cierto lo extraño mueho,  
pues estaba tan malucho,  
y acababa de pasar  
tal crugida, que en verdad  
ya fué buena, como que  
burla burlando, apuré  
en mi corta enfermedad  
cuantos diascordios había  
en la botica famosa  
de la Reina Madre.

D. ANSELMO.

¡Hay cosa  
más rara! pues si tenía  
cuatro novios como tú  
por vecinos, la botica  
quedaba pronto más rica  
que una mina del Perú.

D. DIEGUITO.

Los padres no conocieron  
nuestra pasión; porque atentos  
me hicieron mil cumplimientos,  
y su casa me ofrecieron,  
Luego me dejaban solo



— 20 —

con ella por el jardín,  
y luego . . . vamos por fin  
me enamoré como un bolo.  
¡Mas casualidad maldita!  
cuando estaba más metido,  
sale el viejo con que ha olido  
la maraña, gruñe, grita,  
mil escrúpulos le asaltan,  
me declara cruda guerra,  
y de su casa me cierra  
las puertas.

D. ANSELMO.

Vaya no faltan  
contratiempos en tu historia.

D. DIEGUITO.

Por fortuna no soy tonto,  
y supe conjurar pronto  
el nublado: aunque la gloria  
debo en parte á don Simplicio,  
pues fué quien me aconsejó  
que de boda hablase yo.

D. ANSELMO.

¡Cáspita y qué beneficio!  
por supuesto ¿bastaría  
que esta voz se pronunciase,  
para que al fin se allanase  
todo?

D. DIEGUITO.

En aquel mismo día:  
después una habitación



— 21 —

se encuentra desocupada  
en la casa de mi amada,  
y sin ninguna intención  
se me ofrece por los viejos;  
yo la admito . . . porque al cabo  
quise estar más cerca.

D. ANSELMO.

Bravo,  
siempre es mejor que estar lejos,

D. DIEGUITO.

¿Quién lo duda?

D. ANSELMO.

Pero chito;  
que he sentido cierto ruido  
de campanillas. Querido,  
¿tiene tu suegro bendito,  
calesín?

D. DIEGUITO.

¿Y para qué?

D. ANSELMO.

¡Tomal para ir la otoñada  
al Consejo.

D. DIEGUITO.

¡Qué bobadal  
en caso fuera bombé:  
mas si no me engaño, son  
los sellos de don Simplicio.

D. ANSELMO.

Pues eran para mi juicio  
calesín ó procesión.



— 22 —

## ESCENA II.

DON SIMPLICIO Y DICHOS.

D. SIMPLICIO.

Señor Don Diego, sabed  
que vengo comisionado  
por vuestro dueño adorado  
para que.... ¡Ah! perdone vd.  
caballero. *(Rep. en D. Ans.)*

D. ANSELMO.

Servidor

de vd.

D. SIMPLICIO.

Vuestro me repito:  
escuche vd. don Dieguito,  
con licencia del señor.

D. ANSELMO. *(Aparte.)*

Vd. la tiene: éste va  
á preguntar quién soy yo.

D. SIMPLICIO. *(Aparte á D. Dieguito.)*

¿De qué tapiz se arrancó  
la figura que allí está?

D. DIEGUITO. *(Id. á D. Simplicio.)*

Sepa vd.

D. SIMPLICIO. *(Id. á D. Dieguito.)*

Por vida mía  
que es espantosa visión;  
¡qué chupa! ¡qué casacón!

## — 23 —

mullidor de cofradía  
cuando menos será el tal.

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

Don Simplicio, poco á poco . . . .

D. SIMPLICIO. (*Id. á D. Dieguito.*)

O si en esto me equivoco,  
podrá ser un animal.

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

¡De mi tío se habla así!

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito,*

¿Qué dice vd. por S. Telmo?

D. DIEGUITO. *Id. á D. Simplicio*

Qué es mi tío don. Anselmo.

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito.*

¿El de los millones?

D. DIEGUITO. (*Id. á D. Simplicio.*)

Sí.

D. SIMPLICIO. (*Id. á D. Dieguito.*)

Acabara vd. de hablar.

Una y mil veces dichoso (*A D. Ans.*)

este instante venturoso

es para mí, sí: abrazar

al mortal ilustre puedo,

cuya sensibilldad,

bondad, amabilidad,

probidad, edad, y . . . .

D. ANSELMO.

Quedo,

don Simplicio; basta ya

de piropos.



— 24 —

D. SIMPLICIO.

No señor;  
no basta; porque mi amor,  
es mucho amor. Ojalá  
que la fama me cediese  
por un instante, las cien  
trompetas....

D. ANSELMO.

¡Ay Dios! ¿y quién  
quiere vd. que se estuviese  
dos minutos á su lado?  
Pobres orejas.

D. SIMPLICIO.

Entonces  
su nombre de vd. volara  
de boca en boca, y lograra  
eternizarse con bronces,  
estatuas y monumentos;  
entonces.... pero ¡qué digo!  
permítame vd. amigo,  
que deje los cumplimientos,  
y en alas de mi deseo  
noticia tan placentera  
anuncie.

D. ANSELMO.

Como vd. quiera,  
don Simplicio; pero creo  
que mi traje no es decente,  
para ponerme delante  
de damas y....



— 25 —

D. SIMPLICIO.

Es elegante,  
sí señor; y ciertamente  
todos dirán que su corte  
es á la inglesa; que él es  
obra de un sastre francés  
establecido en la Corte;  
y que os costó sendos reales.

D. ANSELMO.

Pues tenga vd. por muy cierto,  
que es obra de un sastre tuerto  
natural de Castro Urdiales.

D. SIMPLICIO.

Y añade vd. que también  
se encuentra la prueba en eso  
del espantoso progreso  
de las luces; ¿digo bien,  
don Dieguito?

D. DIEGUITO.

¡Qué sé yo!  
fuera en verdad muy perverso,  
si á la faz del universo,  
no declarase que no.  
Esa hechura en realidad,  
no es de moda.

D. SIMPLICIO.

Yo no digo  
que lo sea, pero....



— 26 —

D. DIEGUITO.

No amigo:

en puntos de esta entidad,  
no transíjo con mi honor.

D. SIMPLICIO.

Es terrible este don Diego:  
joven, rico, amable, y luego  
petimetre.... mas señor  
es preciso confesar  
que tenéis todo un sobrino.

D. ANSELMO.

¿Quién lo niega?

D. SIMPLICIO.

Es desatino,  
lo que debe adelantar  
en su carrera.

D. ANSELMO.

Sí tal;  
cuando empiece una carrera.

D. SIMPLICIO.

No hay mujer que no se muera  
por él.

D. ANSELMO.

Pues hace muy mal.

D. SIMPLICIO.

Ya se ve, tiene tan bella  
figura....

-- 27 --

D. ANSELMO.

No he reparado.

D. SIMPLICIO.

Su talento es despejado....

D. ANSELMO.

Me alegro.

D. SIMPLICIO.

Y después aquella  
instrucción, aquel despejo  
que el cielo le ha concedido,  
admira.

D. ANSELMO.

¿Con que es instruído?

D. SIMPLICIO.

Sí señor, por mi consejo,  
se traga cuanto papel  
ya docto, ya literario,  
se imprime.

D. ANSELMO.

¿hasta el calendario?

D. SIMPLICIO.

También se cuenta con él.

D. ANSELMO.

Sopla.

D. SIMPLICIO.

Mas quiero callar  
porque pudiera ofender  
su modestia y....

— 28 —

D. DIEGUITO.

No puede ser;  
no señor, y continuar  
debe vd.

D. ANSELMO.

Mas el recado  
consabido....

D. SIMPLICIO.

Voy corriendo,  
pero antes será diciendo  
que sois muy afortunado *A D. Ans.*  
en tener tal sobrinito;  
pues por más que lo busquéis  
es fijo que no podréis  
hallar otro D. Dieguito.

D. ANSELMO.

¡Y necio de mí pues yo  
no juzgué que el chico fuera,  
un hombre como cualquiera.

D. SIMPLICIO.

¿Como cualquiera? eso no;  
es un ser muy diferente.

D. ANSELMO.

Ya lo empiezo á conocer.

D. SIMPLICIO.

Agur pues,

D. ANSELMO.

Hasta mas ver.  
¡qué necio y qué impertinente!

*[Aparte]*



— 29 —

### ESCENA III.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Vaya tío la verdad,  
no es cierto que D. Simplicio  
es un pájaro de cuenta:

D. ANSELMO.

No<sup>5</sup>hay duda sobrino mío;  
es un hombre extraordinario.

D. DIEGUITO.

¡Tomal por eso le he visto  
siempre á la moda....

D. ANSELMO.

Lo creo.

D. DIEGUITO.

Y le llevan en palmitos,  
y....por eso me contentan  
sus elogios repetidos,  
mucho más que si saliesen  
de los labios esquisitos  
de un doctor en teología.

D. ANSELMO.

¿Y si fueren excesivos?  
y si acaso te tratase  
con demasiado cariño,  
con har<sup>ta</sup> parcialidad.



— 30 —

qué dirías? él es tu amigo,  
y algo pródigo en elogios.

D. DIEGUITO.

¡Pródigo en elogios, lindo,  
precisamente de nadie  
hablar bien nunca lé he oído  
si no de mí.

D. ANSELMO.

Mayor causa  
para desconfiar, sobrino.  
Tú no eres ningún Adonis.  
como ya te lo habrá dicho  
el espejo muchas veces;  
además ¿donde has seguido  
los estudios? ¿cuáles aulas  
has cursado? vaya, dílo  
para encontrarte adornado  
de un saber tan repentino?

D. DIEGUITO.

¿Con que nada sé?

D. ANSELMO.

Sabrás  
sino lo has puesto en olvido,  
la gramática latina  
que te enseñó siendo niño  
el dómine en Santander,  
y aquello que por ti mismo  
hayas podido aprender  
en Madrid, que si yo digo



— 31 —

lo que siento, nunca será  
mucho.

D. DIEGUITO.

Pues mire vd., tío,  
lo que es gramática sé  
bien poco; pero os afirmo  
que nada absolutamente  
desde entonces he aprendido.

D. ANSELMO.

¿Luego tu ciencia es infusaj

D. DIEGUITO.

Infusa, ó no es positivo,  
que todos dicen que tengo  
un talento peregrino.

D. ANSELMO.

El talento como el suelo  
mas feraz, si de cultivo  
carece, nunca produce  
sino inútiles espinos;  
así, Diego, nada importa  
que lo tengas esquisito:  
si te falta la instrucción.

D. DIEGUITO.

No me falta, ¡ay tal capricho!

D. ANSELMO.

¿Pues dime qué sabes?

D. DIEGUITO.

¿Yo?



— 32 —

D. ANSELMO.

Tú.

D. DIEGUITO.

No lo sé á punto fijo;  
pero ello es que hablo de todo,  
y me aplauden, y decido  
magistralmente y....

D. ANSELMO.

Pues eso  
no es saber nada, Dieguito.

D. DIEGUITO.

Ya, porque no lo estudié;  
como si fuese preciso  
para ser un literato,  
enterrarse entre los libros.

D. ANSELMO.

Hombre, á mi me parecía  
necesario requisito.

D. DIEGUITO.

En la montaña quizá  
lo será, pero es sabido  
que nunca en la Corte se hila  
tan delgado.

D. ANSELMO.

Te repito  
que no lo entiendo.



— 33 —

D. DIEGUITO.

Además,  
qué interés habrán tenido  
ni D. Cleto ni su esposa  
ni Adelaida ni Simplicio  
en engañarme y decir  
lo que dicen. Adivino  
que me saldréis con la pata  
de gallo, que nunca han sido  
voto las mujeres, cuando  
nos hablan de sus queridos  
hasta después de casadas  
con ellos; mas señor mío,  
¿él D. Simplicio y D. Cleto  
se casan también conmigo?

I. ANSELMO.

Soy de dictamen que no.

D. DIEGUITO.

Pues ambos juran que han visto,  
un pozo de ciencia en mí.

D. ANSELMO.

Permita el cielo divino  
que no sea un falso.

D. DIEGUITO.

Mil gracias  
por el cumplimiento, tío,

D. ANSELMO.

No te enfades, hombre, y sea  
lo que quieras, Si ha cabido



— 34 —

dudas en mi corazón,  
si manifesté sencillo  
mi temor, de que no fuesen  
la buena fe ni el cariño  
los sentimientos que dictan  
elogios tan desmedidos,  
no fué porque tú no puedas  
merecerlos, pero amigo  
por desgracia no soy joven,  
y muchas veces he visto,  
ensalzar hoy, lo que ayer  
mereció befa y ludibrio,  
y vice versa. ¿Te acuerdas,  
dime, de D. Agapito  
aquel pretendiente á togas  
tan flaco y tan consumido,  
y de quien todos burlaban  
en la tertulia del primo  
D. Eustoquio?

D. DIEGUITO.

Sí me acuerdo.

D. ANSELMO.

Pues luego le he conocido  
oidor en Oviedo, y ya  
era un hombre muy sabido  
y muy leído, después  
le nombraron para Quinto  
de Regente y ya era un sabio,  
y se murió el pobrecillo  
por último y volvió á ser



— 35 —

para todos un borrico.  
Mira tú que altos y bajos  
el concepto ha padecido  
del pobre Regente, y piensa  
si estás expuesto á los mismos.

D. DIEGUITO.

Como yo no fui Regente,  
ni....

D. ANSELMO.

Pero puedes ser rico  
y....

D. DIEGUITO.

Silencio por la Virgen,  
que viene....

D. ANSELMO.

¿Quién? un novillo.

D. DIEGUITO.

No señor, mi suegro y toda  
su familia.

#### ESCENA IV.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA, D. CLETO,

D. SIMPLICIO y *dichos*.

D. CLETO.

Bien venido  
señor D. Anselmo, vaya  
tuvo vd. bien calladito  
su viaje....



— 36 —

D. ANSELMO.

Fué tan de pronto....

D. CLETO.

Y no sé como no riño  
con vd., pero mejor  
será abrazarle.

D. ANSELMO.

Del mismo  
dictamen soy.

D. CLETO.

¿Sabe vd.,  
que está rejuvenecido,  
y que nadie le dará  
treinta años?

DOÑA MARIA.

Ni veinte y cinco,  
pues no ves el sonrosado  
de las mejillas, el brillo  
de los ojos, el.... si no  
que lo diga D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

Tenéis razón, y apostara  
á que el señor ha tenido,  
la fortuna de bañarse  
en el seno cristalino  
de la fuente de Juvencio.

D. ANSELMO.

¡Bañarme en fuente! pues digo  
acaso los Montañeses



— 37 —

somos tan puercos, los ricos  
tomamos baños en tina,  
y los pobres en el río.

D. SIMPLICIO.

Hablaba en alegoría.

D. ANSELMO.

Ese es otro desatino,  
guarde vd. su alegoría  
para el cortesano lindo  
que dice lo que no siente,  
y lo que no se le dijo  
oye, pero á montañés  
el pan pan, y el vino vino.  
Mas hablemos de otra cosa;  
supongo señores míos,  
que de la amable Adelaida,  
estoy viendo los hechizos?

DOÑA ADELAIDA.

Soy muy servidora vuestra.

D. ANSELMO.

Advierto que mi sobrino  
no me ha engañado y que son  
sus retratos parecidos,

DOÑA MARIA.

¡Ojalá con que escribió á vd,

D. ANSELMO,

Mil veces:



- 38 -

DOÑA MARIA.

Qué picarillo,  
y decidme ¿en prosa ó verso?

D. ANSELMO.

Con prosa sobra infinito,  
cuando se pide dinero,  
y como este siempre ha sido  
el objeto principal  
de sus cartas. . . .

DOÑA MARÍA.

Pues amigo  
tiene mucha habilidad;  
y si no, vaya Dieguito,  
recite vd. si es que gusta  
aquel soneto tan lindo  
que compuso á un estornudo  
de Adelaida.

D. DIEGUITO.

¡Qué delirio!

DOÑA MARTA.

¿Por qué?

D. DIEGUITO.

Si no vale nada.

DOÑA MARIA.

¡Modestia!, usando artificio  
con que siempre los autores  
disfrazan su orgullo mismo;  
así pues fuera modestia.



— 39 —

DOÑA ADELAIDA.

Quizá el señor no halla digno  
el objeto y....

D. SIMPLICIO.

Un estornudo,  
Adela, es un desperdicio,  
y un desperdicio de vd.  
puede dar harto motivo,  
no digo para un soneto,  
sino también para cinco  
melodramas: por lo cual  
soy de opinión que sin mimos  
ni subterfugios, nos diga  
su soneto Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Pero si....

D. ANSELMO.

Vamos no te hagas  
de rogar, que si salimos  
después con lo que me temo,  
mereces dobles silbidos.

D. DIEGUITO.

Pues, señor, por obediencia  
solamente lo recito.

*A la encantadora Adelaida, oyéndola  
estornudar el día 14 de septiembre de  
1818 á las 3 y 29 minutos de la tarde.*



— 40 —

SONETO.

Si fuese negro, guachi repitiera;  
Alá te guarde siendo musulmanó,  
y si hubiese nacido castellano  
con un *dominus tecum*, respondiera.

Pero como la suerte lisonjera  
me eleva á petimetre cortesano,  
por más que Dios me tenga de su mano  
te diré lo que nadie te dijera.

Primero te diré que el Dios Cupido,  
tira flechas con arcos diferentes  
para hacernos dichosos ó infelices;  
y después te diré que complacido  
al observar mis prendas eminentes,  
para mí, se sirvió de tus narices.

D. SIMPLICIO.

Bravo amigo, lindamente.

D. CLETO.

¡Qué soneto tan divino!

D. SIMPLICIO.

Esto se llama hacer versos;  
que vengan pues los Virgilios,  
los Lopes los Garcilasos,  
y verán....

D. ANSELMO.

¿Conque este chico  
compone mejores versos  
que Lope?

D. SIMPLICIO.

Con tercio y quinto

— 41 —

D. ANSELMO.

¡Y con esa figurilla  
tan poco poética!

DOÑA MARIA.

Amigo

no tenéis por Dios razon;  
la figura de Dieguito,  
es tal, cual siempre conviene  
á la gente de su oficio.  
¿Ha visto vd. en su vida  
un poeta gordo, rollizo  
ni con buenas pantorillas?

D. ANSELMO.

¡Son tan pocos los que he visto!

D. CLETO.

D. Dieguito ¿sale vd.  
esta noche?

D. DIEGUITO

Nó, es preciso  
sacrificarla en obsequio  
de nuestro recién venido.

D. CLETO.

Pues entonces vamos  
á la sala, y divertidos  
podremos pasar el rato  
hasta la cena.

DOÑA MARIA.

Un tresillo  
jugaremos.



— 42 —

DOÑA ADELAIDA.

No mamá;  
soy de parecer distinto,  
mejor será que sigamos  
nuestro tema interrumpido  
por el señor.

D. SIMPLICIO.

Hablaremos  
sensibilidad.

D. DIEGUITO. .

Pues listo  
vamos todos.

D. ANSELMÓ. (*A parte*)

Vamos todos.  
¡Ay Valladolid bendito  
que bien tu casa de orates  
estuviera en este sitio!

## ESCENA V.

DON CLETO Y DON DIEGUITO.

D. CLETO.

Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Mande usted.

D. CLETO.

Ya que llegó vuestro tío,  
bueno fuera que á su vista



— 43 —

se zanjase el consabido  
enlace, y si fuese pronto  
mejor.

D. DIEGUITO.

Sí, sí, muy bien dicho,  
cuando se desnude, pienso  
hablarle.

D. CLETO.

Mañana mismo  
viene á casa un escribano  
para ciertos asuntillos  
y puede hacer de una vía  
dos mandados; esto es, digo,  
si á vd. le parece.

D. DIEGUITO.

Vaya

sí me parece: poquito  
lo deseo yo.

D. CLETO.

Y con razón;  
porque caballero mío,  
aun no sabe su merced  
qué gran cosa es ser marido.

---



## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

SIMON *solo.*

SIMON.

¡Qué ganas tengo de ver  
á mi señor don Anselmo  
y de abrazarle! tres años  
(como quien dice tres credos)  
hace ya que su merced  
nos envió á Madrid, cediendo  
de su sobrino querido  
á los incesantes ruegos,  
y otros tres hace también  
que obediente á sus preceptos,  
dejé de ser criado suyo  
para serlo de don Diego;

Gorostiza.—6



— 46 —

porque al fin, siempre conviene  
que un criado antiguo....mas siento  
pasos.... calla, si será  
don Anselmo, sí, en efecto,  
él es.

## ESCENA II.

DON ANSELMO Y SIMON.

D. ANSELMO.

Sensibilidad:  
más habladora, no pienso  
hallarla en toda mi vida,  
cáspita y que....Simonzuelo.

SIMON.

Señor.

D. ANSELMO.

Muy caro te vendes.

SIMON.

¿Conque me echó vd. de menos?

D. ANSELMO.

Pues no.

SIMON.

Cuando vd. llegó  
estaba en el coliseo,  
y por eso, ya se vé  
no estaba en casa.



- 47 -

D. ANSELMO.

Lo creo.

¿Y qué comedia te han dado?

SIMON.

El mágico de Salerno.

¡Si viera vd. cuánta gentel

D. ANSELMO.

Como el tal es hechicero,  
la habrá llevado por magia.

SIMON.

No señor; pero hay sus vuelos,  
y sus maromas pintadas,  
y su poquito de infierno,  
y después para acabar  
hay su gloria.

D. ANSELMO.

Muy bien hecho;  
no puede haber un final  
que más convenga.

SIMON.

Y por eso  
va la gente, porque al cabo  
á todos gusta lo bueno.

D. ANSELMO.

Tienes razón.

SIMON.

Pero vaya,  
¿cómo encontráis á don Diego?



- 48 -

D. ANSELMO.

Muy bien.

SIMON.

¿No habéis reparado  
que estirón ha dado?

D. ANSELMO.

Cierto.

SIMON.

¡Y qué bueno está!

D. ANSELMO.

Parece

canónigo de Toledo,  
cuando en lo gordo no sea,  
en lo sano y satisfecho.

SIMON.

¡Ya! tal vida se mama.

D. ANSELMO.

¡Oiga!

según eso ¿está contento?

SIMON.

¡Tomal pudiera no estarlo,  
yo también lo estoy.

D. ANSELMO.

Me alegro

infinito . . . .

SIMON.

Si señor;  
si desde que el casamiento  
se trató, puede decirse



— 49 —

que estamos en nuestro centro,  
pues se nos mimaba y regala  
y cuida y . . . .

D. ANSELMO.

Pues Simón, puedo  
asegurarte que nada,  
nada, me complace menos  
que esos mismos regalos.

SIMÓN.

¿Y por qué?

D. ANSELMO.

Porque por ellos  
sin duda encuentro á Dieguito,  
muy mudado.

SIMÓN.

No lo entiendo.

D. ANSELMO.

Yo sí; Dieguito allá en casa  
no era ningún lince, pero  
era moderado, humilde,  
y callaba por lo menos.  
Figúrate mi sorpresa  
cuando esta noche lo encuentro  
muy pagado de sí mismo,  
charlatán hecho y derecho,  
tirar tajos y reveses  
á todo y por todo, luego  
no se yo lo que te diga  
de la casa de don Cleto,

— 50 —

todo en ella me parece  
simple, estudiado, embustero  
y . . . por fin nada me gusta  
ni la novia, ni los suegros.  
ni el amigo.

SIMON.

Ya ve vd.,  
como en casa era chicuelo,  
todo el mundo le reñía,  
y no es extraño que miedo  
tuviese, pero ahora es novio,  
y sin duda . . .

D. ANSELMO.

El majadero  
no conoce que le adulan  
y le engañan; dí, ¿no es esto  
lo que me quieres decir?

SIMON.

¡Engañarle! ni por pienso,  
no señor, ¿quién dice tal?  
una cosa es que atendiendo  
á su cualidad de novio  
y atentos y placenteros  
á todo digan que sí,  
reservando los denuestos  
para después de casado,  
y otra cosa es que su intento  
sea engañarle.

— 51 —

D. ANSELMO.

Pero dime  
¿y qué son los cumplimientos  
los gestos, las reverencias,  
sino engaños y embelesos  
con que los hombres disfrazan  
interesados proyectos?  
En la sociedad, Simón,  
por un tácito convenio  
se recibe esta moneda,  
y aunque sólo para el necio  
tenga algún valor, los otros  
no la desairan por eso  
y la guardan.

SIMON.

¿Para que?

D. ANSELMO,

Para el escarmiento ajeno.

SIMON.

Bien sabe Dios que no sé  
donde vá á parar . . . .

D. ANSELMO.

Lo siento;  
pero pronto lo sabrás,  
Ahora márchate allá dentro  
y en acostándose todos  
sírrete de algún pretexto  
y entra en mi alcoba, que allí  
te explicaré por extenso,



— 52 —

un plan que, ó mucho me engaño,  
ó ha de surtir buen efecto  
luego que se ponga en planta.

SIMON.

Válgate Dios, ¿ya tenemos  
plan en campaña?

D. ANSELMO.

Sí amigo  
y con él probar espero  
lo que vale un desengaño  
siempre que nos llega á tiempo.

SIMON.

Conque, hasta después.

D. ANSELMO.

Agur.

### ESCENA III.

DON ANSELMO *solo.*

D. ANSELMO.

Pues señor, ensayaremos  
la farsa, así como así  
nada se arriesga, y si puedo  
conseguir que mi sobrino  
se reconozca, no pierdo  
mi viaje, porque . . . mas calla  
¿no son aquellos los viejos  
que vienen sin duda alguna



— 53 —

en mi busca? sí por cierto  
ellos son.... ¡qué par de muebles  
para la ferial Ea, Anselmo,  
manos á la obra y de un golpe  
cuatro avechuchos matemos.

### ESCENA IV,

D. CLETO, DOÑA MARIA. y *dichos*

D. CLETO.

Amigo en busca de vd.  
venimos....

DOÑA MARIA.

Y en verdad, llenos  
de sobresalto ...

D. CLETO.

Y de susto....

DOÑA MARIA.

Y de congoja....

D. CLETO.

Y de miedo....

D. ANSELMO.

¿Pues señores qué ha ocurrido?  
¿Habéis visto algun entierro?  
¿Está la gata de parto?

D. CLETO.

No señor, vd....



— 54 —

D. ANSELMO.

¡Yo!

D. CLETO.

Quiero

decir que vd. es la causa  
de nuestro desasosiego.

D. ANSELMO.

¿Cómo y cuándo?

DOÑA MARIA.

Como vd.

Se salió del aposento  
en que estaba, de puntillas  
y sin decir nada, luego  
ya se ve, nos figuramos  
que estaba vd. malo, y....

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y como precisamente  
nos estaba refiriendo  
el bueno de D. Simplicio  
aquel chistoso suceso  
de las catacumbas.... todos  
estabamos muy atentos  
y no vimos la salida,  
pero después....

D. ANSELMO.

Agradezco

vuestro cuidado señores,



-- 55 --

pero á fe de caballero,  
que nunca me ví mejor.

DOÑA MARIA.

Vaya vaya, nó lo creo.

D. ANSELMO.

Pero....

DOÑA MARIA.

Si no puede ser.

D. ANSELMO.

Repito....

DOÑA MARIA.

Esos fingimientos  
son excusados amigo;  
vd. no puede estar bueno.

D. ANSELMO.

Muchas gracias.

DOÑA MARIA.

El cansancio  
del viaje, el traqueteo,  
el olor de las posadas,  
y los malos alimentos,  
bastan sin duda ninguna  
para producir un ciento  
de enfermedades, y así  
no es extraño que....

D. ANSELMO.

Protesto  
de nuevo que mi salud....



— 56 —

DOÑA MARIA.

No tal, fuera cumplimientos  
y confiese qué fué flato.

D. ANSELMO.

Jesús y qué sacrilegio,  
¡Flato!

DOÑA MARIA.

¿Por qué no?

D. ANSELMO.

Señora  
si he merendado un torresno  
en el pimer ventorillo,  
cómo quiere vd. . . .

DOÑA MARIA.

Pues ello,  
algo ha sido.

D. ANSELMO.

Ya se vé  
que ha sido; espero al arriero  
con alforjas y maletas,  
y sólo con el objeto  
de averiguar su llegada,  
dejé á vd.

DOÑA MARIA.

¿Y para eso  
estaba vd. tan solito,  
reflexivo y macilento  
cuando nosotros llegamos?



— 57 —

D. ANSELMO.

Mis órdenes dí al efecto,  
y después entretenido  
con sólo mi pensamiento  
me detuve....

DOÑA MARIA.

Basta, basta,  
que ya comprendo el misterio;  
sin duda algún cuidadillo....

D. ANSELMO.

No faltan en el comercio  
cuidados....

DOÑA MARIA.

Pues ya se vé;  
hacer con papel dinero,  
mire vd. si habrá qué hacer  
y en qué pensar.

D. ANSELMO.

Por supuesto;  
pero hablando con verdad,  
ahora estaba discurrendo  
en cosa bien diferente.

DOÑA MARIA.

Y dígame vd., ¿podemos  
saber en qué?

D. ANSELMO.

Sí señora  
pensaba en el casamiento  
de mi sobrino.



— 58 —

DOÑA MARIA

¿Y qué, acaso  
encuentra vd. que los genios  
no conforman?

D. ANSELMO

¿Quién dice  
tal?

DONA MARIA.

¿El apellido nuestro  
os disgusta? ¿sabe vd.  
que mi marido don Cleto,  
desiende por linea recta  
de Juan Pérez el Gallego?

D. ANSELMO.

Para mí, señora mia,  
todos los Pérez son buenos.

DOÑA MARIA

Pues entonces ¿qué os asusta?

D. ANSELMO.

Nada; antes bien el objeto  
de mis reflexiones era  
de un carácter muy diverso,  
La risueña perspectiva  
de un enlace lisonjero  
que el amor ha preparado  
tan sin interés, confieso  
que me encanta.

DOÑA MARIA

Y con razón



— 59 —

D. ANSELMO.

Bien sé que algunos sujetos  
dirán que el novio es muy joven;  
que á su edad se está muy lejos  
de conocer los deberes  
de un estado tan perfecto;  
añadirán que no tuvo  
ni aun el necesario tiempo  
para apreciar el carácter  
de la novia; que sin estos  
requisitos, tal enlace  
carece de fundamentos  
sólidos, y de consiguiente  
está á mil riesgos expuestos:  
dirán tambien . . . .

D. CLETO.

Pero usted . . . .

D. ANSELMO.

Que los padres no debieron  
de ningún modo asentir  
á tan pueril devaneo;  
que pudieron evitarlo,  
y después no lo quisieron,  
son ellos los responsables  
de cuanto suceda luego.

DOÑA MARIA.

¿Pero vd. qué dice?

D. ANSELMO.

Nada,



— 60 —

si quien lo dicen son ellos;  
yo no.

DOÑA MARIA.

Ya; pero usted sabe  
muy bien, que el mundo está lleno  
de malas lenguas....

D. ANSELMO.

Sin duda.

DOÑA MARIA.

De malvados, de embusteros,  
y de gente que no mira  
sino su propio provecho,  
y después caiga el que caiga.

D. ANSELMO.

Por lo mismo los desprecio,  
y seguiré mi camino  
aunque rabien.

DOÑA MARIA.

Según eso  
¿habrá boda?

D. ANSELMO.

Sí señora,  
y si es preciso bateo.

D. CLETO.

Me parece que los chicos  
lo desean y....

D. ANSELMO.

Hágase presto,  
no veo en eso inconveniente.



— 61 —

DOÑA MARIA.

Antes será muy bien hecho,  
porque siempre en tales casos  
lo más pronto es lo más bueno.

D. ANSELMO.

Dice bien esta señora.

D. CLETO.

Conque, ¿así los casaremos  
en esta semana?

D. ANSELMO.

Lindo.

D. CLETO.

Y mañana firmaremos  
el contrato, ¿eh?

D. ANSELMO.

Sí, cuanto antes;  
así, como así deseo  
salir del paso.

D. CLETO.

Y también  
nosotros.

D. ANSELMO.

Tengo un proyecto  
hace tiempo y no podía  
llevarlo á debido efecto  
en tanto que mi sobrino  
se hallaba libre y soltero;  
pero luego que le mire



— 62 —

establecido y contento,  
entonces será otra cosa.

DOÑA MARIA.

Tenéis razón don Anselmo.

D. ANSELMO.

El matrimonio es estaño  
muy feliz.

DOÑA MARIA.

Eso á don Diego,  
le he dicho más de cien veces.

D. ANSELMO.

Tener uno en el objeto  
de su amor, quien le aconseje  
en los peligros y riesgos,  
quien le cuide en sus dolencias,  
quien sobre sí tome el peso  
de la casa, quien le mime,  
es en verdad mucho cuento.

DOÑA MARIA.

¿Y por qué se deja vd.  
los chicos en el tintero?

D. ANSELMO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Mucho dan que hacer;  
sino que lo diga Cleto.

D. ANSELMO.

No hay duda; debemos mucho  
á vuestro apreciable sexo . . . . .



— 63 —

DOÑA MARIA.

¡Cáspita! si nos debéis.

D. ANSELMO.

Pues por mi parte protesto,  
manifestarle bien pronto  
todo mi agradecimiento.

DOÑA MARIA.

¿Cómo?

D. ANSELMO.

La amable Adelaida  
es un objeto tan bello,  
es tan dulce.

DOÑA MARIA.

Si señor,  
lo mismo que un caramelo.

D. ANSELMO.

La suerte de mi sobrino  
tan envidiable. . . .

DOÑA MARIA.

Doscientos  
se dieron por conseguirla,  
con un canto en ambos pechos.

D. ANSELMO.

Así, pues, me decidí.

DOÑA MARIA.

¡Ola!



— 64 —

D. CLETO.

¿Y á qué?

D. ANSELMO.

Dejo el comercio  
para siempre.

DOÑA MARIA.

¡Para siempre!

D. ANSELMO.

Si señora, que no quiero  
más riesgos ni más peligros.

DOÑA MARIA.

Muy bien hecho.

D. CLETO.

Muy bien hecho.

D. ANSELMO.

La vida de un comerciante,  
es una vida de perros;  
siempre pensando en borrascas,  
siempre á merced de los vientos,  
soñando quiebras y engaños,  
hoy muy rico, y sin dinero  
mañana, con crédito ahora  
y después burlado y preso.  
Comiendo sobre el bufete,  
sin tener otro paseo  
que el muelle, ni otra visita,  
que el corredor y el gallego.  
Por libros sólo el de caja,



— 65 —

por amigo el aduanero,  
la desconfianza por norte  
y el desengaño por premio.  
Piensa vd., Doña María,  
que puede vivir contento  
quien vive de esta manera?

DOÑA MARÍA.

¡Ay amigo don Anselmo,  
mal haya amén quien le guste  
andar entre marineros!

D. ANSELMO.

No más especulaciones;  
realizaré mis efectos,  
y después me fijaré  
en la Corte.

DOÑA MARÍA.

¡Pensamiento  
lleno de nobleza!

D. CLETO.

¡Heróico  
discurso!

D. ANSELMO.

Fincaré luego  
y fundaré mayorazgo.

DOÑA MARÍA.

¿En Aragón?

D. ANSELMO.

Puede; es suelo  
muy feraz.



— 66 —

DOÑA MARIA.

Y muy cortés  
en sus leyes y sus fueros.

D. CLETO.

¡Vaya, vaya, un mayorazgo!

D. ANSELMO.

Aun hay más.

DOÑA MARIA.

¿Pues qué hay?

D. ANSELMO.

Que pienso  
comprar después, de Castilla  
un título.

D. CLETO.

No lo apruebo.

DOÑA MARIA.

Yo sí.

D. CLETO.

Por un pergamino  
dar diez ó doce mil pesos,  
no en mis días

DOÑA MARIA.

¿Y qué, no vale  
nada, tener tratamiento?

D. CLETO.

Nada; delirios humanos.



— 67 —

DOÑA MARIA.

No digas tal, que en el cielo  
hay también sus gerarquías,  
y....

D. ANSELMO.

No enfadarse por eso,  
la cosa no lo merece  
á la verdad; tengo medios  
sòbrados, y puedo así  
tener un capricho.

D. CLERTO.

Bueno,  
el que lo tiene lo tira.

D. ANSELMO.

Pretendo pasar el resto  
de mi vida descansado,  
vivir á lo caballero  
y no hacer nada. Una casa  
cómoda, un buen cocinero,  
berlina, amigos, criados,  
¡oh qué fortuna! y si encuentro  
una mujer....

DOÑA MARIA.

Mire vd.  
por si acaso que le advierto  
hay malísima cosecha  
ahora de amas de gobierno.

D. ANSELMO.

Y si encuentro una mujer  
con hermosura, talento



— 68 —

y atractivo; verbigracia  
otra doña Adela, cierro  
ambos ojos y me caso  
sin andarme en chicleos.

DOÑA MARIA

¡Qué se casa vd.! ¿y cómo?

D. ANSELMO.

Como se casó mi abuelo,  
lo mismo,

D. CLETO.

¿Y eso es de veras?

D. ANSELMO.

Si señor, no soy tan viejo  
que al fin y al cabo no pueda  
esperar un heredero.  
Nadie tiene más edad  
que la que demuestra, y creo  
según vdes. me han dicho  
antes, que no represento  
arriba de treinta.

D. CLETO.

Ya.

D. ANSELMO.

Estoy sano, bien dispuesto  
y . . . en fin seré buen easado,  
amigos, no lo dudemos.  
Pero dejemos aparte  
entretanto mi proyecto,  
y tratemos de los chicos;



— 69 —

¡pobrecillos! cuán inquietos  
estarán, voy á sacarles  
de la duda, sepan ellos  
la dicha que les espera  
y nuestro consentimiento.

DOÑA MARIA.

Esperad....

D. ANSELMO.

¡Qué disparate!  
si mañana los conciertos  
se firman, ¿por qué esta noche  
decírselo no podremos?  
Voy pues.

DOÑA MARIA.

¡Pero sí....

D. ANSELMO.

Venid  
si gustáis, si no hasta luego.

## ESCENA V.

DOÑA MARIA Y DON CLETO.

DOÑA MARIA.

¿Don Cleto?

D. CLETO.

Doña María.

DOÑA MARIA.

¿Escuchaste?



— 70 —

D. CLETO.

Sí, por cierto.

DOÑA MARIA.

Y bien ¿qué dices?

D. CLETO.

Yo sólo  
que nos ha dejado frescos.

DOÑA MARIA.

¿Con que se casa?

D. CLETO.

Bien claro  
lo ha dicho.

DOÑA MARIA.

¿Entonces el necio  
del sobrino nada hereda?

D. CLETO.

Nada.

DOÑA MARIA.

¡Qué chasco tan fiero!

D. CLETO.

Terrible.

DOÑA MARIA.

Pobre Adelaida,  
Y por este chuchumeco,  
ha perdido su acomodo  
con el anciano don Pedro.



— 71 —

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

Aquel al cabo  
esperaba un buen empleo  
en el ramo de la nieve  
y....

D. CLETO.

Marido veraniego,  
no es mucha pérdida.

DOÑA MARIA.

Sí,  
pero es peor no tenerlo,  
como nos sucede ahora,  
ni en verano ni en invierno.

D. CLETO.

¿Por qué te afliges María?  
no es el caso tan tremendo  
cual tú piensas. Diego al cabo  
tendrá entretanto alimentos  
como inmediato, y después  
quién sabe....

DOÑA MARIA.

Lindo consuelo,  
eso dura nueve meses,

D. CLETO.

¿Nada más?



— 72 —

DOÑA MARIA.

O quizá menos.

D. CLETO.

¿Y por qué?

DOÑA MARIA.

Porque ninguno  
suele correr tanto riesgo  
de ser padre antes de cuenta,  
como el que se casa viejo.

D. CLETO.

No te entiendo.

DOÑA MARIA

¿Pues no ves,  
que si desperdicia el tiempo,  
en lugar de tornaboda  
suele encontrar torna entierro?

D. CLETO.

¿Y qué haremos?

DOÑA MARIA.

Qué sé yo.

D. CLETO.

No es justo sacrificemos  
la chica, con quien no tiene  
ni una blanca.

DOÑA MARIA.

Por supuesto;  
pero mira, se me ocurre  
en este mismo momento



— 73 —

una soberana idea;  
Don Anselmo está dispuesto  
á casarse; pero hasta ahora  
no se fijó en el objeto,  
según nos dijo.

D. CLETO.

Es verdad.

DOÑA MARIA.

También hizo sin rodeos  
mil elogios de Adelaida,

D. CLETO.

Cierto.

DOÑA MARIA.

Y si mal no me acuerdo,  
añadió que en encontrando  
una copia de tan bello  
original, la daría  
con su mano su dinero.

D. CLETO.

Sí, pero . . . .

DOÑA MARIA.

Pues bien, que tome  
el original.

D. CLETO.

A el cielo  
pluguiese, mas no querrá.

DOÑA MARÍA.

No sé por qué.



— 74 —

D. CLETO.

Por don Diego.

DOÑA MARIA.

Donde se mezcla el amor  
nada importa el parentesco.

D. CLETO.

Pero dí, ¿y su edad?

DOÑA MARIA.

Su edad  
si se casa es lo de menos,  
lo que importa es que se case.

D. CLETO.

Piensa entonces algún medio  
(ya que tú como mujer  
entiendes de casamientos)  
para salir del apuro.

DONA MARIA .

Mira hombre si tuviésemos  
la fortuna . . . .

## ESCENA VI.

DON DIEGUITO y *dichos*.

D. DIEGUITO.

Señores,  
vengo loco de contento;  
mi tío . . . .

— 75 —

DOÑA MARIA

¡V: ya qué imprudencia  
tan grande! entrarse aquí dentro  
sin avisar.

D. DIEGUITO:

Es que el tío . . .

DOÑA MARIA

Siempre vd. tuvo el defecto  
de meterse de rondón  
en mi cuarto, y es mal hecho,

D. DIEGUITO.

Perdone vd;  
pero el tío . . . .

DOÑA MARIA

Por mucho menos  
reñí yo con mi sobrino,  
y era todo un racionero,  
y al menos si no avisaba  
tosía.

D. DIEGUITO.

Hizo vd. bien, pero,  
es el caso que mi tío . . . .

DOÑA MARIA.

Su tío de vd. es sujeto  
muy apreciable, y no puede  
enseñaros tan grosero  
método de introducirse.



- 76 -

D. DIEGUITO.

Ya, pero me dijo....

DOÑA MARIA.

Y luego

debió vd. de reparar  
que hablábamos en secreto....

D. DIEGUITO.

Cierto y yo....

DOÑA MARIA

Y vd. no debió  
interrumpirnos.

D. DIEGUITO.

Lo siento

infinito....

DOÑA MARIA.

Es fuerte cosa  
que en mi casa, nunca puedo  
tener un momento mío.

D. CLETO.

Vámonos, pues, dulce dueño,  
que ya es hora de cenar,  
y en cenando, concluiremos  
el asunto principiado.

DOÑA MARIA.

Cuando estén todos durmiendo;  
porque si no, nunca faltan  
como el señor majaderos.



- 77 -

## ESCENA VII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Ola! pues dígole á usted  
que es bonito el cumplimiento!  
caramba con la señora,  
¡majadero á mí! me alegro  
como hay Dios, y yo venía  
tan alegre y satisfecho  
con lo que me dijo el tío....  
Si me habrá engañado....entremos  
á cenar que luego yo  
sabré apurar tal misterio.





## ACTO TERCERO.

### ESCENA I.

DOÑA ADELAIDA Y DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¿No reparaste mi bien  
el despego de tu padre?

DOÑA ADELAIDA.

Y el mal gesto de mi madre  
me ha sorprendido también.

D. DIEGUITO.

¡No sé por Dios qué pensar!

DOÑA ADELAIDA.

Yo tampoco y ciertamente  
para ser tan tristemente,  
más valiera no cenar.



— 80 —

D. DIEGUITO.

¡Si vieras con qué desvío  
ambos á dos me trataron  
después que á mi tío hablaron!

DOÑA ADELAIDA.

¿Habló de dote tu tío?

D. DIEGUITO.

No lo sé, por vida mía,  
pero me inclino á que no.

DOÑA ADELAIDA.

Cuando tan mal les sentó  
la conferencia, sí haría.

D. DIEGUITO.

¡No puedo olvidar su ceño!

DOÑA ADELAIDA.

Hasta Simplicio callaba  
y la cabeza no alzaba  
del plato.

D. DIEGUITO.

Sólo risueño  
y expresivo se mostró  
don Anselmo.

DOÑA ADELAIDA.

Es muy amable  
y en extremo servicial.

D. DIEGUITO.

Ya ví como te cuidó.



— 81 —

DOÑA ADELAIDA.

La primera me servía  
de todo....

D. DIEGUITO.

Siempre te hablaba....

DOÑA ADELAIDA.

Y cuando no, me miraba  
y después se sonreía.

D. DIEGUITO.

No ví nunca hombre más bueno.

DOÑA ADELAIDA.

Una fineza también  
le debí.

D. DIEGUITO.

¿Cuál fué mi bien?

DOÑA ADELAIDA.

Un calabacín relleno,  
que sin que tú se lo vieras  
de su plato separó  
y por detrás me le dió.

D. DIEGUITO.

¿De veras?

DOÑA ADELAIDA.

Y tan de veras

D. DIEGUITO.

¡Bendito calabacín!

DOÑA ADELAIDA.

¿Y por qué así le bendices?



— 82 —

D. DIEGUITO.

Porque nos hace felices,  
demostrándonos por fin,  
que supiste conquistar  
la voluntad de mi tío.

DOÑA ADELAIDA.

Pero entonces el desvío  
no podemos explicar  
de mis padres.

D. DIEGUITO.

Ya se ve.

DOÑA ADELAIDA.

¿Cuál pues su causa habrá sido?

D. DIEGUITO.

No lo sé.

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay Diego querido!

si segura de tu fe  
estuviera . . . .

D. DIEGUITO.

¿No lo estás?

DOÑA ADELAIDA.

Entonces no temo nada.

D. DIEGUITO.

Adelaida idolatrada,  
no se puede querer más,  
que yo queriéndote estoy,  
y aunque se oponga tu padre . . . .



— 83 —

DOÑA ADELAIDA.

Y aunque se enfade mi madre . . . ,

D. DIEGUITO.

Tuyo seré.

DOÑA ADELAIDA.

Tuya soy.

## ESCENA II.

DON SIMPLICIO *y dichos.*

D. SIMPLICIO.

Alabo amigos queridos  
vuestra envidiable cachaza.

D. DIEGUITO.

¿Y por qué?

D. SIMPLICIO.

¿Pues no notáis  
la estrepitosa borrasca  
que sobre vuestras cabezas  
se forma?

DOÑA ADELAIDA.

¿Vd. sin duda habla  
(cuando así nos la pondera)  
de la notable mudanza  
que en mis padres? . . .

D. SIMPLICIO.

Si señora,  
de la misma,



— 84 —

DOÑA ADELAIDA.

Es tan extraña  
como repentina.

D. SIMPLICIO.

Y mil  
desventuras nos presagia;  
jamás he visto á don Cleto  
tan serio.

D. DIEGUITO.

Ni yo tan agria  
á doña María.

D. SIMPLICIO.

Es verdad,  
y no dijo vd. palabra  
por inocente que fuese  
que no lograrse enfadarla,  
y á la que no replicase.

D. DIEGUITO.

Pues eso no ha sido nada  
para como me trató  
antes de cenar,

D. SIMPLICIO.

¡Caramba!  
¿y cómo le trató á vd.?

D. DIEGUITO.

De majadero en mis barbas,

D. SIMPLICIO.

¡Jesús y qué sacrilegio!



— 85 —

D. DIEGUITO.

Ahí verá vd.

D. SIMPLICIO.

¿Y la causa  
no sabe vd. de este enfado?

D. DIEGUITO.

Nadie puede adivinarla.

D. SIMPLICIO.

Quizá el tío . . . .

D. DIEGUITO.

No señor;  
él al contrario lo allana  
todo, la boda apresura  
y acaricia á mi Adelaida.

D. SIMPLICIO.

Y dígame vd. don Diego  
¿tiene don Anselmo larga  
parentela?

D. DIEGUITO.

No era corta,  
pero en la guerra pasada  
se desgraciaron tres primos,  
un tío se marchó á Francia,  
mi cuñado naufragó  
en el canal de la Mancha,  
mi hermana murió de parto,  
su chica vivió semana  
y media, dos entenados  
perecieron en Caracas,



— 86 —

una prima de mi abuela  
se metió monja Bernarda  
otra tuvo alferecía,  
otra....

D. SIMPLICIO.

Basta por Dios, basta  
que si no, nos cuenta vd.  
la muerte de media España.

D. DIEGUITO.

Como vd. me preguntó....

D. SIMPLICIO.

Sí, pero yo sólo hablaba  
de los vivos.

D. DIEGUITO.

Ya, ya entiendo.

D. SIMPLICIO.

De rama tan dilatada  
¿quedaron vástagos muchos?

D. DIEGUITO.

Solito yo....

D. SIMPLICIO.

¡Virgen santal  
pues dígole á vd. que tiene  
epidémica prosapia.

DOÑA ADELAIDA.

Pero don Simplicio nuestro,  
en tamañas circunstancias,  
¿qué nos aconseja vd.?

— 87 —

D. SIMPLICIO.

De eso mi amistad trataba ;  
supongo queridos míos  
que ustedes dos se idolatran  
profana y constantemente.

D. DIEGUITO.

Si señor.

D. SIMPLICIO.

¡Que vuestra llama  
pudiera llamarse á prueba  
de bombal

DOÑA ADELAIDA.

¡De bombal

D. SIMPLICIO.

Para  
no decir (aunque es lo mismo)  
que ella está tan cimentada  
que ni los riesgos la asustan  
ni la oposición la apaga.

DOÑA ADELAIDA.

Verdad es.

D. SIMPLICIO.

No tengo duda  
que el blanco de vuestras ansias  
es el santo matrimonio.

D. DIEGUITO.

Ese mismo.



— 88 —

D. SIMPLICIO.

Y si se casan  
ustedes ¿qué harán?

D. DIEGUITO.

¡Qué haremos!  
toma, lo que todos hagan,

D. SIMPLICIO.

No pregunto eso.

D. DIEGUITO.

¿Pues qué  
pregunta vd.?

D. SIMPLICIO.

Preguntaba  
si cuando se verifique  
el enlace, ustedes tratan  
de cumplirme su promesa  
y de llevarme á su casa  
y de.....

D. DIEGUITO.

Esa es nuestra intención;  
allí estaréis como un Papa.

DOÑA ADELAIDA.

A mesa y mantel....

D. DIEGUITO.

Servido....

DOÑA ADELAIDA.

Festejado....



— 89 —

D. DIEGUITO.

No se pagan  
con menos vuestras finezas.

DOÑA ADELAIDA.

Contad con nuestra palabra.

D. SIMPLICIO.

Pues es una picardía.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué dice vd.!

D. SIMPLICIO.

Una infamia.

D. DIEGUITO

¡Don Simplicio!

DON SIMPLICIO.

Una herejía,

D. DIEGUITO.

Pero hombre....

D. SIMPLICIO.

Pues no faltaba  
otra cosa; separar  
como quien no dice nada  
dos novios que así se quieren,  
y se casan con tan sanas  
intenciones.

D. DIEGUITO.

Eso es cierto.



— 90 —

D. SIMPLICIO.

Privar también á la patria  
de un sin fin de ciudadanos.

DOÑA ADELAIDA

Ya se vé.

D. SIMPLICIO.

Arriesgar dos almas  
que se desesperarán,  
si lo que anhelan no alcanzan.

D. DIEGUITO.

Claro está.

D. SIMPLICIO.

No les arriendo  
por mi vida la ganancia  
á vuestros padres. *A doña Adela.*

D. DIEGUITO.

Ni yo.

D. SIMPLICIO.

Y verán lo que les pasa.

DOÑA ADELAIDA.

Pero en fin ¿qué es lo que haremos?

D. SIMPLICIO.

Casarse.

DOÑA ADELAIDA,

¿Y cómo se zanja  
los temidos contratiempos?

-- 91 --

D. SIMPLICIO.

Con firme perseverancia.

DOÑA ADELAIDA.

¿Y si mis padres no quieren?

D. SIMPLICIO.

¿Son ellos los que se casan  
acaso?

DOÑA ADELAIDA.

No, pero temo....

D. SIMPLICIO.

Amigos no temáis nada;  
los riesgos, contradicciones,  
contratiempos y amenazas,  
son entre gente de tono  
cuando se casan, la salsa  
de la boda, y sólo se usa  
en personas ordinarias  
esto de casarse á gusto  
de todos.

DOÑA ADELAIDA.

No tienen gracia  
á la verdad semejantes  
matrimonios.

D. SIMPLICIO.

¡Qué ventajas  
no proporciona un enlace  
formado á punta de lanza!  
los amigos traen y llevan



— 92 —

recados, los padres rabian,  
la parentela murmura,  
los criados meten cizaña  
el público se divierte,  
y cuando todos se cansan  
los pacientes descansados  
se unen y el cuento se acaba;  
así pues, dadme las manos.

DOÑA-ADELAIDA.

¿La derecha?

D. SIMPLICIO.

Dadme entrambas  
y entre las mías jurad  
que no serán separadas.

DOÑA ADELAIDA.

Con mucho gusto . . . ; ¡ay mi Dios!  
el abanico . . . mil gracias

D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

No hay de qué  
señorita, pero calla  
¡qué miro!

D. DIEGUITO.

¿Qué mira vd.?

D. SIMPLICIO.

Si la vista no me engaña .  
estos dos retratos son  
de Abelardo y de su amada  
Eloísa.



— 93 —

DOÑA ADELAIDA.

Sólo por eso  
compré el abanico.

D. SIMPLICIO.

¡Alhaja  
especial! ¡prenda divina  
para aquestas ciscunstancias!

DOÑA ADELAIDA

Nueve reales me costó.

D. SIMPLICIO.

¡Oh qué cosa tan barata!  
venid, venid amiguitos  
y agradeced á tan rara  
casualidad, la fortuna  
que su presencia os prepara;  
nunca mejor se pudieran  
pronunciarse las palabras  
de amor, constancia y firmeza  
que ahora; nunca se grabaran  
con mayor profundidad;  
pronnciadlas, pronunciadlas;  
vamos presto.

D. DIEGUITO.

Pero sí. . . .

DON SIMPLICIO.

Y vosotras escuchadlas  
almas puras, almas grandes,  
modelos de la más larga



— 94 —

y más anti-conyugal  
pasión; ante vuestras aras,  
promesas que se profieren  
nunca quedan quebrantadas.  
¿No es verdad?

D. DIEGUITO.

Sí lo será;  
pero hágame vd. la gracia  
de decirme lo que yo  
he prometido.

D. SIMPLICIO.

Constancia  
indisoluble, y lo mismo  
ofreció doña Adelaida.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Testigos de ello Abelardo  
y Eloísa.

D. DIEGUITO.

¡Dicha extremadal  
ya nada temo, pues esto  
me asegura y da confianza.

### ESCENA III.

DOÑA MARIA y *dichos*.

DOÑA MARIA.

¿Qué hace vd aquí?

D. DIEGUITO.

Hablar  
con mi Adela y....



— 95 —

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿Y se levanta

vd. y nos deja solos  
por eso?

D. DIEGUITO.

Si de ensalada  
no gusto.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿Pero y los postres?

D. DIEGUITO.

Se me iudigestan las pasas  
y las almendras.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Con todo  
exige la buena crianza  
que no se levante nadie  
hasta que el amo de casa  
se levanta, y yo no sé  
como un hombre que se jacta  
de atento y bien educado  
se conduce así con tanta  
grosería.

D. DIEGUITO.

Siempre lo hice  
y hoy sólo se me regaña;  
también es buena.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Es que ya,  
don Dieguito, estoy cansada



— 96 —

de sufrir vuestras tontunas;  
vd. tomó muchas alas  
y . . . pero ahora que me acuerdo  
vaya usted.

D. DIEGUITO.

¿Dónde?

DOÑA MARIA.

A la sala

donde cenamos; allí  
bebe su copa de andaya  
mi Cleto, según constumbre,  
y á don Anselmo relata  
por vía de sobrecena  
aquella célebre causa  
criminal que defendió  
y que le dió tanta fama.

D. SIMPLICIO.

¿Cuál, la del ahorcado?

D<sup>ca</sup> MARIA

Sí,  
y si don Diego no trata  
de recordar á su tío  
que son ya las doce dadas,  
es fijo que no se acuesta  
hasta pasado mañana.

D. SIMPLICIO.

¡Oh! sí don Cleto se empeña  
en concluirlo . . . . .



— 97 —

D.<sup>ca</sup> MARIA.

No acaba  
nunca, figúrese usted  
que aun estaba en la sumaria

D. SIMPLICIO.

¡Jesús!

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿Qué no se va usted?

D. DIEGUITO.

Iré, pero....

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Qué bobada,  
vaya usted y no replique.

D. DIEGUITO.

Voy pues.

#### ESCENA IV.

*Dichos menos D. DIEGUITO.*

D. SIMPLICIO.

Si no se enfadara  
usted quizá la dijera  
que es en verdad muy extraña  
esa actitud con don Diego  
y....

DOÑA MARIA.

Amigo vd. la aprobára  
si supiera....



— 98 —

DON SIMPLICIO.

Siendo un joven  
de tan grandes esperanzas....

DOÑA MARIA.

Buenas esperanzas son  
las suyas.

DON SIMPLICIO.

Y que ganada  
tiene ya la voluntad  
de la niña

DOÑA MARIA.

Vd. se cansa  
inútilmente si quiere  
justificarle.

DON SIMPLICIO.

Me pasma.  
esa dureza, ese enfado.

DOÑA MARIA

Son grandisimas sus faltas,  
tiene mil defectos.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¿Ya  
acaso los ignoraba  
vd? sus impertinencias,  
rarezas, extravagancias,  
necedad, mala figura  
y ridícula jactancia,  
¿no fueron decidme el tema  
de todas nuestras diarias



— 99 —

y ocultas conversaciones?  
¿no era yo quien repugnaba  
tal enlace? ¿no fué vd.  
quien ponderó sus ventajas?  
¿no decidió en familia  
que para marido basta  
con tener. . . . ?

DOÑA MARIA.

Ese es el caso  
que el hombre no tiene nada.

D. SIMPLICIO.

Pero tendrá.

DOÑA MARIA.

No señor,  
no tendrá, porque se casa  
D. Anselmo.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡D. Anselmo!

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Sí querida, y solo tarda  
en casarse lo que tarde  
en hallar una muchacha  
que se te parezca.

D. SIMPLICIO.

¡Calle!

¿y él lo dijo?

D.<sup>ca</sup> MARIA.

En nuestras barbas



-- 100 --

D. SIMPLICIO.

Según eso mujer quiere  
y no sobrina.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Apostara  
cualquier cosa á que el amor  
le cosquillea.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

No te engañas,  
porque mucho me equivoco  
ó le prendaron tus gracias.

D. SIMPLICIO.

Ojalá.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Pero sus años. . . .

DOÑA MARIA.

No son tantos, que no pasan  
de cincuenta.

D. SIMPLICIO.

Y si se muere  
que se muera, ¡linda tacha  
sus bienes le sobreviven!

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Peor fuera que se casara  
con otra y. . . . .

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA

Pero decidme,  
¿su voluntad está clara?



-- 101 --

D.<sup>ca</sup> MARIA.

En cuanto á casarse, sí.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Eso es malo.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Y tú le agradas,  
no lo dudes, y si sabes  
catequizarlo, le atrapas.

D. SIMPLICIO.

Silencio, porque ellos vienen.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Observemos sus miradas,  
veamos sus movimientos,  
retengamos sus palabras,  
para que luego formemos  
con acierto nuestro....

## ESCENA V.

D. ANSELMO, D. CLETO,

D. DIEGUITO, y dichos.

D. CLETO.

Vaya  
y cómo se pasa el tiempo,  
¡quién diablos se imaginara,  
que era la una de la noche!



— 102 —

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Tu reloj siempre se atrasa  
cuando agitas la sin hueso.

D. CLETO.

Confieso sin repugnancia  
mi pecado, yo no soy  
disputador ni machaca,  
ni . . . pero cuando se toca  
una materia agraciada  
y festiva, como pleitos,  
procesos, autos, demandas,  
alegatos, conclusiones,  
sentencias, cargos, probanzas,  
y en fin cosas que no tienen  
consecuencia, no acabara  
en dos meses.

D. ANSELMO.

Son muy buenas  
para aquel que no las paga.

D. CLETO.

Ya se vé.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Pero el señor  
hizo una larga jornada,  
y descansar necesita.

D. ANSELMO.

¡Quién señora no descansa  
en tan buena compañía!



— 103 —

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¡Cumplimientos!

D. ANSELMO.

No se llama  
lisonja, lo que los labios  
dicen, si lo siente el alma.

DOÑA MARIA.

¡Oh qué fino es D. Anselmo

D. SIMPLICIO.

¡Qué atentol

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Qué amable!

D. ANSELMO.

Nada

tiene de particular  
lo que dije.

DOÑA MARIA.

¡Con qué gracia  
se defiende!

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué modestia  
es la suya!

D. CLETO.

¡Y qué cristiana!

D. DIEGUITO. *Aparte*

¡Lo que quieren á mi tío!



— 104 —

D. ANSELMO.

Con todo, como estas damas  
es fuerza que se recojan,  
y á fuer de bien educadas  
no lo harán, hasta que yo  
dé ejemplo, voyme á la cama.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Sí sí, lo mejor es eso.

D. CLETO. *A doña María*

Supongo que nada falta  
en la alcoba del señor.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿Me duermo acaso en las pajas?  
todo lo tiene arreglado;  
ropa fina y bieu sahumada,  
mosquitero, guardarropa,  
confidente y....

D. SIMPLICIO.

¿Las ventanas  
ajustan bien?

DOÑA MARIA.

Sí señor.

DOÑA ADELAIDA:

¿Y la gata?

DOÑA MARIA.

Está encerrada  
en la carbonera.



— 105 —

D. SIMPLICIO. *A. D. Anselmo.*

Entonces  
dormiréis como un patriarca.

D. ANSELMO.

Así lo creo: ea señores,  
buenas noches.

DOÑA MARIA,

Hasta mañana,  
si Dios quiere.

D, DIEGUITO.

Vamos tío.

D. ANSELMO.

Y vd. amable Adelaida

*Le toma la mano.*

duerma bien, y si por dicha  
con ilusiones variadas  
se entretiene vuestro sueño,  
dejadme pues la esperanza  
que la imagen de un amigo  
será tan afortunada  
que podrá tener lugar  
entre ellas.

DOÑA ADELAIDA.

La duda agravia.

D. CLETO. *A doña María y á D. Simplicio bajo.*

¿Le tomó la mano?

DOÑA MARÍA.

Sí.

D. CLETO.

Bueno.



— 106 —

D. ANSELMO.

¡Cuántas veces, cuántas  
bendeciré el feliz día  
en que ví tan linda cara!

DOÑA ADELAIDA. *Con disimulo á su madre.*

¡Ay madre que me la aprieta!

D. CLETO. *A doña María.*

¿Qué te dice la muchacha?

D.<sup>ña</sup> MARIA.

Que se la aprieta.

D. CLETO.

Mejor.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios, si se la besara!

D. ANSELMO.

No puedo ya resistir  
más, mi corazón se inflama,  
no sé lo que me sucede,  
y pues nada me acobarda  
diré á usted. . . .

D. CLETO.

¿Qué dirá vd.?

DOÑA MARIA. *A D. Cleto.*

¡Calla hombre, no le distraigas!

D. ANSELMO.

Que cuando tanto interesa  
la dicha, no se retarda  
ni un minuto. ¡Ola, Simón!



— 107 —

SIMON. *Dentro*

Señor.

D. ANSELMO.

Ven pronto.

## ESCENA VI.

SIMON *y dichos.*

SIMON.

¿Qué manda  
usted?

D. ANSELMO.

Mañana temprano  
busca un notario de fama  
para que extienda el contrato  
de Dieguito y de Adelaida,  
pues yo lo quiero firmar  
en levantándome.

D. CLETO.

¡Calla!  
¡ahora salimos con ésa!

DOÑA MARIA.

¡Qué escucho!

D. ANSELMO.

No te se vaya  
el santo al cielo.



— 108 —

SIMON.

Descuide  
vd., que con dos plumadas  
hay escribano en la corte  
que á dos docenas casara.

D. ANSELMO.

Señora á los pies de vd.;  
señores hasta mañana.

## ESCENA VII.

*Dichos menos* D. ANSELMO y SIMON.

D. DIEGUITO. *A doña María.*

No dirá vd. que mi tío  
no tiene prisa, y . . . .

DOÑA MARIA.

Mal haya  
su prisa. Déjeme vd.  
en paz.

D. DIEGUITO.

¡Qué dichal

DOÑA MARIA

¡Qué rabial

D. DIEGUITO.

Salto y brinco de contento;  
y pues mi tío me aguarda  
para recogerse, voy  
si vd. lo permite . . . .

— 109 —

DOÑA MARIA.

Vaya  
usted con Dios, y no vuelva  
de su sueño hasta la Pascua.

### ESCENA VIII.

*Dichos, menos DON DIEGUITO.*

D. CLETO.

¿Y nosotros dónde vamos?

D.<sup>ca</sup> MARIA.

A consultar con la almohada  
lo que debemòs hacer  
en tan tristes circunstancias.

D. SIMPLICIO.

Pero antes será muy bueno  
que convengamos....

DOÑA MARIA.

Cachaza,  
y vénganse ustedes todos  
conmigo, que mientras Juan  
me pone los papillotes  
el plan se hará de campaña.





## ACTO CUARTO.

### ESCENA I.

D. ANSELMO y D. DIEGUITO.

D. ANSELMO.

Según eso, no tendrás  
el más pequeño recelo.

D. DIEGUITO.

Ni por pienso.

D. ANSELMO.

Gran consuelo  
con tu confianza me das.

D. DIEGUITO.

Me juró constancia eterna.

D. ANSELMO.

Entonces hay que temer,  
pues si jura la mujer,



— 112 —

dormir puede el hombre á pierna  
suelta, que sucederá  
lo propio que sucediere.

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere.

D. ANSELMO.

Si lo dice, claro está.  
Mas los amantes y amigos  
suelen desdecirse presto.

D. DIEGUITO.

Ay tío, no temáis esto;  
porque tengo dos testigos  
imparciales, por si acaso.

. ANSELMO.

Si los tienes no replico;  
mas dí ¿en dónde?

D. DIEGUITO.

En su abanico.

D. ANSELMO.

¡Calla! pues si llega el caso  
de una vil alevosía  
y trata de abandonarte,  
no tienes que molestarte,  
llévalo á la vicaría  
y te casan.

D. DIEGUITO.

Sí lo haré.

D. ANSELMO.

Y de tu amante el desaire



— 113 —

demuestras: porque en el aire  
escriben ellas su fe.

D. DIEGUITO.

Simplicio también oyó  
tan sincero juramento,

D. ANSELMO.

¿Y apoyaba vuestro intento?

D. DIEGUITO.

Toma, pues si presidió  
el acto.

D. ANSELMO.

¿Cómo?

D. DIEGUITO.

Enlazando  
nuestras manos.

D. ANSELMO.

¡Sin cordel!

D. DIEGUITO.

No lo necesitaba él  
por cierto; considerando  
que con las suyas podía  
hacerlo.

D. ANSELMO.

Entonces no insisto;  
mas ¡famosísimo pisto  
de manos se formaría.

D. DIEGUITO.

Así ya no temo nada

— 114 —

D. ANSELMO.

Bien haces, pero no olvides  
á D. Cleto y te descuides.

D. DIEGUITO.

¡Descuidarme! ¡qué bobada!  
bueno fuera cuando ayer  
noche tan mal me trató.

D. ANSELMO.

Pues antes, bien te aduló.

D. DIEGUITO.

No lo advertí.

D. ANSELMO.

¿Y su mujer?

D. DIEGUITO.

Me dijo doscientas cosas  
que mi amor propio ofendieron.

D. ANSELMO.

¡Ola Diego! ¿y qué se hicieron,  
las palabras cariñosas,  
los elogios y cumplidos  
de la tal doña María?

D. DIEGUITO.

No lo sé por vida mía.

D. ANSELMO.

¿Si acaso fueron fingidos?

D. DIEGUITO.

¿Fingidos?



— 115 —

D. ANSELMO.

Pues.

D. DIEGUITO.

¿Y á qué asunto?

D. ANSELMO.

¡Qué sé yo! pero ¿no extrañas  
que distinciones tamañas  
se acabasen tan á punto?

D. DIEGUITO.

Ello es muy particular.

D. ANSELMO.

¿Quién dice que no lo es?  
mas con todo el interés  
acostumbra disfrazar  
con la máscara engañosa  
del cariño su intención,  
y si pierde la ocasión  
se descubre.

D. DIEGUITO.

Linda cosa.

D. ANSELMO.

De otro modo no concibo  
que quien te estime deveras,  
hoy te suba á las esferas,  
y luego te trate esquivo.  
Tan rara contradicción  
nunca cupo en la amistad,  
que en ella la voluntad  
sujeta está á la razón,



-- 116 --

El amigo verdadero  
aunque fino y complaciente,  
aunque á veces indulgente  
no por eso es lisonjero.  
Excusa, pero no irrita,  
aprecia, pero no ensalza,  
y si el mérito realza  
el desengaño no evita.  
Diego, no nos engañemos  
y huyamos siempre de aquel  
que ora tierno, ora cruel,  
no conoce sino extremos.

D. DIEGUITO.

Siendo así, fuerza es huir  
del dichoso matrimonio  
cual si fuera del demonio,  
pues no hace sino reñir  
y llamarme presumido,  
majadero, necio, tonto . . . .

D. ANSELMO.

Puedes serlo, mas tan pronto  
no has de haber entontecido;  
y pues antes te llamaban  
lo contrario, vive Dios  
que te engañaban los dos,  
como un chino.

D. DIEGUITO.

¡Me engañaban!

D. ANSELMO.

¿ te insultan sin razón

— 117 —

ahora, que no puede ser  
rebuzne hoy quien supo ayer  
hablar como un Cicerón.

D. DIEGUITO.

Si tal supiera....

D. ANSELMO.

Y á tí

¿qué te importa? ¿no es tu amante  
tan bella como constante?  
¿no es fiel don Simplicio?

D. DIEGUITO:

Sí.

D. ANSELMO,

Pues entonces búrlate  
del vejete y de la harpía  
y en tu Adelaida confía;  
peor fuera sobrino....

D. DIEGUITO.

¿Qué?

D. ANSELMO.

Nada, porque estás seguro;  
pero hay muchacha que quiere  
al que su padre prefiere  
para marido futuro,  
dejándole de querer  
con igual facilidad  
si la misma autoridad  
exige tal proceder;



— 118 —

y no es falso testimonio  
lo dicho, que en caso igual  
no se ama á don Juan de tal  
sino á don Juan matrimonio.

D. DIEGUITO.

Pero no entiendo....

D. ANSELMO.

Decía,  
que fuera mucho peor  
si de tu Adela el amor  
á este otro se parecía.  
Por fortuna no es así;  
y respecto á que te adora  
y á que se acerca la hora  
de que pronunciéis el sí  
que los dos apetecéis;  
veamos si se han levantado  
los de casa.

D. DIEGUITO.

¿Qué hora ha dado?

D. ANSELMO.

Pienso que fueron las seis,  
y muy pronto espero yo  
con Simón al escribanó.

D. DIEGUITO.

Me parece muy temprano.

D. ANSELMO.

Para quien se casa no.



— 119 —

D. DIEGUITO.

Pues vámonos á vestir.

D. ANSELMO.

¿Estás desnudo salvaje?

D. DIEGUITO.

No señor, pero este traje  
no es propio para lucir,  
y en tal día . . .

D. ANSELMO.

Patarata.

D. DIEGUITO.

¡Se puede acaso negar! . . .

D. ANSELMO.

Mira, ¿quieres apostar  
á que yo con gorro y bata  
y sin mi buen peluquín  
logro llamar la atención  
más que tú, en esta ocasión,  
aunque estés un serafín?

D. DIEGUITO.

Usted señor se chancea.

D. ANSELMO.

Allá lo veremos Diego.

D. DIEGUITO.

Bueno será verlo, y luego  
podrá ser que yo lo crea.



— 120 —

D. ANSELMO.

Anda hombre, adórnate bien,  
mas no tardes . . . .

D. DIEGUITO.

Al instante.

D. ANSELMO.

Que quiero ver elegante  
á un pasiego parisién.

## ESCENA II.

DON ANSELMO.

D. ANSELMO.

Pobrecillo, y qué trabajo  
le cuesta el desengañarse  
confesándose á sí mismo  
lo poco ó nada que vale.  
Este maldito amor propio  
nos ciega; cuántos ultrajes,  
cuántos disgustos pudiera  
un hombre en su vida ahorrarse  
si un espejo racional  
tuviese siempre delante:  
allí el presumido Adonis  
detestara sus visajes,  
el lindo se hallara feo,  
el semi-sabio ignorante,  
y en fin para concluir  
aunque sólo se ganase



— 121 —

que las mujeres se viesan  
mujeres y no deidades,  
se adelantaba no poco;  
no deben así arredrarme  
para el plan que me he propuesto  
las muchas dificultades.  
Continuemos, pues que ya  
empieza á manifestarse  
sus ventajas: mi sobrino  
desconfía de los padres,  
y principia á concebir  
que pudieron engañarle;  
quién sabe si en este día  
detestando falsedades  
renegara como algunos  
de su amigo y de su amante.

### ESCENA III.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA

*y dicho.*

DOÑA MARIA.

Vamos chica, no me olvides  
la lección; ese semblante *Aparte*  
*á Doña Adelaida.*  
opaco, los ojos bajos,  
y en tu figura cierto aire  
de timidez, de reserva  
como quien vá á declararse  
y no se atreve.



— 122 —

DOÑA ADELAIDA. *Aparte á doña María.*

Sí, pero

no vendrá mal que se escape  
de cuando en cuando un suspiro.

DONA MARIA. *Aparte á doña Adelaida*

Cierto, mas no los malgastes;  
y si suspiras que sea  
con mucha discreción.

D. ANSELMO *Aparte.*

Tate,

ya están aquí.

DOÑA MARIA.

¡Ola amigo!

para ser después de un viaje,  
éste es mucho madrugar.

D. ANSELMO.

Acostumbro levantarme  
con el día.

DOÑA MARIA.

¡Jesús! ¿y cuando  
se acostumbra en los lugares  
acostarse?

D. ANSELMO.

Con la noche.

DOÑA MARIA.

¡Ay! pues en las capitales  
es todo al revés.

D. ANSELMO.

Es cierto.



— 123 —

DOÑA MARIA.

¿Y ha extrañado vd. el catre?

D. ANSELMO.

¿Cómo quiere vd. señora  
siendo bueno que lo extrañe?

DOÑA MARIA.

Según eso ¿durmió vd.  
bien?

D. ANSELMO.

No amiga, tuve un grande  
desvelo, un desasosiego  
que me impidió que cerrase  
los ojos hasta las cinco  
cuando menos, mas no hable  
por la Virgen en tal día  
de friolera semejante.  
Hablemos ahora de boda  
y del novio y . . . .

DOÑA MARIA.

Gran dislate,  
no señor; hablemos ahora  
de vd. sólo y de sus males,  
que después . . . también la niña  
nos dió esta noche bastante  
cuidado.

D. ANSELMO. *A doña Ádela, con interés.*

¿Estuvo vd. mala?

DOÑA ADELADA.

Sí señor, tuve un ataque  
horroroso.



— 124 —

D. ANSELMO.

¿Fué de nervios?

DOÑA ADELAIDA.

Me inclino á que sí.

D. ANSELMO.

¡Qué diantrel

¿y opresión después al pecho?

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Lo mismo que si me ahogase.

D. ANSELMO.

Gran calor ¡eh!

DOÑA ADELAIDA.

Mucho.

D. ANSELMO.

¿Y frío

en ambas extremidades?

DOÑA ADELAIDA.

En ambas.

D. ANSELMO.

¡Cosa más rara!

DOÑA ADELAIDA.

¿Por qué?

D. ANSELMO.

Porque tuve iguales  
síntomas.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué dice vd!



— 125 —

D. ANSELMO.

Nervios, ahogúo, incesantes  
latidos, palpitación,  
calor, frío y no hay qué cansarse,  
tuve lo mismo que vd.;  
sólo por diferenciarme  
en algo, senti además  
una especie de volcanes,  
que abrasándome subían  
desde el estómago....

DOÑA ADELAIDA:

¡Calle!  
si á mi también me subían.

D. ANSELMO.

¡También á vd.! pues es lance  
del demonio.

DOÑA ADELAIDA.

Sí señor;  
he creído anoche abrasarme.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Quizá vuestro mal es uno  
mismo, y no debe extrañarse  
que entonces....

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¡Suspirás!

Gerostiza.- 16



— 126 —

DOÑA MARIA.

Sí desde ayer por la tarde  
está la pobre. . . .

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¿Pues qué  
tiene?

DOÑA MARIA

Sin duda pesares.

D. ANSELMO.

¡Pesares en día de boda!

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

¡Otro suspiro!

DOÑA MARIA.

Es dable  
que alguna cosa que ha visto. . . .

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay!

D. ANSELMO.

Otro.

DOÑA MARIA. *Aparte á doña Adelaida.*

Basta ignorante,  
eso es suspirar á estajo.



— 127 —

D. ANSELMO.

¡Y qué! ¿no podréis confiarme  
ese terrible secreto?

DOÑA MARIA.

Si pudiera lisonjearse  
que usted....

D. ANSELMO.

¿Y puede dudarlo?  
¿Existe acaso quien trate  
con más interés los suyos,  
ni quien tome mayor parte  
en sus gustos, en sus penas?

DOÑA MARIA.

Hija vamos.....

DOÑA ADELAIDA.

Es en balde,  
Mamá perdóneme vd.  
al señor menos que á nadie.

D. ANSELMO.

¿Y por qué tal desconfianza?

DOÑA MARIA.

Mire vd. es disculpable,  
pues en verdad hay secretos  
que deben adivinarse  
y no decirse.

D. ANSELMO.

Señora,  
¿fui yo nunca nigromante?

— 128 —

DOÑA ADELAIDA.

Ya, pero cómo se dice  
á un hombre que... no se canse  
vd. por Dios, porque no  
se lo digo aunque me maten.

D ANSELMO.

¿Os dió acaso mi sobrino  
motivo de queja grave?  
¡calla vd. y no respondel  
¿le encontráis menos amable?  
¿baja vd. los bellos ojos?  
quizá vuestro pecho amante  
habrá encontrado otro objeto  
más digno, más... no me engañe  
usted querida Adelaida;  
porque usted misma no sabe,  
si me dice la verdad,  
lo que puede interesarle.

DOÑA MARIA *Aparte á doña Adelaida.*

Llora, necia.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.¡Ay Virgen mía! *Llora.*

D. ANSELMO.

¡Qué! ¿llora usted?

DOÑA MARIA.

¡Toma, á mares!

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué desgraciada nací!



— 129 —

D. ANSELMO.

No quisiera equivocarme  
pero el amor.... el deseo....  
este llanto.... Aquellos ayes...  
su rubor.... La mala noche....

DOÑA MARIA.

Y todo desde ayer tarde.

D. ANSELMO.

¿Esto es desde que llegué?

DOÑA MARIA

Sí señor desde ese instante.

D. ANSELMO.

Bien sabe Dios....

DOÑA MARIA.

Pues amigo

ella no puede explicarse  
más claro.

DOÑA ADELAIDA.

Y si D. Anselmo,  
sabe amar, debe evitarme  
mayor confusión.

D, ANSELMO.

Sí amada

Adela, fuera un vinagre,  
un imbécil, si después  
de demostraciones tales  
no supiera á que atenerme,  
y mi dicha no apreciase.

— 130 —

Pero ya se vé, esta dicha  
á la verdad es tan grande,  
tan inesperada, que  
para imaginarla fácil,  
es preciso que los labios  
la confirmen, y la....

DOÑA MARIA.

Dale  
bola, cuando una muchacha  
calla en casos semejantes  
es suficiente.

D. ANSELMO.

Con todo  
fuera harto mejor que hablase,  
porque la que habla no deja  
duda, y no debe quedarle  
ninguna, á quien como yo  
teme tanto equivocarse.  
Vamos Adelaida, vamos  
díguese usted confirmarme  
mi felicidad.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué malo  
es vd.!

D. ANSELMO.

¿Y mis maldades  
cuales son?

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Pues ya que vd.



— 131 —

se empeña en abochornarme  
será fuerza que le diga  
que desde que le ví... ¡ay madre!  
si vd. no ayuda, jamás  
tendré valor.

DOÑA MARIA.

¿Se persuade  
vd. ya de que la niña  
le quiere? ¿Os queda un adarme  
de duda?

D. ANSELMO.

Ahora no, mas siempre  
confiese vd. que un amante  
con peluca, hace muy bien  
por si acaso, en no confiarse.  
Yo la tengo á pesar mío,  
y además (sin adularme)  
tengo mis buenas arrugas,  
y mis sendos alifafes,  
y mi tos y mi ronquera,  
y en fin lo que es inseparable  
de la edad; pero también  
lo que es harto repugnante  
para el amor: así amiga  
no se queje vd ni extrañe  
si yo....

DOÑA MARIA.

Y no dice vd. nada  
de sus prendas relevantes

-- 132 --

de su mérito, experiencia  
y....

D. ANSELMO.

Sí tengo bastante  
experiencia, no lo niego;  
pero ella misma es quien me hace  
incrédulo, pues se adquiere  
á costa de Navidades.  
Luego, Dieguito es un joven....

DOÑA ADELAIDA.

Demasiado.

D. ANSELMO.

Es elegante....

DOÑA ADELAIDA.

Un hombre es mucho mejor  
para marido.

D. ANSELMO.

Tiene aire  
cortesano....

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Si tendrá;  
pero al cabo siempre es aire.

D. ANSELMO.

Versifica....

DOÑA ADELAIDA.

No me gusta  
andar tras los consonantes.



— 133 —

D. ANSELMO.

Baila....

DOÑA ADELAIDA.  
Talento pedestre.

D. ANSELMO.  
Y en fin tiene habilidades  
que juntas le constituyen  
un rival muy formidable.

D.<sup>ca</sup>. ADELAIDA.  
Para vd. es bien pequeño.

D. ANSELMO.  
Ojalá, mas olvidarme  
no puedo, de que vd. misma  
no lo halló tan despreciable  
cuando....

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.  
Si le admiti fué  
por obediencia á mis padres.

D. ANSELMO.  
Con todo, vd le alababa....

DOÑA ADELAIDA  
¿Sintió vd. que le alabase?

D. ANSELMO.  
Sentirlo no, pero nunca  
á quien sabe amar, complacen  
las ajenas distinciones;  
y esto no debe extrañarse,  
porque el amor propio siempre  
se ofende y....



— 134 —

DOÑA ADELAIDA.

Basta, no pase  
vd. cuidado que....

D. ANSELMO.

Pero....

DOÑA ADELAIDA

Ya verá vd. si se sabe  
complacerle.

D. ANSELMO.

No os entiendo.

DOÑA ADELAIDA.

Yo si entiendo á vd. y baste.

#### ESCENA IV.

D. DIEGUITO y *dichos*.

D. DIEGUITO.

Era tanta mí impaciencia,  
señoras, de presentarme  
á vdes. que yo no sé  
como pude acicalarme  
tan pronto, vaya, yo mismo  
estoy admirado.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Anselmo,*

*SUAVE*

frescor, hermosa mañana,  
amigo, para pasearse.



— 135 —

D. ANSELMO.

Mas no muy segura, pues  
el tiempo tira á variable.

D. DIEGUITO.

Figúrese vd. que vengo  
casi, casi sin peinarme  
porque, ¿quién diablos repara  
en vísperas de casarse  
en un rizo más ó menos?

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

¿Sería vd. de dictamen  
que diésemos cuatro vueltas  
por el jardín?

D. ANSELMO.

Lo que mande  
vd. querida Adelaida,  
nunca puede disgustarme.

D. DIEGUITO.

¡Qué es esto! ninguno ve  
ni oye.

DOÑA ADELAIDA. *A D. Anselmo.*

Pues entonces dadme  
vuestro brazo y vamos.

D. ANSELMO.

Vamos,

D. DIEGUITO.

¡Ay que se van sin hablarme!  
No, pues no piensen que yo



— 136 —

he de sufrir tal desaire;  
tío, tío, señorita....

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿tú aquí?

D. DIEGUITO.

Toma si hace  
dos horas que....

D. ANSELMO. *A D<sup>ca</sup> Adelaida.*

Mire vd.  
qué adornado, qué elegante  
se presenta....

DOÑA ADELAIDA.

¿Quién?

D. ANSELMO.

Dieguito.

DOÑA ADELAIDA.

¡Jesús, señor y qué traje  
tan ridículo!

D. DIEGUITO.

Señora,  
¿Qué es lo que vd. habla?

DOÑA ADELAIDA.

Sastre  
como el de vd. no se encuentra  
aunque se busque en Getafe.

D. DIEGUITO.

Sí es la última moda y....

— 137 —

DOÑA ADELAIDA.

Vaya,

es preciosísimo el fraque;  
con sus faldones de cola  
á manera de faisanes,  
sus botones de metal  
avelonado, su talle  
de doncellita opilada,  
y en fin su cuello de abate;  
pues y el pantalón. . . . ¡qué corto!  
¿sirvió acaso á vuestro padre?

D. DIEGUITO.

Adelaida ¿está vd. loca,  
ó quiere vd. sofocarme?

DOÑA ADELAIDA.

Vámonos pues y dejemos *A D. Ansel.*  
á el señor con sus disfraces,  
que solamente son buenos ;  
para cuando llegue un baile  
de máscaras.

D. DIEGUITO.

Tan siquiera  
permitid que os acompañe.

DOÑA ADELAIDA.

No, que se levanta fresco,  
y puede vd. constiparse.

D. ANSELMO.

Quédate, quédate aquí,  
y así podrás avisarme  
cuando venga el escribano



— 138 —

D. DIEGUITO.

Deteneos un instante.

DOÑA ADELAIDA.

¿Para qué?

D. DIEGUITO.

Tengo unos versos  
que podieran recitarse  
y . . . .

DOÑA ADELAIDA.

Pues yo no tengo tiempo  
para escuchar vaciedades.

## ESCENA V.

DON DIEGUITO Y DOÑA MARIA.

D. DIEGUITO.

¡Sin duda yo estoy soñandol

DOÑA MARIA.

Hay sueños que son verdades.

D. DIEGUITO.

¿Y podéis, señora mía,  
en este caso, explicarme  
á quien debo yo el favor  
de tan nuevas sequedades?

DOÑA MARIA.

A vd. mismo.

D. DIEGUITO.

Muchas gracias.



— 139 —

DOÑA MARÍA.

Qué no pueden aguantarse  
presunción y vanidad  
juntas, en quien nada vale.

## ESCENA VI.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Apostemos dos ochavos  
á que si llego á enfadarme  
á todos mando á pasear;  
¡qué palabras! ¡qué modales!  
¡qué sonrisas tan burlonas!  
y todo antes de casarme;  
pues, señor, no sé que harán  
cuando en efecto me case.

## ESCENA VII.

DON DIEGUITO Y DON SIMPLICIO.

D. SIMPLICIO.

¡Válgame Dios! Si se habrá  
agotado el chocolate.

D. DIEGUITO.

¡Ay Simplicio de mi vida  
venga vd. á consolarme!

D. SIMPLICIO.

Estoy de prisa amiguito .



- 140 -

D. DIEGUITO

Todo el mundo se complace  
en mi mal.

D. SIMPLICIO.

Cuando es ajeno  
suele ser muy agradable.

D. DIEGUITO.

Sepa vd. que mi Adelaida  
me desprecia.

D. SIMPLICIO.

Disparate;  
eso será disimulo.

D. DIEGUITO.

No señor, que sus desaires  
son bien claros.

D. SIMPLICIO.

Pues entonces  
no debe vd. molestarse  
en necias cavilaciones.

D. DIEGUITO.

¿Por qué?

DON SIMPLICIO.

Porque es indudable  
que quien desaira no quiere.

D. DIEGUITO.

¡Lindo consuelo!

— 141 —

D. SIMPLICIO.

Apreciarle  
debe vd. si por lo menos  
le desengaña.

D. DIEGUITO.

¡Qué diantre!  
Ni por política quiso  
detenerse ni escucharme  
estos versos....

D. SIMPLICIO.

Con que.... agur,  
porque se va haciendo tarde.

D. DIEGUITO.

Leedlos por vida mía.

D. SIMPLICIO.

No puedo, no.

D. DIEGUITO.

Vaya, acabe  
vd. por Dios de tomarlos.

D. SIMPLICIO.

Es empeño formidable,  
¿y para qué?

D. DIEGUITO.

Para ver  
si son buenos.

D. SIMPLICIO.

¡Qué donaire!  
¿pues qué acaso puede serlo?



— 142 —

D. DIEGUITO.

¡Qué dice vd.!

D. SIMPLICIO.

Que no valen  
sus versos de vd. un bledo.

D. DIEGUITO.

¿Y mi soneto?

D. SIMPLICIO.

Pasable  
á duras penas.

D. DIEGUITO.

Y vd.

¿no lo encontraba admirable  
ayer noche cuando menos?

D. SIMPLICIO.

Si por moneda contante  
toma vd. cuanto le dicen  
podrá al cabo equivocarse  
en su cuenta, que quien no  
sabe restar, nada sabe.

D. DIEGUITO.

Eso es decirme....

D. SIMPLICIO.

Que vd.

es un pobre principiante  
que si se aplica, podrá  
con el tiempo señalarse  
y ser algo, pero que ahora  
es sólo....

— 143 —

D. DIEGUITO.

¿Qué?

D. SIMPLICIO.

Un badulaque.

## ESCENA VIII.

DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¡Habrà tamaña insolencial  
y este es mi amigo . . . . pedante,  
pícaro, desvergonzado,  
yo te diré . . . . pero tate,  
¡y si dice la verdad  
por qué debo de enfadarme!  
Vamos, no hay remedio, es fuerza  
que á todos juntos les cante  
la palinodia, y que sepa  
como yerno y como amante  
á lo que debo atenerme,  
pues no es justo que se paguen  
antes de casarse deudas  
que después se satisfacen.





## ACTO QUINTO.

### ESCENA I.

D. ANSELMO, D.<sup>ca</sup> MARIA Y D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

D. ANSELMO.

Lo dicho dicho, señoras;  
perdonadme si soy franco,  
y molestó y machacón;  
mas no puedo remediarlo.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Vaya, por Dios, D. Anselmo  
explíquese vd.

D. ANSELMO.

Más claro  
no puedo hablar, con que así  
ó herrar ó quitar el banco.



-- 146 --

DOÑA MARIA.

¿Pero qué banco?

D. ANSELMO.

Señora,  
yo nací muy desconfiado  
os lo dije en el jardín  
y lo digo en este cuarto.  
Añada vd. que me veo  
sumamente enamorado,  
que quien ama tiene celos,  
y quien recela es un sandio  
si no busca su remedio  
en un grato desengaño.

DOÑA MARIA

Todo eso está muy bien dicho;  
pero es cuando son fundados,  
cuando hay motivo. Mi Cleto  
verbigracia, hace diez años  
tuvo celos y fluxión  
á los ojos; pero vamos  
¿y por qué fue? porque un tal  
don Marquitos de Avendaño.  
me miró catorce veces  
seguidas; cinco en el praño  
y nueve en el jubileo,  
y note vd. que su quebranto  
aunque sin culpa de nadie  
por fin se fundaba en algo;  
mas en el caso de vd.



— 147 —

D. ANSELMO.

Mi caso no es tan extraño  
como á vd. se le figura,  
porque al cabo si don Marcos  
estando fuera de casa  
os miró y remiró tanto,  
¿que no hará mi sobrinito  
decidme, cuando esté al lado  
todo el día de Adelaida?

DOÑA ADELAIDA.

Si hubiera vd. reparado,  
de que modo maltraté  
á don Dieguito hace un cuarto  
de hora, no fuera tan grave  
entonces vuestro cuidado.

D. ANSELMO.

Convengo en que vd. le puso  
como un trapo, pero el trato,  
la costumbre y . . . vaya vaya,  
es preciso no engañarnos;  
donde se encuentran cenizas  
hubo fuego.

DOÑA MARIA.

En este caso  
vd. no se tranquiliza  
ni desengaña, entretanto  
que vuestro sobrino viva  
en casa.

D. ANSELMO.

Disimularlo  
no puedo.



— 148 —

DOÑA MARIA.

Y siendo don Diego  
un pariente tan cercano  
de vd. ¿cómo se le pone  
en la calle?

DOÑA ADELAIDA.

No lo alcanzo.

D. ANSELMO.

Yo no digo ni aconsejo  
tal cosa; ustedes son harto  
prudentes y en este asunto  
harán lo más acertado  
sin duda, pero el tiempo urge  
y si llega el escribano  
y ustedes no se deciden,  
les aseguro y declaro  
que no puedo responder  
de cuál será el resultado.

DOÑA MARIA.

Pero don Anselmo....

DOÑA ADELAIDA.

Pero  
señor don Anselmo....

D. ANSELMO.

En vano  
se cansan ustedes: hoy,  
ó se firman los contratos  
con Dieguito ó se le quita  
toda esperanza, pensadlo



— 149 —

y obrad en su consecuencia:  
una hora tenéis de plazo;  
aprovechadla que yo  
por si van mal dadas, marchó  
á ponerme la peluca  
y los botines de paño.

## ESCENA II.

DOÑA ADELAIDA y DOÑA MARIA.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¿Sabe vd. que es gran apuro?

DOÑA MARIA

No lo es si reflexionamos  
que por más que lo evitemos  
ello al fin tarde ó temprano  
hemos de reñir de veras  
con don Dieguito, que el chasco  
no es para menos.

DOÑA ADELAIDA.

Es cierto,  
¿pero quién tiene el descaro  
de decirle que se vaya?

D<sup>ca</sup> MARIA.

Tú

DOÑA ADELAIDA.

¡Yo!

DOÑA MARIA.

Sí, porque en los labios

Gorostiza, - Tomo II. - 19



— 150 —

de una mujer que se quiere,  
todo está bien.

D. ANSELMO.

Convengamos  
en que lo que sienta mal  
nunca se oye con agrado.

DOÑA MARIA.

Con todo hay gran diferencia,  
pues si al cabo si á un extraño  
se le dice que es un necio,  
un menguado, un mentecato,  
quién sabe lo que éste suele  
respondernos y llamarnos;  
pero un amante . . . no hay miedo,  
bien puedes cargar la mano  
y decirle y aun hacerle  
lo que quieras, porque al cabo  
él solo te ha de llamar  
ingrata y sales del paso.

D<sup>ca</sup> ADELAIDA.

También coqueta y . . .

DOÑA MARIA.

También;  
pero esta gente en estando  
enfadada, cuanto dice  
tiene igual significado.

---



— 151 —

### ESCENA III.

D. CLETO *y dichos.*

D. CLETO.

Mirad que viene Don Diego.

DOÑA MARIA.

Mejor.

D. CLETO.

Le estuve observando  
en el jardín y á lo lejos  
le he seguido por gran rato:  
si vierais como miraba  
al cielo y luego las manos  
cruzaba y luego tosía  
y estornudaba y....

DOÑA MARIA.

San Franco

de Sena le valga, que eso  
es estar desesperado.

D. CLETO.

Cuando digo que....

### ESCENA IV.

DON SIMPLICIO *y dichos.*

D. SIMPLICIO.

Señoras,

don Dieguito....



— 152 —

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay cielo santo!

D. SIMPLICIO.

Que viene ya....

DOÑA ADELAIDA.

¿Pues en dónde  
le dejo vd.?

D. SIMPLICIO.

En el patio  
de los naranjos.

DOÑA ADELAIDA.

Permita

Dios que se vuelva naranjo.  
¿y qué hacemos? *á doña María.*

DOÑA MARIA.

Oyes chica,  
si tú te aturdes, lo échamos  
todo á perder. Es preciso  
que calmes tu sobresalto,  
y le esperes á pie firme.

DOÑA ADELAIDA.

Con que he de ser....

D. CLETO.

Concluyamos,  
que alguien sube la escalera  
y no sea que....



— 153 —

DOÑA MARIA

Retirados

nosotros te observaremos  
y saldremos en tu amparo  
cuando llegue la ocasión;  
vamos Cleto.

D. CLETO.

Vamos.

D. SIMPLICIO.

Vamos.

DOÑA ADELAIDA.

Eso es dejarme en las astas  
del toro.

D.ª MARIA.

No, te dejamos  
con quien fue ayer tu novio,  
y hoy es sólo tu contrario.

## ESCENA V.

DOÑA ADELAIDA.

D.ª ADELAIDA.

El es, ¡y qué cara trae  
el pobre de renegado!  
Vaya que estará furioso,  
pero no me da cuidado  
que yo le cortaré á tiempo  
el revésino.



— 154 —

## ESCENA VI.

DON DIEGUITO y DOÑA ADELAIDA.

D. DIEGUITO.

Rabiando  
de celos....

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Jesús, don Diego;  
no hable vd. por Dios tan alto  
porque tengo una jaqueca  
que ya, ya....

D. DIEGUITO.

Buenos estamos  
para andarnos en jaquecas.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Nada os cuesta hablarme piano.

D. DIEGUITO.

Qué piano ni qué guitarra.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Toda mi vida he odiado  
las voces, y.... mire vd.  
tuve por novio un muchacho  
(catalán era por cierto)  
joven, rico y bien plantado,  
á quien desprecié, por que  
me requetabraba gritando.



— 155 —

D. DIEGUITO.

Señorita yo no vengo  
ahora con requiebros

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Bajo

D. Diego.

D. DIEGUITO.

Por vida de....

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Más bajo ó si no me marchó.

D. DIEGUITO.

Vamos, bajaré la voz.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¿No ve vd. cuál es mi estado?  
si apenas tengo valor  
ni para mover los labios.

D. DIEGUITO.

Digo que no gritaré.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Veámoslo, pues.

D. DIEGUITO.

He notado

Adela....¿va bien así?

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

No va muy mal.

D. DIEGUITO.

Vuestro extraño  
proceder....



— 156 —

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

No apoye vd,  
en la final del vocablo,  
porque el tímpano padece.

D. DIEGUITO.

Y....

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Ay Dios cómo me ha estropeado  
esa conjunción malvada!

D. DIEGUITO.

Carguen con vd. los diablos  
y con la tal conjunción,  
con en el novio, con el piano  
y conmigo, pues que tuve  
paciencia para aguantaros.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Cómo, cómo! vd. ignora  
sin duda de que está hablando  
con doña Adelaida Pérez,  
Fernández, Rodríguez, Castro,  
Mendoza....

D. DIEGUITO.

Pero sí....

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Almarza,  
Blanco, Rojo, Nieto, Calvo....

D. DIEGUITO.

Señorita....



— 157 —

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Valladares

y Láinez. ¿Ha olvidado  
vd. las prerrogativas  
que en todo tiempo gozaron  
las mujeres de mi clase?  
¿sabe vd. cuán escudados  
están todos sus caprichos  
en su sexo, en sus encantos?

D. DIEGUITO.

Adelaida . . . .

DOÑA ADELAIDA.

Sois un necio.

D. DIEGUITO.

Mil gracias.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA

Un mentecato

D. DIEGUITO.

También ésa.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA

Un ignorante,  
un grosero, un desalmado,  
un hombre, en fin, y con eso  
digo todo lo que callo.

D. DIEGUITO.

Pues no es mucho lo que calla  
vd.



— 158 —

D.<sup>ra</sup> ADELAIDA.

Cada vez me aplaudo  
más y más del juramento  
que hice antes de abandonaros.

D. DIEGUITO.

Mire vd. que fué de amarme.

D.<sup>ra</sup> ADELAIDA.

Está vd. equivocado  
eso fué anoche, mas hoy  
ha sido sólo de odiaros.

D. DIEGUITO. *Aparte.*

Mal haya tanto jurar.

D.<sup>ra</sup> ADELAIDA.

Y sino fuera mirando  
mi jaqueca y que no puedo  
hablar casi....

D. DIEGUITO. *Aparte.*

Sin embargo  
lo disimula bastante.

D.<sup>ra</sup> ADELAIDA.

Os diría que....mas ¡ay santos  
clelos!....¡mi pobre cabeza  
se desploma!.... ¡yo me abrazo  
de calor!.... ¡Jesús!.... ¡Jesús  
de esta hecha sí que no escapo!

---



-- 159 --

## ESCENA VII.

D. CLETO, DOÑA MARIA, D. SIMPLICIO

*y dichos.*

D. SIMPLICIO.

¿Qué es esto?

D. CLETO.

¿Qué te sucede?

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿por qué das voces?

D. CLETO.

Temblando  
está como una azogada.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Dinos pronto qué te ha dado.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Ay señoral ¡ay padre mío!  
este hombre me ha asesinado.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

Justicia de Dios, justicia.

D. DIEGUITO.

Calle vd. por san Pancrancio.  
no pase, lo oiga y lo crea  
algún alcalde de barrio.

D. CLETO.

¿Te ha insultado?



— 160 —

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

Sí señor.

D. DIEGUETO.

No tal, yo no la he insultado ;  
ella fué quien . . . .

D. CLETO.

Hombre vil,  
¿y<sup>a</sup>vd. se atreve á negarlo?  
Salid pronto de mi casa.

D. DIEGUITO.

Señor D. Cleto, despacio,  
mire vd. que yo no sufro  
de ningún hombre . . . .

DOÑA MARIA.

¡A mi amado  
esposo así se amenaza!  
idos de aquí.

D. DIEGUITO.

No amenazo ;  
pero si se desvergüenza  
connigo le descalbro,

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Descalbrar á mi padre!

DOÑA MARIA.

¡A un Pérez!

D. SIMPLICIO.

¡A un abogado!



— 161 —

D.<sup>ña</sup> MARIA.

¡Qué insolencia!

D. SIMPLICIO.

¡Qué delirio!

D.<sup>ña</sup> ADELAIDA.

De mi vista id desterrado.

DOÑA MARIA.

Fuera, fuera de mi casa.

D. DIEGUITO.

Pero....

D. CLETO.

Fuera.

D. DIEGUITO.

Si....

D. SIMPLICIO.

Marchaos.

D. DIEGUITO.

No sé lo que por mí pasa.

## ESCENA VIII.

*Dichos* y SIMON.

SIMON.

Señorito ya ha llegado....

DOÑA MARIA.

Y ya era tiempo á fe mía.



— 162 —

D. DIEGUITO.

Oyes, dile al escribano.  
de mi parte, que se vuelva  
per donde vino.

DOÑA MARIA.

Desbarro  
igual no lo ví jamás;  
¿Y por qué?

D. DIEGUITO.

Yo te lo mando  
anda marcha.

DOÑA MARIA.

Nada de eso,  
yo te mando lo contrario;  
que se quede, que se quede.

DOÑA ADELAIDA *A doña María.*

¿Y no os parece acertado  
que al pobre se le entretenga  
con dos magritas y un trago  
para que no se fastidie?

DOÑA MARIA.

Sí, sí, que almuerce el Notario,  
que cuando se está en ayunas,  
sienta mal cualquier contrato.

D. DIEGUITO.

A ver como no le dán  
vds. todo el marrano,  
¡Qué me importa! Lo que yo  
os digo es que no me caso.



— 163 —

DOÑA ADELAIDA.

¿Y quién dice . . . .

D. DIEGUITO.

Nada, nada,  
no me caso.

DOÑA MARIA.

Estáis soñando,  
¿Y quién se quiere casar  
con vd ?

D. SIMPLICIO.

Ninguno.

D. DIEGUITO.

Vamos  
que con alguna intención  
se detiene al secretario.

DOÑA ADELAIDA.

Hombre necio, pues que no  
merecéis otro dictado,  
¿cómo imagináis siquiera  
que quien os ha despreciado  
como yo os desprecio, puede  
solicitar vuestra mano?

D. DIEGUITO.

Pues ayer . . . .

DOÑA ADELAIDA.

Ayer fingí,  
obediente á los mandatos  
de mis padres, que os amaba,



— 164 —

y no estando preocupado  
mi corazón de otro objeto  
se prestó sin embarazo  
á una ficción que podía  
proporcionarme un estado  
ventajoso, una salida....

DOÑA MARIA.

Porque amigo, vamos claros;  
los padres quieren salir  
de las hijas y....

D. DIEGUITO.

¡Canastol  
¿con que sólo para salir  
de la ganga....?

DOÑA ADELAIDA.

Lisonjeando  
vuestro amor propio, sufriendo  
vuestro caprichoso trato,  
adulando vuestros gustos,  
mintiendo, disimulando  
se consiguió fácilmente  
el proyecto deseado:  
pero ya no nos conviene,  
amiguito, por lo tanto  
sepa vd. que ayer como hoy  
no ha sido vd. sino el blanco  
ridículo, del afecto  
menos desinteresado.

D. DIEGUITO.

¿Con que todo fué mentira?



-- 165 --

DOÑA ADELAIDA.

Todo.

D. DIEGUITO.

¿Y mi talle? ¿Y mi garbo?

DOÑA ADELAIDA.

El espejo os lo dirá.

D. DIEGUITO.

¿Y mi gracia?

DOÑA MARIA.

Se ha eclipsado  
con la herencia.

D. DIEGUITO.

¿Y mi talento?

D. SIMPLICIO.

Fué de la amistad regalo  
generoso, don gratuito.

D. DIEGUITO.

¡Qué esto escucho y no me mató!  
¿Y entonces por qué se queda  
el Notario?

DOÑA MARIA.

Es un arcano  
que pronto . . . .

SIMON.

Pero señores  
¿están vds. borrachos?  
¿qué notario es ése? ¿quién  
ha sido el que lo ha buscado?



-- 166 --

D. DIEGUITO.

¡Cómo! pues no fuistes tú...

SIMON.

No señor, ni imaginarlo.

D. DIEGUITO.

Picaro ¿y dejas hablar  
sobre un supuesto tan falso  
dos horas?

SIMON

¿Y vds. á mí,  
por si acaso, me han dejado  
meter baza?

DOÑA MARIA.

¿Mas quién es  
el que espera?

SIMON.

El maragato  
con quien vino don Anselmo.

D. ANSELMO.

Pues dí ¡no te dijo tu amo  
que avisases!...

SIMON.

Sí señora,  
me lo dijo en este cuarto;  
pero en el suyo me dio  
contra orden.

D. CLETO.

¿Y qué diablos



— 167 —

tenemos ahora que ver  
nosotros con el malvado  
maragato?

SIMON.

¡Qué sé yo!

mi amo quiso...

D. DIEGUITO.

¿Es el tío Pablo?

SIMON.

Si señor.

D. DIEGUITO.

¿Y se va pronto?

SIMON.

Toma, esta tarde á las cuatro.

D. DIEGUITO.

Me alegro; como soy Diego,  
porque á las cuatro me largo  
á Santander.

DOÑA ADELAIDA.

Hará vd.

divinamente.

DOÑA MARIA.

No acabo  
de comprender la razón  
porque don Anselmo ha dado  
esa contra orden.

D. CLETO.

Ni yo.



— 168 —

DOÑA ADELAIDA.

Ya la sabremos, salgamos  
ahora de don Diego, y luego...

D. DIEGUITO.

Por salido.

## ESCENA IX.

DON ANSELMO y *dichos*.

D. ANSELMO.

¡Qué fracaso!

DOÑA MARIA.

¡Otro susto!

D. ANSELMO.

¡Qué desdicha!

¡qué golpe tan impensado!

DOÑA MARIA.

¡Pero hombre!...

D. ANSELMO.

¡Frustrarse así

mis esperanzas, conatos,  
y deseos; tener ahora  
á pesar de mi cansancio  
que emprender otro viaje,  
y vuelta á los malos pasos,  
y á las mesoneras puercas  
y al arroz y al bacalado,



— 169 —

y á las chinches. . ; ¡vaya es cosa  
de darse un pistoletazo!

DOÑA ADELAIDA.

D. Anselmo de mi vida,  
¿qué dice vd.?

DOÑA MARIA.

Explicaos.

D. CLETO.

Sin duda algún contratiempo,

D. ANSELMO. *A Simón.*

Sí señor. . . marcha volando,  
y llévate las maletas  
al mesón.

DOÑA MARIA.

¡Al mesón!

D. DIEGUITO.

Bravo.

D. ANSELMO. *A doña María.*

Sí mi señora: al mesón  
de los huevos. Ten cuidado *A Simón.*  
con las alforjas; que vayan,  
ya que en cuaresma no estamos,  
bien provistas. . .

DOÑA ADELAIDA.

Luego vd. . .

D. ANSELMO.

Compra tocino, garbanzos  
chocolate, salchichón

— 170 —

y en fin todo, porque al cabo  
no hemos de encontrar ni alpiste,  
en pasando del portazgo.

DOÑA MARIA.

Por la inmaculada Virgen...

D. ANSELMO.

Y no te dejes el saco  
de la ropa sucia.

SIMON.

Bien;  
pero después que dejado  
quede todo en el mesón,  
¿he de volver á buscaros?

D. ANSELMO.

No por cierto, que yo iré  
sin perderme, preguntando.

SIMON.

Pues por mí no ha de quedar.

D. ANSELMO.

Oyes, que te ayude Pablo.

## ESCENA X.

*Los dichos menos* SIMON.

DOÑA MARIA.

Según eso ¿vd. se va?

D. ANSELMO.

Ahora mismo.



— 171 —

DOÑA MARIA.

¿Pero acaso  
urge tanto esè viaje?

D. ANSELMO

Ay señoras, urge tanto  
que un minuto, un solo instante  
me pierde, desperdiciado.

D. CLETO.

¿Iréis entonces en posta?

D. ANSELMO.

Me voy con el maragato  
que es la posta de mi tierra.

D.<sup>ca</sup> MARIA.

¿Y el proyecto concertado?

DOÑA ADELAIDA

¿Y mi boda?

D. ANSELMO.

Impracticable.

DOÑA MARIA.

¡Cómo!

D. ANSELMO.

Si estoy arruinado.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA.

¡Arruinadol

D. ANSELMO.

Sí señora.

DOÑA MARIA.

¡Tan pronto!



— 172 —

D. ANSELMO.

Un cálculo falso....  
un error....qué quiere vd....  
yo no puedo remediarlo....  
mi corresponsal....

D. CLETO.

¿Quebró?

¿deja concurso?

D. ANSELMO.

No.

D. CLETO.

Malo.

DOÑA MARIA.

¿Se fugó?

DOÑA ADELAIDA.

¿Murió?

D. SIMPLICIO.

¿Cegó?

D. ANSELMO.

Tampoco, pero me ha dado  
una terrible noticia;  
sepan ustedes que un barco  
que esperaba de mi cuenta  
desde Veracruz cargado  
de Soconusco, llegó  
¡Oh qué desgracial averiado,  
y sólo con Guayaquil  
á Santander.... es un chasco.

— 173 —

figúrese vd. don Cleto . . .  
de Guayaquil.

D. CLETO.

Desgraciado  
suceso, mas me parece  
que no es tan desesperado  
porque . . . .

D. ANSELMO.

¡Ay amigo! se conoce  
que no entendéis de cacao.

D. CLETO.

Tomo siempre el que me envia  
Torroba y . . . .

D. ANSELMO.

Vaya, es petrado  
sin ejemplo; pero yo  
pondré remedio; me marchó  
esta tarde, llego el lunes,  
y entonces . . . .

DOÑA ADELAIDA.

¿Será muy largo  
este asunto?

D. ANSELMO.

Largo no,  
¿qué puede tardar? ¿dos años?  
cuanto escribo á Veracruz,  
me responden, y si acaso  
no convenimos, se vuelve



— 174 —

á escribir, y contestado  
que sea, se pone el pleito  
y después....

DOÑA ADELAIDA.

Nunca me caso;  
ya está visto.

D. ANSELMO.

Este maldito  
contratiempo ha trastornado  
todos mis proyectos; pero  
Dieguito está enamorado  
de vd. y así cumplirá  
por mí.

D. DIEGUITO.

¡Yó!

D. ANSELMO.

¿Por qué no?

D. DIEGUITO.

Vamos,  
¿vd. se burla de mí?

D. ANSELMO.

Adelaida te ha estimado  
siempre, su padre te adora,  
su madre te aprecia tanto,  
y Simplicio....

D. DIEGUITO.

¿Quiere vd.  
que veamos si tengo mucho  
que me lleve?



— 175 —

D. ANSELMO.

Pues ¿te vienes  
conmigo?

D. DIEGUITO.

Sí tío, y no paro  
de correr, hasta que llegue  
á Santander.

D.<sup>ca</sup> ADELAIDA

Pero amado

D. Dieguito....

DOÑA MARIA.

Yerno mío....

D. CLETO.

Señor....

D. SAMPICIO.

Amigo estimado....

D. DIEGUITO.

No hay que cansarse, porque  
ya conozco lo que valgo  
y lo que valen ustedes;  
mi partido está tomado:  
á la montaña me vuelvo;  
no más ciudad, no más vanos  
cumplimientos ni lisonjas;  
no más amor cortesano:  
una pasiega rolliza  
que me estime y me hable claro,  
una muejr que se case



— 176 —

conmigo y no con el gato  
de D. Anselmo, una buena  
madre de mis hijos, trato  
de buscar; cuando la encuentre  
mi corazón y mi mano  
le daré, del mismo modo  
que alegre y desengañado,  
agradezco á ustedes todos  
la lección con que me honraron. (Váse)

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué insulto!

DOÑA MARIA.

¡Qué picardía!

D. ANSELMO.

Ya ve usted, es el muchacho  
tan vivo que... pero yo  
le diré lo que hace al caso,  
y cuando os escriba, pienso  
que... conque amigos pasadlo  
bien. Pobre gente y qué pieza [Ap.]  
tan fiero les he jugado.

### ESCENA XI *y última.*

*Dichos, menos D. ANSELMO y D. DIEGUITO.*

DOÑA MARIA.

Esperad... No hay duda que  
con lucimiento quedamos.



— 177 —

D. CLETO.

¿Y cuya es la culpa?

DOÑA MARIA.

Toma

¿de quién ha de ser? del barco  
que en lugar de Soconusco  
trajo Guayaquil

DOÑA ADELAIDA.

¡Malvado

Guayaquil! pero prometo  
aunque padezca de flato  
no tomar más chocolate  
en mi vida.

D. CLETO.

No lo aplaudo  
ni apruebo, porque nosotros  
debiéramos tomar cuatro  
júcaras cada mañana  
y aun era poco,

DOÑA MARIA.

No alcanzo  
la razón

D. CLETO.

Para memoria  
de su burla y nuestro chasco;  
y no te enfades María,  
pues éste es el resultado  
mejor, que tienen las bodas.  
que el interés forma, y...



— 178 —

DOÑA MARÍA.

¡Bravo!

eso sólo nos faltaba;  
la moraleja.

D. SIMPLICIO.

Es muy sano  
acudir á la moral  
cuando nos vemos chasqueados:  
ella nos dice . . . .

DOÑA MARÍA.

Que usted  
como amigo doble y falso,  
de todo ha sido la causa,  
con sus consejos malvados.

D. SIMPLICIO.

Sí dice, pero también  
añade que no es extraño  
se encuentren tales amigos  
en la casa donde el amo  
apetece solamente  
adulaciones y aplausos:  
si D. Cleto menos débil  
no os hubiera abandonado  
el gobierno de su casa;  
si usted en el grave caso  
de establecer á su hija  
hubiera antes consultado  
su corazón; si Adelaida  
tuviera un carácter franco,

— 179 —

y un pecho sensible, entonces  
ni se hubieran engañado  
ustedes... ni mis consejos  
fueran tan interesados,

DOÑA MARÍA.

Es verdad pero....

D: SIMPLICIO.

No amiga,  
confesemos sin reparo  
nuestro error; y plegue al cielo  
que tan solemne petardo,  
nos sirva en lo sucesivo  
para proceder más cautos.





EL AMIGO INTIMO.  
COMEDIA EN PROSA  
Y  
EN TRES ACTOS.

---

AL CIUDADANO VICENTE ROCAFUERTE  
le dedica la comedia de "EL AMIGO INTIMO"  
Su íntimo amigo, M. E. DE GOROSTIZA,

Bruselas, 1<sup>o</sup> de Julio de 1825.



Un *vaudeville* francés intitulado *Monsieur Sans gêne ou l'Ami de Collège*, dió la primera idea de esta comedia. Los que conozcan aquella bagatela, calificarán el grado de originalidad á que puede pretender el autor de "EL AMIGO INTIMO."



## PERSONAJES.

---

DON TEODORO,  
DON CÓMODO.  
DON FRUTOS.  
DON VICENTE.  
DOÑA DAMIANA.  
DOÑA JUANITA.  
MARTINA.  
FRANCISCO,  
RODRIGO.  
SEBASTIAN.  
UN ESCRIBANO.

La escena es en San Felipe de Jativa y en una sala de la casa de D. Vicente.



## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

DOÑA DAMIANA Y MARTINA.

DOÑA DAMIANA.

Vamos Martina, despáchate por San Homobono bendito, pues son ya las once bien dadas y los amos no tardarán en llegar de su viajata.

MARTINA.

Ya pueden llegar cuando quieran; todo está listo.

DOÑA DAMIANA.

Tanto mejor. ¿Has puesto sobre la poltrona el gorro y la bata del señor?

MARTINA.

No que lo olvidaría; poquito le enfada la peluca.

— 186 —

DOÑA DAMIANA.

¿Y el canario tiene su correspondiente alpiste?

MARTINA.

Y el bebedero lleno de agua, y la jaula limpia y su hojita de lechuga para que pique y se entretenga.

DOÑA DAMIANA.

Has hecho lindamente; porque el tal pajarito son los únicos amores de la señorita, y.....

MARTINA.

Vaya que otro pajarito y otros amores fueron los que tuvo en Valencia, según dicen malas lenguas.

DOÑA DAMIANA.

Y tan malas como son; ya te he dicho mil veces y te lo repito ahora que lo que contaron entonces fué un falso testimonio levantado á Doña Juanita; y del que dará cuenta á Dios, indudablemente, el malvado que lo forjó.

MARTINA.

Pues mire usted, doña Damiana, muchos son los que tienen que empezar á preparar sus cuentas porque en quince días consecutivos no se corre otra cosa por Valencia ni se habló en San Felipe de otra novedad.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Si lo querrán saber mejor que yo habiéndola visto nacer y criado y acompañado siempre!

— 187 —

MARTINA

¿Acaso fué vd. con ella á Valencia cuando la pusieron en el convento donde estuvo tres años y hubiera estado otros muchos, si su padre no oliera que la niña gustaba harto más de rezar en el locutorio que de cantar en el coro?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Ya, de esos tres años no puedo hablar, pero de todos los demas sí, y te aseguro que nunca conocí en ellos á doña Juanita inclinaciones mundanas; así, ya ves tú que en tan corto espacio no es dable que ...

MARTINA.

¡Corto espacio tres años! pues digo, ¿cuánto necesita vd. para enamorarse?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Según y conforme: allá en mis tiempos....

MARTINA.

En sus tiempos de usted como en los míos con tres minutos basta y sobra cuando el flechazo viene derecho, y como se suele decir de clavo pasado; además, si no fueron ciertas las susodichas voces, ¿por qué su padre fué á buscarla á Valencia? ¿Por qué se la trajo precipitadamente? ¿Por qué en seguida apresura su boda con ese don Frutos tan necio y tan feo, pero al mismo tiempo tan hidalgo tan rico y tan á propósito para yerno?

DOÑA DAMIANA.

Tú misma lo dices: para casarla con ese don



— 188 —

Frutos, que es un partido muy ventajoso y que no se puede desperdiciar.

MARTINA.

Sí, ventajoso; porque siembra mucha alfalfa, coge mucha algarroba, y....

DOÑA DAMIANA.

Cada cual siembra y coge todo aquello que puede y necesita. Lo seguro y muy seguro es que don Frutos, aunque nada joven ni discreto, pasa por uno de los novios más apetitosos de la comarca.

MARTINA.

Sealo en hora buena, pero me equivoco de medio á medio, ó mi señorita está muy desganada porque....

DOÑA DAMIANA.

¿De donde sacas tú semejante consecuencia? ¿Por ventura ha desplegado ella sus labios para nada desde que la quieren casar?

MARTINA.

Ese mismo silencio indica....

DOÑA DAMIANA.

Indica....indica que no tiene ganas de hablar.

MARTINA.

Y ¿cuándo le faltan las ganas á la que se casa á gusto? Precisamente, no hay una que en este caso no charle por diez viudas.



-- 189 --

DOÑA DAMIANA.

¡Valiente desatinol si estuviera descontenta se lo diría á su padre y . . . .

MARTINA.

Nada adelantaría, nada absolutamente, porque los padres no exigen de los yernos, lo que las hijas buscan y apetecen en los amantes. . . . Luego ya sabe vd. lo testarudo que es el amo, qué genio tan pronto es el suyo y . . . . Pero ¡ay doña Damiana! á propósito de prontitudes, ¿le habló usted en favor del pobre Francisco?

DOÑA DAMIANA.

Si, pero don Vicente se empeña en no recibirlo; dice que criado que salió una vez de su casa. . .

MARTINA.

No había de salir, si lo despidió, y casi casi lo arrojó por la escalera.

DOÑA DAMIANA.

Y ¿para qué fué á quebrar la jícara de China? Cabalmente tenía puestos en ella don Vicente sus cinco sentidos.

MARTINA.

La culpa la tiene quien pone sus cinco sentidos en cosa que esté sujeta á quiebras.

DOÑA DAMIANA.

¡Calla bachillera! tú le defiendes porque pensabas casarte con él.

MARTINA.

Ya se ve que pensaba y él también manifestaba intenciones hostiles; pero . . . .



— 190 —

DOÑA DAMIANA.

¡Ola! ¿quien es el que se entra de rondón?

MARTINA.

Toma, quién ha de ser, Francisco que viene sin duda á saber el resultado de vuestro empeño.... A la verdad doña Damiana que ha quedado usted con gran lucimiento.

## ESCENA II.

FRANCISCO *y dichos.*

FRANCISCO.

Buenos días, señora ama.

DOÑA DAMIANA.

¡Ay Francisquito, y qué malas son las noticias que tengo que darte!

FRANCISCO.

¡Malas!

MARTINA.

¡Malisimas! el amo no quiere recibirte, y eso que nuestra excelente ama de gobierno interpuso su poderoso influjo; pero de nada ha servido,

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Lo interpuse, y tanto como lo interpuse, sí señora; ¿habrá vd. visto burlona semejante?

FRANCISCO.

No se enfade usted Doña Damiana, y no haga usted caso de Martina: siempre anda con saetillas y....



— 191 —

MARTINA.

Pues mira, no estoy en pecado mortal.

DOÑA DAMIANA.

Ayer mismo antes de salir para Valencia, donde ha ido con sus hijas para comprar algunas galas le dije tu solicitud, y la falta que nos hacías en casa, y lo buen muchacho que eras, y . . . vamos le dije cuanto era del caso, y con efecto.

FRANCISCO.

¿Se hizo cargo de la razón?

D.<sup>ña</sup> DAMIANA.

No por cierto, porque me contestó que no quería volviésemos á servirle por yo no sé cuantas razones, y por . . . en fin hijo se enfadó de tal modo y dió tales voces que me convenció al instante y me redujo á el más profundo silencio; verdad es que soy muy delicada de nervios y huyo siempre de todo lo que huele á gritos.

FRANCISCO.

Muchas gracias doña Damiana por su eficacia de vd pero ya veo que me quedan pocas esperanzas.

MARTINA.

Ninguna; ¡cuando doña Damiana no ha podido hacer el milagro! . . .

FRANCISCO.

Si la señorita quisiera empeñarse con su padre.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

También lo intentó, pero inútilmente: don Vicente jamás la deja hablar.



— 192 —

MARTINA.

Así nunca tiene razón.

FRANCISCO.

Y don Frutos no podía....

MARTINA.

Don Frutos. ¡Buen sujeto es Don Frutos para meterse en contestaciones con su futuro suegro ¡Váya hombre, parece que no conoces el carácter violento del uno, y la insensibilidad del otro.!

FRANCISCO.

Demasiado lo conozco; pero es tan duro renunciar de una vez á lo que se desea tanto.....y yo me hallaba tan bien aquí.....

DOÑA DAMIANA.

Ya me lo ha dicho Martina, pero cómo ha de ser.....yo no lo puedo remediar. Si D Vicente fuera uno de aquellos hombres que tienen amigos íntimos, y de quienes se puede echar mano en ocasiones críticas para obtener cierta clase de favores. entonces del mal el menos: se busca al amigo, se le adula, se le interesa, y se consigue por su mediación lo que no se alcanzó ni por los ruegos del pariente, ni por las lágrimas de la esposa; pero no hay qué cansarse, nunca tuvo el amo amigos de esta calaña.

FRANCISCO.

¿Nunca los tuvo? ¿Está usted segura?

DOÑA DAMIANA.

Veinticinco años nueve meses y siete días hace



— 193 —

que como su pan, y siempre le ví tratar con simples conocidos. Su mujer que de Dios haya, también se quejaba de lo mismo y con razón; ¡porque es tan triste esto de no tener amigos íntimos!

MARTINA.

¡Caramba sí lo es!. Yo no podía vivir un cuarto de hora sin ellos.

FRANCISCO.

Por eso me lisonjeo de que me cuentas en el número de los tuyos.

MARTINA.

Y te lisonjeas muy bien, pues lo serás hasta que te cases conmigo.

FRANCISCO.

¿Y entonces?

MARTINA.

¡Oh! Entonces serás mi marido.

FRANCISCO.

Eso es otra cosa.

### ESCENA III.

RODRIGO *y dichos.*

RODRIGO.

¿Sabe usted doña Damiana si el señor Don Vicente vuelve hoy de Valencia?

DOÑA DAMIANA.

Hoy mismo; ¿quería usted algo?



— 194 —

RODRIGO.

Deseaba saber si se resuelve por fin á vender me aquel pedazo de huerta que linda con la mía, y por la cual le ofrezco doce mil reales

DOÑA DAMIANA.

No sé nada; pero me parece que no se la vende á usted si no le cuenta duro sobre duro los diez y seis mil del pico.

RODRIGO,

De buena gana se los contaría si los tuviese; mas cómo los ha de tener un pobre hortelano, cargado de familia . . . . .

DOÑA DAMIANA.

Vaya señor Rodrigo que quien da doce puede muy bien dar diez y seis.

RODRIGO.

¡Ay señora! Si usted supiera cuántos sudores le cuesta á un pobre juntar cuatro mil reales.

DOÑA DAMIANA.

Ya me figuro yo poco más ó menos los lechuguinos que tendrá usted que plantar al cabo del año para que produzcan semejante cantidad, y si estuviera en mi mano, crea usted que no se volvería desconsolado á su casa; pero ya se ve . . . . el amo no es de mi opinión, y como sale de la hija, necesita dinero y . . . . por eso vende la huertecilla que usted quiere comprar.

RODRIGO.

Y ¡no podía usted indicarme alguna persona que se empeñase con su merced! . . . .



— 195 —

DOÑA DAMIANA.

Ninguna: cuando el amo dice una cosa....

RODRIGO.

Pero algún amigo.....

DOÑA DAMIANA.

¡Jesús, señor Rodrigo! ¡amigo! pregúntele usted á Martina si le conoce alguno.

MARTINA.

Pregúnteselo usted á Francisco.

FRANCISCO.

No, no, que lo diga el ama de gobierno, que para eso hace veinticinco años nueve meses y siete días que está en casa.

RODRIGO.

Bueno es no tener este hombre ningún....

## ESCENA IV.

SEBASTIÁN *y dichos.*

SEBASTIÁN.

¡Doña Damiana, doña Damiana!

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

¿Qué tienes? ¿por qué das voces?

SEBASTIÁN.

Corra usted.... venga usted....

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Pero necio, ¿dónde he de ir?



— 196 —

SEBASTIÁN.

Toma, á recibir á los recién llegados.

MARTINA.

¡Que han llegado ya los señores!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y yo me estaba brazo sobre brazo sin pensar en que.....maldita conversación, y qué de perjuicios traes á las mujeres que como yo tienen que atender á otras cosas. ¡Válgate Dios, válgate Dios qué dirá el amo cuando no me vea en la meseta de la escalera!

SEBASTIAN.

Tiempo le queda á usted para apostarse en la consabida meseta y para..... lo que importa ahora es que no haga usted esperar á los caballeros que acaban de llegar, y que dejo en el portal entretenidas en pagar al calesero que las ha conducido.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Oiga con que no es el amo quien!.....

SEBASTIAN.

No señora, pero hágase vd. cuenta que es lo mismo.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Cómo lo mismo!

SEBASTIÁN.

Ni más ni menos, uno de los dos que han llegado es un amigo íntimo del señor don Vicente.



— 197 —

MARTINA.

¡Un amigo íntimo!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¿Qué estás diciendo hombre? si no puede ser.

SEBASTIÁN.

Sí señora, sí; no le quede á usted duda, porque el propio me lo ha dicho.

FRANCISCO.

Sí lo será Doña Damiana, y ¿por qué quiere usted que no lo sea?

RODRIGO.

Ya decía yo....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Pues decía usted muy mal y dije'ra lo que dije'ra. Sé que D. Vicente....¿y dime, que señas tiene? ¿le has observado bien?

SEBASTIÁN.

¿Que si le he observado? vaya si le he observado, precisamente ese es mi fuerte. En cuanto veo á una persona, le miro desde los pies á la cabeza y....basta, ya no se me despinta aunque luego no le vuelva á ver en siete lunas.

MARTINA.

Pues bien, demuéstranos tu habilidad.

SEBASTIÁN.

Y como digo, así que se apeó de la calesa en que venía, me preguntó por su amigo, y añadió que no le importaba un pito estuviera fuera del



-- 198 --

pueblo porque le esperaría aunque fuesen diez años y . . . .

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Pero hablador, si no te se pregunta eso; lo que se desea saber son las señas que tiene.

SEBASTIÁN.

¿Las señas, eh? pues mire vd. estaba un poco vuelto de espaldas y si he de decir verdad, no pude . . . . pero hay viene justamente quien se las dará á vd. mejor que yo.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

¿Y quién es?

SEBASTIÁN.

Quien sin duda se ha cansado de esperar á que le salgan á recibir, y se da ya por recibido.

## ESCENA V.

DON COMODO, DON TEODORO y *dichos*.

DON CÓMODO.

Vaya, vaya, y qué modo tan raro de agasajar un amigo íntimo del amo de la casa. Tenerle dos horas esperando en un portal húmedo y desempedrado, descuidar su equipaje, despreciar su persona . . . .

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Pero caballero; si nosotros no teníamos el honor de . . . .

— 199 —

D. CÓMODO.

Sí señora, lo dicho dicho; soy el mejor amigo de don Vicente, el amigo de su infancia, el único que tiene y que tendrá probablemente, aun cuando viva más años que jácaras se escriben en Valencia.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Repito que como ni conocíamos ni esperábamos á usted....

D. CÓMODO.

Pues debían ustedes conocerme y esperarme.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Si es esta la primera vez que en toda nuestra vida hemos visto á usted, ¿cómo podíamos?....

DON CÓMODO.

No importa; Vicente habrá hablado de mí á todas horas y....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Nunca, señor, nunca.

D. CÓMODO.

¡Cómo! ¡no ha hablado á ustedes de su amigo el Cómodo!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No por cierto: jamás se ha pronunciado semejante nombre en esta casa.

D. CÓMODO.

Así me gustan á mí los amigos: que no charlen ni ponderen, pero que piensen en uno, y le sirvan cuando llegue el caso; y yo le aseguro á vd. que



— 200 —

Vicente, no ha dejado de pensar en mí, desde que nos separamos.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Eso es lo que yo no podré decir á usted, porque jamás supe cuándo pensaba mi amo, ni lo que pensaba.

D. CÓMODO.

¡Pues yo sí lo sé! ¡Oh querido Vicente! ¡cuál no va á ser tu sorpresa cuando me estreches en tus brazos!

D. TEODORO.

¡Sorpresa! pues no me aseguré vd. que le esperaba con tanta impaciencia, que....

D. CÓMODO.

Ya se ve que me esperaba; treinta años hace que se lo prometí en el colegio y otros tantos han pasado sin que pudiera cumplirle tan sagrada promesa; gracias á la vida errante y peregrina que he llevado; pero conociendo como conoce mi carácter, no puedo menos de aguardarme por instantes, y estoy seguro que hasta el cuarto me tiene destinado.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No señor, no hay ningún cuarto destinado para vd.; ninguno absolutamente.

D. CÓMODO.

¿Es eso de veras?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y tan de veras.



— 201 —

D. CÓMODO.

Pues entonces me quiere tener en su alcoba! porque si no....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Puede que esta haya sido su intención, pero la alcoba es tan chica que no sé como han de caber dos catres.

D. CÓMODO.

Valiente dificultad; hay más que dormir los dos en el suyo; así como así sucedía en el colegio casi todas las noches que nos acostábamos separados y amanecíamos como dos pichoncitos, como marido y mujer: era yo entonces muy medroso, y en sintiendo á deshoras el más pequeño ruido, ya porque la gata del regente anduviese á picos pardos con el gato del mayordomo, ya porque la chica del portero abriese alguna ventana baja para charlar con su adorado tormento; lo cierto es que al instante me levantaba de puntillas, me refugiaba en la cama de Vicente, le dejaba sin ropa, y no pocas veces le despertaba á fuerza de los Padrenuestros que me arrancaba el miedo; pero todo lo llevaba con paciencia, porque al fin y al cabo era yo su amigo íntimo.

FRANCISCO.

Toma, en habiendo entre dos personas un cierto aquél, lo mismo se le da al uno que le despierte el otro como que le deje dormir.

D. CÓMODO.

Lo mismo, exactamente.



— 202 —

FRANCISCO.

Y como sus mercedes se querían tanto....

D. CÓMODO.

¿Qué si nos queríamos? ¡Bagatela es lo que nos queríamos! pero dejando á un lado esta conversación, tratemos ahora de lo que más importa. ¿Quién de ustedes es la persona que está encargada del gobierno de la casa en ausencia y enfermedades de D. Vicente?

MARTINA.

La señora doña Dámiana Fons y Miralles.

D. CÓMODO.

Pero ¿quién es la señora doña Damiana Fons y Miralles?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Una servidora vuestra.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, buena mujer....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Buena mujer! Me gusta la llaneza que gasta este caballero.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, mala mujer, y no riñamos por tan corta cosa, haga usted que un criado suba mis maletas y las deposite en esta sala, hasta que luego se saque la ropa, y se coloque en alguna buena cómoda.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Per o sin que el amo....

— 203 —

D. CÓMODO.

Aquí no hay ahora más amo que yo . . . .

D<sup>ª</sup> DAMIANA.

Con todo, yo no me atrevo.

D. CÓMODO.

¡Ola! ¡no se atreva usted! pues bien, nada me importa; para eso me ha dado Dios una boca bien grande y una lengua bien expedita.

MARTINA.

Francisco, esta es la ocasión de que te adquieras un buen protector.

FRANCISCO.

Ya te entiendo; voy al punto á subir las maletas.

## ESCENA VI.

*Dichos, menos FRANCISCO.*

D. CÓMODO.

Daré mis órdenes directamente á los criados y veremos quién es el guapo que se atreve á no obedecerlas.

D<sup>ª</sup> DAMIANA.

Nadie trata de desobedecer á usted, pero hágase usted cargo de mi posición y . . . vaya si usted fuera ama de gobierno en una casa de forma como yo lo soy en esta, ¿recibiría usted á un desconocido sin más ni más, y sólo porque él . . . . ?



— 204 —

D. CÓMODO.

¿Cómo, insolente! ¿desconocido yo? ¿y usted tiene la osadía de llamar desconocido á un amigo íntimo de su amo de usted?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA

No señor, no, yo no he dicho semejante cosa.

D. CÓMODO.

Basta, quítese usted de mi presencia, y dése por despedida.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Ay virgen mía! ¿por despedida?

D. CÓMODO.

Como usted lo oye: cuando venga don Vicente le hará sus cuentas, recibirá sus salarios, y se marchará en seguida con la música á otra parte.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No sé lo que por mí pasa. Si será (*Ap.*) tan amigo de don Vicente como dice y.... vaya señor sosiéguese usted y repare....

D. CÓMODO.

No reparo en nada.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Reflexione usted que soy una pobre vieja....

D. TEODORO.

Y sobre todo amigo mío; por mucho que haga una mujer....

D. CÓMODO.

Ya se vé, no hará un arco de iglesia, pero en



— 205 —

cuanto á ofender, insultar y desesperar puede hacerlo lindamente, y aun más de lo que á usted se le figura; además, cuando se trata de subordinación doméstica, es preciso . . . .

## ESCENA VII.

FRANCISCO y *dichos*.

FRANCISCO.

¿Donde dijo su merced que se pusieran estas maletas?

D. CÓMODO.

Bien están en cualquier rincón.

FRANCISCO.

¿Están así bien?

D. CÓMODO.

Perfectamente. Vean ustedes, esto es lo que se llama servir; se indica lo que se quiere, se hace, y punto concluido.

MARTINA.

¡Oh! lo que Francisco toma por su cuenta . . . .

D. CÓMODO.

¡Ojal se llama este mozo Francisco?

MARTINA.

Sí señor y es un muchacho tan servicial, tan diligente, que . . . . lástima es á la verdad que el amo lo haya despedido.



— 206 —

D. CÓMODO.

¡Lo ha despedido!

FRANCISCO

Tuve antes de ayer la desgracia de quebrar una jícara de China y el señor Don Vicente se enfadó tanto....

D. CÓMODO.

Vamos, no hay que apurarse; yo te recibo de nuevo en su nombre.

FRANCISCO.

¡Qué oigo!

D. CÓMODO.

Por cierto que fué un gran motivo para.... no parece sino que algunos quieren que el barro sea eterno, según lo que lo cuidan.

DOÑA DAMIANA.

Ya, pero á nadie le gusta....

D. CÓMODO.

Calle usted señora; las almas grandes se experimentan en las adversidades, y esté usted segura que aun cuando este mozo hubiese hecho gigote toda la vajilla de don Vicente, no por eso me incomodaría yo.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Lo creo, señor don Cómodo, lo creo.

D. CÓMODO.

Por lo tanto, puede Francisco si quiere, ir por su ropa.



— 207 —

FRANCISCO.

¡Cuántas gracias . . . !

D. CÓMODO.

Y desde hoy será mi favorito: así recompenso á los que me sirven bien.

MARTINA .

No te decía . . . . *Ap.* á Francisco.

FRANCISCO.

¡Ay Martina de mi vida! de esta hecha sí que me caso contigo.

## ESCENA VIII.

*Dichos menos* FRANCISCO.

D. CÓMODO.

¿No se come hoy en esta casa?

MARTINA.

Hecha está la comida, y en cuanto lleguen los señores, se pondrá la mesa y comerán ustedes.

D. CÓMODO.

¡Qué disparate! Dios sabe cuándo llegarán; en un viaje, las horas son siempre inciertas; y . . . . en qué carruaje han ido?

MARTINA.

En una tartana.

D. CÓMODO.

Lindo mueble para correr la posta. Mira Mar-



— 208 —

tina, dános lo que haya dispuesto y no nos metamos en dibujos, que luego arreglarás tú cualquier friolera para que coman tus amos en cuanto lleguen.

D. TEODORO.

¿Pero hombre, está usted en su juicio? ¿hemos de comer sin los dueños de la comida?

D. CÓMODO.

¿Y para qué los necesitamos?

D. TEODORO.

Sin embargo....

D. CÓMODO.

¡Bueno fuera que nos estuviésemos en ayunas hasta que á los señores míos les diese la gana de llegar! No en mis días: á mí no me gustan etiquetas ni ceremonias....

D. TEODORO.

Ya lo veo.

D. CÓMODO.

Y cuando me encuentro en casa de un amigo y tengo gana de comer, como y no me ando en chiquitas: ¿no haría usted otro tanto si se encontrase en la mía?

D. TEODORO.

Yo.... no señor.

D. CÓMODO.

Pues haría usted muy mal. Con que Martinita ¿lo has entendido?



— 209 —

MARTINA.

Dentro de cinco minutos estará la sopa en la mesa.

D. CÓMODO.

Oyes y que no sea de arroz; porque hace solo quince días que estoy en el Reino de Valencia, y....

MARTINA.

¡Jesús! ¿No le gusta á usted nuestro arroz?

D. CÓMODO.

Me gusta; pero no por arrobas. Si á un goloso, le diesen huevos moles en lugar de chocolate, huevos moles al medio día, huevos moles por refrescos, huevos moles á la cena, y en fin, hija, huevos moles á todas horas por espacio de quince días consecutivos, ¿te parece á tí que no llegaría el caso de que diese al diablo los huevos, y las gallinas que los pusieron y las manos que los batieron?

MARTINA.

Quien lo duda; lo mucho y lo bueno están siempre reñidos.

D. CÓMODO.

Pues aplica el cuento y despáchate, porque quien come pronto come dos veces.

MARTINA.

Y aun tres, si tiene apetito y come por tres.



— 210 —

## ESCENA IX.

*Dichos menos MARTINA.*

D. CÓMODO.

En cuanto á usted, señora doña Damiana, aun cuando su desconfianza merecía ciertamente mi indignación, con todo, no tema usted, soy incapaz de conservar rencor alguno, y así lejos de quejarme á don Vicente de la acogida que he tenido en su casa, haré lo que hacen los poetas cuando nos refieren sus amoríos, diré lo que quisiera que hubiera sucedido, y no lo sucedido.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Muchos son los poetas, señor don Cómodo; pero de todos modos agradezco infinito á usted su....

D. CÓMODO.

Aun haré más: su edad de usted, el tiempo que sirve en esta casa, el cariño que profesa á su dueño, y lo útil que le ha sido, reclaman una recompensa proporcionada á tales méritos, y por lo tanto corre de mi cuenta una buena gratificación.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Una gratificación!

D. CÓMODO.

Sí señora; una buena gratificación que le dará á usted don Vicente, porque yo se la pediré para usted, y él no me la negará.



— 211 —

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Cómo se la ha de negar á usted siendo tan amigo suyo y queriéndole tanto y . . . . . vaya no faltaba otra cosa! ¡Una buena gratificación! pues ya hace tiempo que . . . desde que murió mi ama que con Dios esté, no se sabe en esta casa á lo que huele una propina. Don Vicente es un señor muy bueno, muy cristiano, y muy temeroso de la otra vida, pero nada aficionado á dar.

D. CÓMODO.

Y á recibir?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Eso no le repugna tanto; ayer (verbigracia) nos enviaron las monjitas de Liria un serón con granadas, naranjas, tortas de manteca, acericos, escapularios y . . . en fin cosas todas como quien dice de su cosecha . . . pues no se las desairó, no señor.

D. CÓMODO.

Muy bien hecho.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y no se alegrará poco el amo cuando lo sepa! verdad es que más hacen las pobres madres en regalarle que su merced en dejarse regalar . . . pero perdone usted si le dejo, porque quiero dar una vuelta por la cocina, no sea que Martina haga una de las suyas.

D. CÓMODO.

Vaya usted en hora buena, y no olvide que una mesa sin vino . . .



— 212 —

D.<sup>ª</sup> DAMIANA.

Bien, bien: abriremos la barrica privilegiada; una de Alicante añejo, que sólo se visita en los días que repican recio, ó cuando D. Vicente se resiente de su dolor de estómago.

D. CÓMODO.

¡Calla! pues á mí suele dolerme algunas veces, y así no vendrá mal el medicamento.

D.<sup>ª</sup> DAMIANA.

Nunca viene mal, porque es probado. . . . Sígueme Sebastián, y me ayudarás allá dentro.

## ESCENA X.

*Dichos menos* DOÑA DAMIANA y SEBASTIÁN.

D. TEODORO.

Vaya que parece usted un primer Ministro, según la protección que dispensa, las gracias que concede, y las recompensas que promete.

D. CÓMODO.

¿Pues que se le figura á usted que yo no representaría bien el papel de primer Ministro?

D. TEODORO.

Ni digo eso, sino que. . . .

D. CÓMODO.

Gabalmente, no hay cosa más fácil, y le juro á usted que puesto en la alternativa, mejor quisiera ser Ministro que no pretendiente.



-- 213 --

D. TEODORO.

Y yo también.

RODRIGO.

Al fin me decido y le suplico (*aparte*) se interese en mi solicitud.

D. CÓMODO.

Si estuviera en semejante caso, ya sabría lo que me había de hacer: en la audiencia pública, v. g. me revestiría de cierto aire grave aunque apacible, oiría con distracción, pero sin interrumpir á nadie, y después para ganar tiempo respondería alguna de las generales, como....

RODRIGO.

Si su merced me quisiera hacer el favor de....

D. CÓMODO.

Bien, hágame usted un memorialito: cuatro renglones y nada más.

RODRIGO.

Señor, si no sé escribir....

D. CÓMODO.

Pues entonces, no lo haga usted.

D. TEODORO.

Gracioso qui pro quo.

D. CÓMODO.

¿De qué se ríe usted? me encuentra usted demasiado accesible.



— 214 —

D. TEODORO.

¿De qué quiere usted que me ría? de que con su ensayo ministerial ha reducido usted al más profundo silencio á este pobre valenciano que estaba bien lejos ciertamente de imaginarse que se dirigía á un personaje de tan alta categoría.

D. CÓMODO.

Pues mire usted, también me lo iba yo creyendo.... ya se ve.... se sube tan fácilmente.... pero en fin, sepamos qué me quiere este buen hombre.

RODRIGO.

Quería que su merced se empeñase con el señor don Vicente para que me venda una huertecilla suya que linda con la mía y....

D. CÓMODO.

¿Es vd. hortelano?

RODRIGO.

Sí, señor, y pobre, y padre de una familia numerosa, y....

D. CÓMODO.

¿Cuántos hijos tiene vd?

RODRIGO.

Tengo nueve, y si Dios quiere, y mi mujer pare con felicidad y mi chico no se muere, tendré diez para estas pascuas.

D. CÓMODO.

Bravo aguinaldo.

— 215 —

RODRIGO.

Me convendría tanto esta adquisición que á la verdad....

D. CÓMODO.

Pero hombre, si yo no sé cuáles son las intenciones de don Vicente, cómo diablos quiere vd...

RODRIGO.

Don Vicente desea venderla tanto como yo comprarla, pero exigè un precio demasiado subido.

D. CÓMODO.

Eso es muy distinto, y siempre que exista en mi amigo una voluntad decidida de vender, puede hallarse en usted la de comprar, y también en mí la de meter el montante y partir la diferencia. ¿Cuánto pide por su huerta?

RODRIGO.

Dieciseis mil reales.

D. CÓMODO.

¿Y usted que ofrece?

RODRIGO.

Doce mil.

D. CÓMODO.

¿Conque sólo por cuatro mil es toda la disputa?

RODRIGO.

Sí, señor; pero yo no puedo dar más de lo que doy, porque....

D. CÓMODO.

Tiene usted razón; hortelano, pobre, nueve hijos, y en víspera de tener diez....



— 216 —

RODRIGO.

U once, porque mi Francisca suele echar dos en cada parto.

D. CÓMODO.

¡Dos en cada parto! vamos, dígole á usted que la huerta está bien pagada en los doce mil reales.

RODRIGO.

¿Conque hablará usted á D. Vicente?

D. CÓMODO.

No hay ninguna necesidad de hablarle. Vaya usted y busque un escribano que le venda una escritura de compra por lo que sea, y tráigamela en seguida para que la firme mi amigo.

RODRIGO.

¿En la cantidad consabida?

D. CÓMODO.

Sí, señor, y aun me parece cara.

RODRIGO.

Pues lo que es por mí, podemos rebajar lo que usted quiera.

D. CÓMODO.

La palabra es palabra, haga usted lo que le digo y no tarde.

RODRIGO.

Voy, voy, y señor San Vicente le pague á su merced la caridad que me hace.

— 217 —

## ESCENA XI.

D. COMODO y D. TEODORO

D. TEODORO.

Mucha confianza es la de usted en la amistad del dueño de esta casa, pues no sólo dispone de todo lo que hay en ella, sino que también se mezcla en unos asuntos que me parecen demasiado serios.

D. CÓMODO.

¡Dale bola! ¿Cómo le he de decir á usted que es mi mayor amigo; otro yo mismo?

D. TEODORO

Sí lo será, pero hace treinta años que ustedes no se han visto y quién sabe si después de tan larga ausencia, conserva por usted el cariño que le manifestó en el colegio donde ambos se educaron.

D. CÓMODO.

Los amigos de la infancia . . .

D. TEODORO.

No son generalmente los de la edad madura, y el colegio y la sociedad son dos mundos menos parecidos que el austral y el europeo. ¡Ay señor don Cómodo! ¡Cómo se conoce que ha vivido usted treinta años en la otra banda!

D. CÓMODO.

¿Y qué tenemos? ¿He dejado de vivir por eso



— 218 —

entre hombres? ¿Se imagina usted que todavía se gastan por allá las esteritas de palma, los tocados de pluma y los torrenos varoniles? Pues no señor, se equivoca usted de medio á medio; allá se come y se bebe y se duerme y . . . .

D. TEODORO.

¿Pero quién le dice á usted lo contrario?

D. CÓMODO.

Y se llevan gorras, y se estilan sombreros y todo, todo lo mismo que por acá.

D. TEODORO.

Bien, mas no me negará usted que allí, las costumbres se conservan más puras, porque la sociedad es más nueva, menos numerosa, y de consiguiente no tan corrompida como lo es la de nuestra anciana Europa. Por eso y por otra razón dije á usted que su carácter franco y la buena fe que preside á todas sus acciones, indicaban sobradamente que trasplantado desde su primera juventud á un clima tan lejano, y entregado por espacio de treinta años á las laboriosas ocupaciones del comercio, no tuvo tiempo para adquirir la experiencia social que desengaña y la desconfianza que dirige.

D. CÓMODO.

¿Conque un europeo no puede hacer en América lo que haría en Europa?

D. TEODORO.

Los europeos, á quienes el deseo natural de

## - 219 -

enriquecerse conduce al nuevo mundo, no pierden su tiempo ciertamente en estudiar el corazón humano, ni en comparar sus caprichosas diferencias; hartos tienen que aprender si á fuerza de años y de desvelos consiguen apurar las ventajas incalculables del algodón ó las utilidades del Campeche.

## D. CÓMODO.

Y hacemos muy bien, porque para estudiar, universidades sobran en España, y para ir á ellas no tenemos que pasar el charco.

## D. TEODORO.

Pero vuelven ustedes á la madre patria con sus talegas, y se encuentran en un suelo tan nuevo y desconocido para ustedes como el americano. La fisonomía de las sociedades adelantadas, cambia con mucha facilidad: el interés, la moda, ó el capricho lo trastornan todo en treinta años ó lo reedifican de nuevo, y al cabo de estos mismos treinta años, aquellos que ustedes dejaron jugando al trompo, se encuentran ya de intendentes, de comisarios ó de cobachuelos con gafas, con ambición y con chiquillos; ¿cómo quieren ustedes entonces, conocerlos ni que los conozcan?

## D. CÓMODO.

Amigo, habla usted como un libro en folio, esto es, mal y mucho.

## D. TEODORO.

Perdone usted si acaso . . . .

— 220 —

D. CÓMODO

Sí, señor, porque no era necesaria tanta prosa para decirme que no debo esperar de Vicente igual efecto que el que yo le profeso. Con todo, tranquilícese usted y crea que aunque le encontremos resfriado, traigo conmigo un particular específico que le hará sudar el quílo, y le pondrá sanito como una manzana.

D. TEODORO.

¿Y se podrá saber cuál es?

D. CÓMODO.

A su debido tiempo.

D. TEODORO.

Pero antes . . . .

D. CÓMODO.

Antes, ni quiero, ni usted necesita indagarlo.

D. TEODORO.

Sin embargo, mi propia seguridad exige . . .

D. CÓMODO

Que usted se fíe de mí y me deje obrar. Cuando desembarqué en Alicante y me hospedé en casa de su tío de usted y mi corresponsal, no le manifesté á usted desde luego un singularísimo cariño?

D. TEODORO.

Es verdad.

D. CÓMODO.

Cuando le ví á usted triste y distraído, y componiendo versos y tocando la guitarra á media



## — 221 —

noche, ¿no adiviné al instante que estaba usted loco ó enamorado?

D. TEODORO.

No era muy difícil, porque. . . .

D. CÓMODO.

Difícil ó no, lo cierto es que usted me confesó sus aventuras de Valencia, y el desgraciado desenlace que tuvieron.

D. TEODORO.

Cierto.

D. CÓMODO.

También me dijo usted el nombre y apellido de su querida, y cuando supe que era la hija de mi amigo Vicente, fué imponderable mi gozo y desde entonces dí por hecho el casamiento.

D. TEODORO.

Así me lo aseguró usted y se lo repitió á mi tío y por eso se decidió en familia nos viniésemos á San Felipe, para apresurar una boda que usted facilitaba tanto.

D. CÓMODO.

Y se arrepiente usted de haber seguido mis consejos?

D. TEODORO.

Arrepentirme, no, porque al fin y al cabo volveré á ver á mi Juanita y la juraré de nuevo amor y constancia eterna; pero repito á usted, que si hubiese alcanzado que su amistad era sólo un



— 222 —

simple conocimiento de colegio, entonces no me hubiera atrevido ciertamente á presentarme en esta casa sin otra recomendación.

D. CÓMODO

Pues bien, nada hay perdido; volvámonos á Alicante.

D. TEODORO.

Buen disparate sería, estando ya én San Felipe; pero lo que sí haré por mi parte será marcharme á la posada y esperar allí el resultado de la primera visita.

D. CÓMODO.

Conque usted persiste . . . .

D. TEODORO.

Sí, señor, cada cual tiene su distinto modo de ver las cosas y . . . .

D. CÓMODO.

Y me dejará usted comer solo?

D. TEODORO.

Lo siento infinito . . . .

D. CÓMODO.

Precisamente es lo que me incomoda más en esta vida.

D. TEODORO.

Ya, pero . . . .

D. CÓMODO.

Y por eso como siempre, fuera de mi casa.



— 223 —

D. TEODORO.

Hace usted muy bien; pero yo no tengo los motivos que usted tiene, y sería muy ridículo que me sentase á la mesa del dueño de ésta, como si fuese una mesa redonda.

## ESCENA XII.

MARTINA *y dichos.*

MARTINA.

La sopa está en la mesa, y me parece que no ha de disgustar á ustedes, porque es de cangrejos.

D. CÓMODO.

Cangrejo me vuelva yo si dejare una cucharada. Digo, caballero (*A D. Teodoro*) ¿no se sienta usted?

D. TEODORO.

No señor.

D. CÓMODO.

Pues amigo:

tu te lo quieres,  
doña Tomasa,  
tu te lo quieres,  
tu te lo pasa.

D. TEODORO.

Hasta después.

## ESCENA XIII.

DON COMODO Y MARTINA.

D. CÓMODO.

Buen viaje. . . supongo Martinica que no se habrá descuidado el Alicante añejo?

— 224 —

MARTINA.

¡Qué! no señor . . . ahora mismo subirá doña Damiana una botella.

D. CÓMODO.

¡Una botella! . . buena provisión, por cierto . . . dile que suba siquiera media docena.

MARTINA.

Como es vino generoso . . .

D. CÓMODO.

Por eso cabalmente . . . cuanto mejor es el vino más se bebe . . . anda, anda.

MARTINA.

¿No quiere usted que le enseñe antes el camino?

D. CÓMODO.

¿Para qué? . . . quien tiene gran apetito, pronto olfatea el comedor . . . pero ¿qué ropa es esta?

MARTINA.

La bata del amo y su gorro que tenemos á prevención para cuando . . .

D. CÓMODO.

Prudentísima prevención.

MARTINA.

¡Qué hace usted!

D. CÓMODO.

¿Qué hago? enjaretarme la bata, calarme el gorro, y marcharme tras la sopa de cangrejos.

MARTINA.

Señor, señor . . . Vaya, está visto; este hombre ni escucha á nadie, ni repara en nada.



## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA I.

DOÑA DAMIANA *sola*.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Jesús qué hombre tan temerario! Preciso es que sea lo que asegura, porque si no ...Voy, voy por las botellas de Alicante; no se enfade si le hago esperar y volvamos, á las andadas . . . con todo, seis botellas de una vez me parecen demasiadas . . . sí, lo son con efecto . . . ¡terrible sangría lleva de esta hecha la pobre barrica, terrible! . . . No me acuerdo de otra semejante, como no se cuente la de la función del Cristo; pero aquello era otra cosa, se



— 226 —

trataba de alabar á Dios, y mi amo era el Mayor-domo, y cada cofrade tuvo su botella y su rosca....no es extraño que entonces....

## ESCENA II.

D. FRUTOS y *dicha*.

Santos y buenos días señora doña Damiana.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Muy bien venido, señor don Frutos, y á fe mía que no pudo usted llegar nunca á mejor ocasión.

D. FRUTOS.

¡Olal ¿pues en qué puedo yo servir á usted?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

En mucho ciertamente, en mucho: no sabe usted bien el apuro en que me veo, el desorden que reina en esta casa, la confusión, el compromiso.

D. FRUTOS.

Pues qué, ¿acaso hubo alguna quimera entre los criados?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Eso fuera una bagatela.

D. FRUTOS.

Algún robillo ó ratería, ¿eh?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Cien veces peor.

D. FRUTOS.

Oiga, ¿ha sido robo de consecuencia?



— 227 —

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Ojalá me hubieran dejado sin camisa, con tal que....pero por desgracia no me han robado ni un dinés tan siquiera.

D. FRUTOS.

¿Pues qué diablos ha sucedido? ¿fué incendio, muerte, asesinato, conjuración, temblor de tierra, aparición de alma en pena, duende, aviso del cielo ó....?

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Nada de eso, nada absolutamente; que no me asusto yo por tan poca cosa; pero sepa usted que ha llegado un amigo íntimo de mi amo.

D. FRUTOS.

Y bien ¿qué ha hecho ese amigo íntimo?

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Apoderarse por asalto de cuanto tenemos. Disponer de todo, mandar, gritar, despedirme, ponerse la bata de don Vicente, y....

D. FRUTOS.

¡La bata!

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Sí señor, la bata de florones y el gorro de coruña abatistada.

D. FRUTOS.

¡También el gorro de coruña abatistada! pues dígole á usted que es un sacrilegio.



— 228 —

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Se ríe usted! medrados estamos por cierto, cuando yo creía que....

D. FRUTOS.

¡Pero, mujer de Dios! ¿qué importa que un amigo de don Vicente se ponga su bata y su gorro? será sin duda algún loco de buen humor que no gusta de etiquetas....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Loco ó no loco, lo seguro es que en este mismo momento se come cuanto había dispuesto para los amos y para usted, si es que los acompañaba según costumbre.

D. FRUTOS.

¿Qué dice usted?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Que ha hecho poner la mesa y se ha sentado á ella, sin cuidarse de los que están en ayunas.

D. FRUTOS.

¡Habría insolencia igual! conque sin esperar á nadie....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Sí, bonito es tal sugeto para andarse con esperas....y primero que se dispone otra comida, ya....ya....

DON FRUTOS.

Doña Damiana, ese hombre es un pícaro, no lo dude usted.

— 229 —

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Sí lo será, por mí no hay ningún inconveniente en que lo sea.

D. FRUTOS.

¡Un grosero! ¡un malcriado! y yo le diré en cuanto le vea cuatro razones bien dichas, y si fuere preciso le agarraré por un brazo, y....

## E SCENA III.

DON COMODO y *Dichos*.*Don Cómodo con la servilleta puesta.*

D. CÓMODO.

Señora, usted ha olvidado sin duda que cuando se come es indispensable beber, y no me parece justo que yo me atragante porque usted tenga una memoria tan flaca.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Olvidarme, no por cierto; pero...el caso es que no encuentro la llave de la bodega y..quizá se la habrá llevado el amo, porque es tan escrupuloso y tan delicado en esto de bodegas que.... no se fía de nadie, y...siempre la tiene tan arregladita, tan limpia como si fuese un oratorio Señor don Frutos, éste es el susodicho. *Aparte.*

D. FRUTOS.

Ya lo he conocido. *Aparte.*

— 230 —

D. CÓMODO.

Con que en resumidas cuentas, la llave no parece.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No señor, y lo siento tanto....

D. CÓMODO.

Pues mire usted, yo no lo siento nada; porque mientras haya en el mundo cerrajeros, nada importa que se pierdan llaves: ahora verá usted como Francisco me busca uno y salimos pronto del paso.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Un cerrajero! dígame usted algo, por la Virgen.  
*A D. Frutos. Aparte.*

DOÑ FRUTOS.

Le diré, pierda usted cuidado. *Aparte.*

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Es que si usted se tarda, nos echa la casa abajo. *Aparte.*

D. CÓMODO.

¡Pero calla! ¿no es un manojito de llaves lo que tiene usted colgado del faldellín?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Sí señor, son las de los armarios, la de la despensa, y en fin de toda la casa.

D. CÓMODO.

¿Y no hay ninguna que venga bien á la bodega?

— 231 —

D.ª DAMIANA.

Ninguna.

D. CÓMODO.

¡Bah! es imposible, démelas usted y pronto encontraré la que se busca.

D.ª DAMIANA.

¡Ay don Frutos! que me quita este hombre el manojo.

D. FRUTOS.

Permita usted caballero que le observe....

D. CÓMODO.

¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

D. FRUTOS.

A mí.... nada, pero soy un amigo de la casa y....

D. CÓMODO.

¿De la casa, ó del amo?

D. FRUTOS.

Quiero decir que soy un amigo de don Vicente....

D. CÓMODO.

Acabara usted de hablar; ¿amigo de don Vicente?

D. FRUTOS.

Sí señor, y por lo mismo....

D. CÓMODO.

Lo es usted mío, no le quede á usted duda; por-



— 232 —

que yo soy siempre amigo de los amigos de mis amigos.

D. FRUTOS.

Muchas gracias, pero....

D. CÓMODO.

Así, abráceme usted.

D. FRUTOS.

Quisiera antes....

D. CÓMODO.

Abrácame usted, ó no le dejo hablar.

D. FRUTOS.

Vaya en gracia.

D. CÓMODO.

¿Ha comido usted?

D. FRUTOS.

No señor, esperaba á don Vicente....

D. CÓMODO.

Llega usted todavía á tiempo; comerá usted conmigo.

D. FRUTOS.

Agradezco su atención de usted, mas....

D. CÓMODO.

No tenga usted cortedad: la mesa sufre ancas y.... váyase usted al comedor y que le pongan un cubierto.

D. FRUTOS.

Iré, sí señor, iré luego que le diga á usted....



— 233 —

D. CÓMODO.

Váyase usted y no replique; en los postres hablaremos cuanto usted quiera.

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Válgate Dios, don Frutos, ¿también se va usted á comer?

D. FRUTOS.

Qué he de hacer, si el señor tiene unos modales tan finos, que . . . .

D. CÓMODO

Por aquí se va al comedor, y por aquí al portal, y naturalmente á la bodega; con que así suplico á ustedes . . . .

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Ya vamos.

D. CÓMODO.

Bravísimo: ¡Viva la gente complacientel

## ESCENA IV.

DON COMODO *solo*.

D. CÓMODO.

Es preciso confesar que me ha dado Dios un desparpajo, un carácter tan decidido que encanta. Todo me lo encuentro hecho . . . . pero ahora que me acuerdo, no sería malo que mientras se suben las benditas botellas, escribiese yo cuatro letras á mi apoderado de Valencia para que me envíe



— 234 —

el resto de mi equipaje: ¡divino pensamiento! ¿si habrá por aquí papel y tintero?... veamos si lo encuentro sobre la mesa.... ya pareció el tintero; pero falta lo más interesante.... ¿qué libro será este? Rimas.... ¡malvadas rimas! cómo me perseguís.... con ellas sucede lo que con las glorias de la pastelería, y es que á favor del sobrescrito se les tiene que pasar la bazofia.... si arrancara esta hoja que tienen en blanco podría escribir, y.... ¡quizá sea lo mejor que tenga el librol....pero no importa, primero soy yo que su autor; así arranquémosla y escribamos.

## ESCENA V.

D. VICENTE, DOÑA JUANITA y *dicho*.

D. VICENTE.

¿Has visto en toda tu vida cosa más rara? ni haber sa'ido al camino, ni esperarnos en la escalera, ni....vaya, repito que no sé á qué atribuir semejante descuido.

DOÑA JUANITA.

Quien sabe si doña Damiana habrá recibido la carta que le escribió usted ayer desde Valencia.

D. VICENTE.

¿Qué quieres que hiciera el propio con ella, si no entregársela?

DOÑA JUANITA.

Puede también haberla recibido, esperarnos, y



— 235 —

no habernos sentido llegar... Acuérdesse usted que hemos tenido que dejar la tartana á la entrada del pueblo; porque aquellos malditos carros se atravesaron y nos interceptaron el paso.

D. VICENTE.

Sí, pero eso no quita....

D<sup>ca</sup>. JUANITA.

Usted tiene el genio tan vivo que no quiso aguardar á que desfilasen; y se apeó, aunque estaba lloviendo; y me mandó que hiciera yo otro tanto, y....

D. VICENTE.

Nada de cuanto dices los disculpas: que el propio se haya ahogado al vadear el río, que la carta se perdiese, ó que todos estén sordos en esta casa, ¿se opone acaso, para que cuiden de ella y no tengan sus puertas abiertas de par en par? Luego ¿á qué viene este silencio, esta soledad?

D<sup>ca</sup>. JUANITA.

Como hace tanto calor, y es la hora más á propósito para dormir la siesta.

D. VICENTE.

¡Qué siesta ni qué demonios! que la duerman en hora buena los seres privilegiados, los canónigos, los maestrantes; pero no los criados que esperan á sus amos.

D<sup>ca</sup>. JUANITA.

A veces.... ¡mas ay Dios! papá, ¿no repara usted en aquél hombre?



— 236 —

D. VICENTE.

¿Qué hombre?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Aquel que está sentado allí, escribe no sé qué cosa.

D. VICENTE.

Es verdad.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¿No es su bata de usted la que tiene puesta?

D. VICENTE.

Sí, y también mi gorro.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Si será algún ladrón.

D. VICENTE.

Habla bajo.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No, pues él no tiene trazas de ser nada bueno.

D. VICENTE.

¿Si pudiéramos salir del cuarto sin que nos sintiese?... .

D. CÓMODO.

Pues, señor, no hay oblea, fuerza será que la carta vaya abierta; porque el tiempo urge y no lo puedo desperdiciar.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Ladrón es, papá, no le quede á usted duda, pues trata de aprovechar el tiempo.



— 237 —

D. VICENTE.

¡Pero, hija, ladrón á estas horas, y en el reino de Valencia! parece imposible.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Toma, lo mismo que á las doce de la noche, y en el monte de Torosos.

D. CÓMODO.

Ya está puesto el sobre, busquemos ahora quien...

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Virgen santa, que se acerca á nosotros!

D. CÓMODO.

Oiga usted, buen amigo, hágame usted el favor de llevarme esta carta al correo.

D. VICENTE.

¡Yo!

D. CÓMODO.

Usted, sí señor, y no se le caerá por eso la ventera.

D. VICENTE.

¿Oyes esto hija mía?

D. CÓMODO.

Su hija de usted puede quedarse conmigo, mientras que usted despacha su comisión.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Dios me libre.

D. VICENTE. (*Aparte*)

No sé qué haga.

D. CÓMODO.

¿En qué quedamos? ¿toma usted la carta?



— 238 —

## ESCENA VI.

DOÑA DAMIANA *y dichos.*

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Ay! ¡Estas escaleras me revientan! Dios me perdone; pero muy mal gusto tuvo quien puso la primer bodega debajo de tierra.

D. VICENTE.

Doña Damiana . . . .

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Qué miro; es el amo!

D. CÓMODO.

¡Qué está usted diciendo, mujer de Dios!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Que es mi amo el señor don Vicente y mi señorita, y . . . ¿cuándo han llegado ustedes? ¿por donde han entrado?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Hemos llegado hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Y hemos entrado por la puerta de la calle que encontramos abierta.

D. CÓMODO.

¡Su amo! conque según eso, usted es . . tú eres...

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Su amigo de usted: ¿a hora salimos con esa?



— 239 —

D. VICENTE.

¡Mi amigo!

D. CÓMODO.

¡Voto va chápíro! Vicente de mi vida, dame los brazos.... soy Cómodo....

D. VICENTE.

Ya se conoce!

D. CÓMODO.

El amigo, el compañero de tus primeros años, tu camarada de colegio, y de cuarto, y de clase y de.... ¡cómo has crecido hombre! quién te había de conocer.

D. VICENTE.

Pues ya ha llovido desde que dejé de hacerlo.

D. CÓMODO.

Mas no por eso me he olvidado de tí, y....ya lo ves, vengo á verte y á cumplirte mi promesa y....antes de todo, ¿quieres tomar un bocado?

D. VICENTE.

Sí; pero....

D. CÓMODO.

Chico, con franqueza, ¿quieres?

D. VICENTE.

Aunque ño me falta apetito, sin embargo....

D. CÓMODO.

¿Tienes apetito y te vienes con disculpas? ¡Vaya, hombre! No faltaba otra cosa....y había yo de



— 240 —

consentir en que. . . . D<sup>ca</sup> Damiana, disponga usted que inmediatamente se añada alguna bagatela á lo que no esté ya comido, para que estos señores. . . . ¿que hambre traerás, eh? . . . . como que no hay digestivo mejor que una tartana; pero no tengas cuidado, que aunque nos coges á media comida, todavía te podemos ofrecer la cabeza de un cabrito que estaba excelente y el caparazón de una polla y. . . . no sé si habrá quedado empanada. . . . en fin, pan blanco y vino añejo, no te faltará; ¡pero qué vino! ¡si vieras, Vicente, qué bueno dicen que es!

D. VICENTE.

Sí; ya tengo algunas noticias de lo mismo. ¡Dios mío! ¿quién será este hombre?

D. CÓMODO.

Y aquí no se escasea; nada menos que eso; seis botellas ha subido D<sup>ca</sup> Damiana, y si fuese necesario subirá sesenta; conque así. . . . ¿se despacha usted y se hace lo que la he dicho, ó ¿no lo hace?

D<sup>ca</sup> DAMIANA

Sí, señor, diré á Martina que fría unas magras, ó que haga una tortilla.

## ESCENA VII.

*Dichos, menos D<sup>ca</sup> DAMIANA.*

D CÓMODO.

¡Por vida de Sanes! ¡El bueno de Vicente! ¡Cuánto gusto tengo! . . . . .



— 241 —

D. VICENTE.

No sería menor el mío, si pudiera traer á la memoria.....

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no te acuerdas de mí?

D. VICENTE.

No por cierto.

D. CÓMODO.

Con que no te acuerdas de Cómodo, de tu discípulo en los Esculapios de arriba, de aquel con quien jugabas á la pelota, al toro, á los soldados.....

D. VICENTE

Bien me acuerdo de los Esculapios de arriba, pero he jugado con tantos al toro, y á los soldados.....

D. CÓMODO.

De aquel que se servía siempre de tu cortaplumas y de tu calepino para no echar á perder los suyos; que llegaba á la clase media hora después que tú; que saltaba por encima de tus piernas para ir á su asiento; que.....

D. VICENTE.

¿Y que cuando me descuidaba se comía mi merienda?

D. CÓMODO,

El mismo.



— 242 —

D. VICENTE.

¡Cómo! ¡es usted!

D. CÓMODO.

Precisamente. Ya sabía yo que al cabo te habías de acordar de.....con todo, mi memoria es mucho mejor que la tuya, y no he olvidado ni el nombre ni las facciones de cuantos han estado conmigo en el colegio: así no los he perdido jamás de vista.....y te juro que desde que llegué de América no se ha pasado día en que visite á alguno de ellos, y coma en su casa, ó cene, ó duerma..... hoy te ha tocado á tí la vez; pero no creas que te confundo con los demás.... porque destino una larga temporada.

D. VICENTE

No se incomode usted.....

D. CÓMODO.

¡Incomodarme en tu casa! Pues si estoy mejor que en la mía, ¿cómo quieres.....? Mira, me he puesto tu bata y tu gorro.

D. VICENTE.

Me alegro infinito que cosa que me pertenece, pueda haberos sido útil.

D. CÓMODO.

Habrá tantas con quienes sucederá lo mismo... pero ¿sabes lo que digo? ¡que tienes una hija muy bonita!

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Muchas gracias, caballero.



— 243 —

D. VICENTE.

Es un vivo retrato de su madre.

D. CÓMODO

Entonces también me hubiera gustado tu mujer.

D. VICENTE.

¡Qué fortuna!

D. CÓMODO.

¿Y esta chica no se casa?

D. VICENTE.

Sí, con el tiempo . . . .

D. CÓMODO.

Te advierto que la traigo un novio que la conviene por todos estilos.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Jesús, qué disparate!

D. VICENTE.

¡Vamos este hombre ha perdido la chaveta!  
*Aparte.*

D. CÓMODO.

Y será fuerza que los casemos al instante; ¿no te parece que digo bien?

D. VICENTE.

No señor; mi hija está ya comprometida y mi palabra empeñada.

D. CÓMODO.

También lo está la mía, y cuando medía un amigo como yo . . . .



-- 244 --

## ESCENA VIII.

DOÑA DAMIANA y *dichos*.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

El señor don Frutos se desespera porque dice que la comida se enfría y podían ustedes empezar por lo que está sobre la mesa, entretanto que se dispone el resto.

D. VICENTE.

¡Don Frutos! pues qué acaso....

D. CÓMODO.

Le convidé para que me acompañase.

D. VICENTE.

Ya; le conocía usted sin duda, y....

D. CÓMODO.

No por cierto; pero no es preciso conocer á una persona para convidarla.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Si su merced quiere ponerse á la fresca y comer desahogado, el señor don Cómodo le prestará por un ratito su bata de usted y su gorro: ¿no es verdad?

D. CÓMODO.

Con mucho gusto, qué inconveniente puedo yo tener.



— 245 —

D. VICENTE.

Muchas gracias; estoy bien así.

D. CÓMODO.

Y yo también, pero en tu obsequio. . . .

D. VICENTE.

Digo que no quiero.

D. CÓMODO.

Pues á lo menos quítate la casaca y ponte en mangas de camisa.

D. VICENTE.

¿Usted me lo permite?

D. CÓMODO.

Sin duda.

D. VICENTE.

¡Qué bondad!

D. CÓMODO.

Conmigo siempre tienes cumplidos: así creeme y éntrate al comedor, que yo no tardaré en seguirte, luego que dé algunas órdenes á tus criados.

D. VICENTE.

Vamos, hija, obedezcamos al señor; ya que se toma la molestia de gobernar nuestra casa.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Pero papá. . . .

D. VICENTE.

Calla y no digas nada; pues ni yo mismo sé por qué tengo tanta paciencia. *Aparte.*



— 246 —

## ESCENA IX.

*Dichos, menos* D. VICENTE y DOÑA DAMIANA.

D. CÓMODO.

¿Y usted qué hace?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Retirarme á mi cuarto.

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no quiere usted favorecerme en la mesa con su amable presencia?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Como almorcé en el camino, me encuentro sin ningún apetito y con más necesidad de descansar que de comer.

D. CÓMODO.

Pues á mí me hacen falta ambas cosas: desde que llegué estoy hecho un haragán, y le aseguro á usted que si esto dura mucho. . . . con todo, lo doy por bien empleado, que al fin y al cabo se trata de su bienestar de usted.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¡De mi bienestar!

D. CÓMODO.

O de su mal estar, porque una boda es una arca cerrada y no se puede decir lo que contiene hasta que se abre y se registra. . . . pero ello es preciso y todas las mujeres que se casan tienen



— 247 —

que pasar por este inconveniente, y . . . como ha de ser; peor sería quedarse soltera y no vadear el río por miedo de ahogarse.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Dice usted muy bien, mas no alcanzo . . .

D. CÓMODO.

¿Olvidó usted que le traigo un novio?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Creí que era una chanza, y . . .

D. CÓMODO.

¡Chanzal

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Sí señor, y lo mismo habrá creído mi padre.

D. CÓMODO.

Pues á fe que el asunto es poco serio para andarse con bromitas: no señora, el novio que la traigo á usted desde Alicante es de carne y de hueso, y como debe de ser todo novio: ¿me entiende usted ahora?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Sí señor.

D. CÓMODO.

¿Y qué responde usted?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Que ha hecho usted muy mal.

D. CÓMODO.

¿Lo quería usted de cartón?



— 248 —

D<sup>ca</sup> JUANITA.

No por cierto; pero no lo quiero tampoco como usted me lo trae.

D. CÓMODO.

¡Cáspita! ¡y qué mujer tan difícil!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Me cree usted con tanta prisa por casarme que....

D. CÓMODO.

La misma creo en usted que he visto en todas.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

No hay regla sin excepción, y en mí se patentiza sin duda la verdad de este refrán; porque estoy muy contenta con mi estado de soltera, y no pienso abandonarlo con tanta facilidad.

D. CÓMODO.

Cuando usted oiga el nombre de su futuro....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Vana esperanza, señor mío, nunca consulté con el calendario semejantes materias.

D. CÓMODO.

No digo yo que á usted le gusten los Roques más que los Toribios; lo que sí creo y aseguro es que cederá de su porfía cuando sepa que el susodicho se llama....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Repito que nada me interesa, ni su nombre ni su persona.

— 249 —

D. CÓMODO.

Señorita . . . .

D.ª JUANITA.

Es en vano, y por lo tanto me tomo la libertad de suplicar á usted desista de su proyectado enlace, porque nunca se verificará.

D. CÓMODO.

¿Nunca? ¿Está usted bien persuadida de lo que asegura?

D.ª JUANITA.

Sí señor, y si fuere necesaaio lo juraré y . . . .

D. CÓMODO.

Y después de jurar y de perjurar se casará usted; pues lo tengo así decidido.

D.ª JUANITA.

No basta su determinación de usted . . . .

D. CÓMODO.

Basta y sobra, sí señora, y en prueba de ello voy á buscar yo mismo al escribano.

D.ª JUANITA.

¿Para que extienda mi contrato?

D. CÓMODO.

Justamente.

D.ª JUANITA.

¿Supongo que el dichoso será su protegido de usted?

D. CÓMODO.

O á lo menos será el paciente.



— 250 —

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Vaya, vaya, usted desbarra.

D. CÓMODO.

Ahora lo veremos.... donde diablos habrán puesto mi levita....! Ola, Francisco, Martina; pero estarán sirviendo á la mesa, y no me oirán, aunque me desgañite.... más vale que yo la busque.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Mucho sentiré que este contratiempo paralice sus buenos deseos de usted.

D. CÓMODO.

Brava dificultad, si no parece mi levita, saldré á la calle en bata y gorro, no creo que haya pragmática alguna que me lo impida.... pero aquí hay un armario.... y está abierto.... y tiene ropa de color.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Es la de papá; no la revuelva usted.

D. CÓMODO.

Nada me sirve de cuanto voy encontrando; botines usados, chupas refundidas, calzones remendados ... lindas prendas para sacarme del apuro.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Pero hombre....

D. CÓMODO.

¡Ola! un envoltorio.... ¿qué será esto?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Quizá el vestido nuevo que le acaban de traer de Valencia.



— 251 —

D. CÓMODO.

Es verdad, ¡y está flamante!... pues señor ya tengo vestido.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

No, no se ponga usted ese, que ya le buscaré el suyo y....

D. CÓMODO.

¿Para qué? este me viene pintado.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Jesús! cómo llueve; pobre vestido!

D. CÓMODO.

Así se le quitará el lustre.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Y si se echa á perder?

D. CÓMODO.

Ganancia para el sastre; á los pies de usted señorita, pronto vuelvo.

## ESCENA X.

DON TEODORO *y dichos.*

D. TEODORO.

¿Donde vá usted, amigo mío con tanta precipitación?

D. CÓMODO.

A correr medio pueblo, para que se case usted en esta misma noche.



— 252 —

DOÑA JUANITA

¡Que miro! ¡el és! *Aparte.*

D. CÓMODO.

Es indecible lo que me ha hecho usted trabajar.

D. TEODORO.

¿Según eso, ya no hay dificultades?

D. CÓMODO.

Ninguna.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No, no me equivoco; es mi Teodoro, *Aparte.*

D. TEODORO.

¿Y don Vicente, qué dijo?

D. CÓMODO.

Que su palabra está comprometida.

D. TEODORO.

¿En mi favor?

D. CÓMODO.

No señor, en favor de no sé quién; pero....

D. TEODORO.

Pero qué....

D. CÓMODO.

Pero usted tiene la mía empeñada en el suyo, y puede estar tranquilo.

D. TEODORO.

No hay duda que estoy adelantado.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Qué hablará con don Cómodo ... Si acaso será el novio por quien se interesa. *Aparte.*



— 253 —

D. TEODORO.

Supongo que Juanita sabrá ya....

D. CÓMODO.

Lo sabe todo; excepto su nombre de usted.

D. TEODORO.

¿Pues á cuándo espera usted para decírselo?

D. CÓMODO.

No he tenido tiempo para tanto; y luego la niña es tan poco curiosa.....con todo, ahí la tiene usted, y puede.....

D. TEODORO.

¿Donde dice usted, que está?

D. CÓMODO.

Allí.

D. TEODORO.

¡Juanita!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Teodoro! ¿usted en San Felipe?

D. CÓMODO.

¡Ola señorita! parece que aunque usted no consulta con el calendario semejantes materias, tiene sin embargo más devoción á este santo que á los otros.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Podía yo adivinar....

D. CÓMODO.

También es cierto: eso de adivinar se queda pa-



— 254 —

ra los jugadores de manos, quienes á favor de su varita de virtudes hacen de lo blanco negro. Así, supuesto que ni usted ni don Teodoro poseen semejante ciencia, bueno será que no desperdicien el tiempo y se digan lo que no saben, en tanto que yo continúo mi camino.

D. TEODORO.

Advierta usted que llueve á cántaros.

D. CÓMODO.

El agua no rompe costillas.

D. TEODORO.

Sí, pero las moja, y....

## ESCENA XI.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Ya se fué, ¿ha visto usted en su vida carácter más extraordinario?

D. TEODORO.

No hay duda que don Cómodo és un original sin copia; pero también es preciso confesar que su bondad, su franqueza, y las nobles prendas que adornan su alma pura y generosa, compensan en demasía las rarezas de su genio y su ninguna experiencia. Si viera usted Juanita mía con qué calor, con qué desinterés ha abrazado nuestra desesperada causa....si conociera usted sus ideas, sus proyectos.....

— 255 —

D. JUANITA.

¡Ah, y cuán injusta he sido! Creerá usted que me burlaba de las unas y pensaba inutilizar los otros con porfiada resistencia?

D. TEODORO.

¿Y ahora?

D. JUANITA.

Ahora . . . duda usted siquiera de cuáles pueden ser mis deseos, después que le he vuelto á ver?

D. TEODORO.

No por cierto; me ha dado usted tales pruebas de su amor en Valencia, de su constancia en nuestra prolongada separación, que sería indisculpable la menor desconfianza de mi parte; pero podré esperar acaso que nuestro mutuo afecto, ayudado de la amistad que une á su padre de usted con don Cómodo, serán suficientes para . . .

D. JUANITA.

¡Pues si apenas se conocen!

D. TEODORO.

¡Cómo!

D. JUANITA.

Verdad es que se educaron juntos en un mismo colegio, mas luego se separaron y . . .

D. TEODORO.

Ya lo sé, pero don Cómodo se lisongeaba con la dulce esperanza de encontrar en su antiguo condiscípulo los mismos sentimientos que le supo inspirar en sus primeros años.



— 256 —

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Castillos en el aire, que la realidad ha desvanecido.

D. TEODORO.

Sus palabras de usted me indican demasiado; así ya no dudo que la entrevista sería....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Agarapiñada.

D. TEODORO.

Entonces su papá de usted habrá manifestado su descontento, y no sé cómo don Cómodo no lo ha conocido.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Papá no ha podido todavía manifestar nada porque su sorpresa y su aturdimiento se lo han impedido; se encontró como llovido, con un amigo á quien no conocía, que sin avisarle ni contar con él, disponía y mangoneaba en su casa; y la extravagancia de esta misma conducta, aunque paralizó momentaneamente su mal humor habitual, me anuncia que muy pronto se desquitará y quizá á nuestra costa.

D. TEODORO.

¿Qué partido debemos pues abrazar?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Lo ignoro.

D. TEODORO.

Y ese don Frutos de quien me habló usted en su

— 257 —

último carta, ¿persiste todavía en su desatinado proyecto?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Ahora más que nunca: ya tenemos en casa los trajes y las galas para la boda.

D. TEODORO.

¡Qué dice usted!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Que ayer los compramos en Valencia y... buenas lágrimas me costaron los dichosos trajes.

D. TEODORO.

¡Pobrecita!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Ello no hay duda que son preciosos, porque aquella modista catalana que vive detrás de la catedral, tiene unas manos... pero qué importa si han de servir sólo para solemnizar mi sacrificio... uno con particularidad me gusta tanto! es de punto inglés con viso pitacho, y con unas guarniciones á bollos... ¡ay triste de mí, no son malos bollos los que á mí me esperan.

D. TEODORO.

¿Y usted se dejará sacrificar? ¿y sufrirá usted en silencio y con resignación que su padre de usted exponga vuestra dicha por satisfacer su propia avaricia?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Y qué puedo yo hacer?



— 258 —

D. TEODORO.

Hablarle claro, manifestarle vuestra repugnancia, el estado de vuestro corazón, vuestra voluntad. . . .

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿La tuve nunca para mi padre? ¿ha indagado alguna vez mis gustos, mis inclinaciones? ¿ha dudado siquiera de que mis deseos puedan ser otros que los suyos? Ah; no, jamás lo ha hecho: celoso de una autoridad cuyos límites desconoce, creería comprometerla si se humillaba hasta el punto de consultar con su hija, lo que le era tan fácil ordenarla.

D. TEODORO.

¡Así se abusa de las leyes protectoras de la naturaleza! ¿qué más haría un tirano?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

No culpemos su corazón; ¿existe acaso un padre que no quiera la felicidad de sus hijos?

D. TEODORO.

Entonces, ¿por qué la arriesgan tantas y tantas veces?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Porque se engañan en los medios; porque interpretan esas mismas leyes con que la naturaleza los autoriza; porque juzgan del corazón ajeno por el suyo, y porque hacen consentir nuestra dicha en lo mismo que los haría felices, como si fuera uno sólo el camino de aquella.

D. TEODORO.

Pero lo cierto es que don Vicente dispone de su



— 259 —

mano de usted, y que mi llegada á San Felipe no servirá de otra cosa sino de hacerme testigo de de mi propia desventura?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

No desmayemos amigo mío: quién sabe si algún incidente afortunado.... ¿por qué no habla usted con mi padre?

D. TEODORO.

Si soy pobre, si no puede ofrecer sino un corazón amante y sencillo, ¿qué ventajas puedo esperar de esta determinación? Ya le dije á usted cuando nos conocimos, que era huérfano; que dependía enteramente de un tío, que seguía el comercio en Alicante; y que á su lado y con el tiempo.... pero el tal don Frutos es tan rico, y don Vicente tiene un deseo de salir de usted, que....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

En fin, veamos lo que hace don Cómodo: quizá la frialdad con que le ha recibido mi padre no sea tanta como nos ha perecido.... á veces un momento de mal humor, una sorpresa.... luego las primeras impresiones se borran tan difícilmente....

## ESCENA XII.

FRANCISCO *con un lío de ropa y dichos.*

FRANCISCO.

Mal haya amén semejantes protectores.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Qué es eso Francisco, donde vas con ese lío de ropa.



— 260 —

FRANCISCO.

Ay señorita de mi vida, y qué chasco tan fiero!

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Explícate, ¿qué te ha sucedido?

FRANCISCO.

Que su padre de usted se ha puesto como un Lucifer cuando me ha visto en la cocina, y me vuelve á echar de casa, y.... ¡qué bochorno! la culpa me tengo yo de haberme fiado de aquél farolón....

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Bien sabe Dios que no te entiendo.... ¿que papá te había vuelto á recibir?

FRANCISCO.

No señora, pero don Cómodo lo hizo en nombre de su merced, y....

D<sup>ca</sup> JUANITA

¿Y lo sabe papá?

FRANCISCO.

Pues hay está el item; que cuando me vió, solo me preguntó, que hacía allí, y.... vamos sin enfadarse ni por asomó.... pero en cuanto le dije que su amigo me había recibido en su nombre, le dió tal coraje que agarró el asador y gracias á doña Damiana que se puso de por medio, que si no me enfila como si fuera una polla de leche.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Con que de nada te sirvió su recomendación?



— 261 —

FRANCISCO.

Sí señora, me sirvió para que me echasen más pronto.

D. TEODORO.

Oye usted, Juanita mía. *Aparte.*

FRANCISCO.

Y me parece que lo mismo adelantará todo el que sea bastante desdichado para necesitar de su apoyo. ¡Mas ay! el amo viene, voyme, no sea que se repita la escena de la cocina, que en casa de un hidalgo, nunca faltan asadores.

### ESCENA XIII.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

D. TEODORO.

¿Y yo, me voy ó me quedo?

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Más vale que se quede usted; porque si algún criado le ha visto entrar, lo contará seguramente y.... bueno será además que conozca usted á mi padre, y que él le conozca para.... silencio que ya llega.



-- 262 --

## ESCENA XIV.

DON FRUTOS, DON VICENTE, DOÑA  
DAMIANA, MARTINA *y dichos.*

D. VICENTE.

¿Dónde está, donde está ese caballero que ha tenido la insolencia de recibir para servirme, un criado que yo mismo había despedido....?

D.ª DAMIANA.

Tranquilícese usted, ya Francisco se ha ido, y..

D. VICENTE.

Y ha hecho divinamente, porque de lo contrario....

D. FRUTOS.

No apruebo sin embargo, que se alborote usted acabado de comer, y cuando la digestión....

D. VICENTE.

Y quién tiene bastante paciencia para aguantar lo que me sucede?

D.ª DAMIANA.

Pero señor....

D. VICENTE.

Pero señora, usted que es una mujer de razón, ¿cómo ha podido permitir que se haya hecho en mi casa lo que se ha hecho?



— 263 —

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Si dijo que era un amigo íntimo de su merced, y que era....

D. VICENTE.

¡Qué amigo, ni qué calabaza! ¿acaso tiene traza de amigo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Oh, lo que es eso, no señor; más la tiene de alojado imperial, según nos trata á la vaqueta, que no de.... pero lo afirmaba tanto que era preciso creerlo ó matarlo.

D. VICENTE.

Pues matarlo, antes que creerlo.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Ya con eso medio termino.... pero en fin, señor don Vicente, la cosa no tiene remedio, y supuesto que el tal don Cómodo parece que nos deja respirar algún tiempo, sería yo de dictamen que tomásemos nuestras medidas para evitar nuevos inconvenientes.

D. VICENTE.

Sí, no se descuide usted; cierre usted con llave los cofres, los armarios, la despensa, el palomar.. en fin todo cuanto pueda ser saqueado, y sin olvidarse de las gallinas.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Empezaré por ellas; pues no tardará en volver el milano, y entonces... pero Dios mío! qué tenderete de ropa es este!

— 264 —

D. FRUTOS.

Alguna nueva hazaña de nuestro huésped.

D. VICENTE.

Mis calzones de pana por el suelo ¡vaya, hasta ahí podían llegar las chanzas!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y también la chupa de raso punzó.

D. VICENTE.

Cuál, ¿la de los jueves santos?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

La misma.

D. VICENTE.

Por vida de....

D. TEODORO.

Malísima ocasión hemos escogido. *Ap.*

DOÑA JUANITA.

Endemoniada. *Aparte.*

D. VICENTE.

Pero Juanita, tú que te quedaste con ese hombre, no nos podrás descifrar semejante misterio?

DOÑA JUANITA.

Nada más fácil: don Cómodo tenía que salir á yo no sé qué diligencia, y no encontrando su levita tan pronto como necesitaba, abrió ese armario para buscar otra que ponerse, y...

D. VICENTE.

No la hallaría afortunadamente; porque nunca me han gustado las levitas.



— 265 —

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero encontró la casaca nueva, se la puso y se fué sin cuidarse de la ropa que se sacó primero.

D. VICENTE.

Esto solo me faltaba.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Con todo, usted debió señorita recogerla y colocarla nuevamente en el armario, para que el daño no fuera tanto.

DOÑA JUANITA.

Eso quise hacer, mas luego entró el señor....

D. VICENTE.

¡El señor! y ¡quién es el señor!

D. TEODORO.

Un servidor de usted que deseaba hacía mucho tiempo el honor de.... no se qué decirle. *Aparte,*

D. VICENTE.

Suplico á usted que deje á un lado los cumplimientos y me diga en lo que le puedo ser útil.

D. TEODORO

Yo.... me llamo Teodoro de Guzmán y mi padre se llamaba....

D. VICENTE.

Llamárase como se llamara, el nombre no hace nada.

D. TEODORO.

Es verdad, pero mi familia es tan conocida en Alicante....



— 266 —

D. VICENTE

¿Qué es usted de Alicante . . . .

D. TEODORO.

Sí Señor

D. VICENTE.

Y viene usted ahora de allá?

D. TEODORO.

Hoy mismo he llegado.

D. VICENTE.

¿Quizá con don Cómodo?

D. TEODORO.

Cabalmente: es un amigo de mi casa, y . . . .

D. VICENTE.

¡Santa Bárbara! amigo de su casa de usted . . . .  
pues señor, no necesito saber más . . . . vámonos  
don Frutos y en una de las piezas interiores, es-  
peraremos con resignación á que pase este nubla-  
do de amigos que amenaza nuestras infelices ca-  
bezas.

D. TEODORO.

Suplico á usted que me escuche siquiera dos  
palabras.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Pero papá, considere usted que . . . .

D. VICENTE.

No permita Dios que yo considere nada . . . . ami-  
go de don Cómodo, eh? preciosa recomendación  
por cierto, para que no pare de correr hasta pasa-  
po mañana.



— 267 —

## ESCENA XV.

*Dichos y* RODRIGO.

RODRIGO.

Señor don Vicente, con permiso de los señores, quisiera....

D. VICENTE.

¡Otra embajada!

RODRIGO.

Que si á su merced le parece, concluyésemos aquel asunto.

D. VICENTE.

Ya le dije á usted....

RODRIGO.

Bien veo que su merced tendrá ganas de descansar.

D. VICENTE.

Sí señor, y son muchas las que tengo, pero cansado ó descansado lo cierto y seguro es....

RODRIGO.

Vaya señor don Vicente, una firma pronto se echa.

D. VICENTE.

¡Cómo, una firma! ¿qué papel es ese?

RODRIGO.

La escritura para la compra de la huerta: ya tengo aquí los doce mil reales, y luego que su merced la firme, los contaremos y punto concluido.



— 268 —

D. VICENTE.

Pero hombre, ¿qué está usted charlando? ¿quién le ha mandado á usted extender esa escritura? ¿quién le ha dicho á usted que yo quiero dar mi huerta en tan bajo precio?

RODRIGO.

Ya sé yo que su merced querrá, y que firmará el papel, y que....

D. VICENTE.

Vióse jamás semejante desvergüenza: con que usted sabe....

RODRIGO.

Toma, cuando el señor don Cómodo me ha empeñado su palabra....

D. VICENTE.

¡Don Cómodo! venga la escritura.

RODRIGO.

Aquí está.... ¡que la rasga usted!

D. VICENTE.

Sí señor, pues aunque me conviniera la venta de la huerta en los términos que expresa la escritura, bastaba que don Cómodo se hubiese mezclado en el asunto, para que yo no la firme en mi vida.

---



-- 269 --

## ESCENA XVI.

*Dichos menos* DON VICENTE y  
DON FRUTOS.

RODRIGO.

¡Qué chasco tan terrible! ¿y quién le pagará  
ahora al escribano su trabajo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Buena pregunta; quien se lo haya encargado!

D. TEODORO.

¡Y que yo me haya expuesto á este desaire, po  
haberme fiado de un locol no sé cómo contengo  
mi cólera.

DOÑA JUANITA.

Ay Teodoro, bien me temía yo lo que nos había  
de suceder

MARTINA.

Y donde me dejan ustedes á el pobre Francisco  
que después de haberse llevado el alegrón, ha te-  
nido que echar á correr de nuevo y ya... sin  
esperanzas de mejoría en su suerte; ¿porque quién  
es el guapo que se atreve á interesarse con el amo  
en favor suyo?

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

No seré yo á buen seguro.

D. TEODORO.

También es preciso confesar que este hombre  
ponderaba de tal modo su amistad, su protección,

Gorostiza.—Tomo II.—34

— 270 —

que casi parecía un exceso de desconfianza la duda más natural y sencilla.

DOÑA JUANITA.

Es verdad, pero bien caro nos hace pagar nuestra credulidad.

D. TEODORO.

Vamos, no quiero pensar en ello; porque es tal mi resentimiento que si ahora mismo se presentase delante de nosotros, me parece que....

## ESCENA XVII.

DON COMODO, FRANCISCO *y Dichos.*

D. CÓMODO.

Ven acá, grandísimo majadero y repítame delante de estos señores la sarta de desatinos con que me has saludado al pie de la escalera.

FRANCISCO.

Los repetiré, sí señor, y tanto como los repetiré, y me darán la razón, y afearán vuestra sinrazón, y....

D. CÓMODO.

¿Qué razón ni qué sinrazón son esas, maldito, que más pareces agente fiscal que no otra cosa? ¿puedes negar que tu amo me ha recibido perfectamente, y que nuestros asuntos van á pedir de boca?

FRANCISCO.

No sé como irán los asuntos de su merced, pero

— 271 —

en cuanto á los míos van á pedir de barriga, y si me descuido . . . .

D. TEODORO.

Ya no hay paciencia que baste para escuchar semejantes delirios. Señor don Cómodo usted me ha comprometido .

D. CÓMODO.

Como que quiero casar á usted.

D. TEODORO.

Y por usted me veo arruinado, despreciado, insultado y echado para siempre de esta casa.

D. CÓMODO.

¿Y todo eso le ha pasado á usted por culpa mía?

D. TEODORO.

Sí señor; porque si usted no me hubiese lisonjeado vanamente con ilusorias esperanzas, no me hubiera sucedido . . . .

D. CÓMODO.

Pero qué diablos le ha sucedido á usted?

D. TEODORO.

Que don Vicente me ha vuelto las espaldas, luego que supo nuestra malhadada intimidad.

D. CÓMODO.

¿Pues no quiere usted que mude nunca de postura? ¡también es buena la aprensión!

D. TEODORO.

Y se fué dejándome con la palabra en la boca.



— 272 —

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Y dijo que no le quería volver á ver.

RODRIGO.

Y rompió la escritura que el escribano acababa de extender y que no he pagado todavía.

FRANCISCO.

Y antes me quiso ensartar en el asador.

MARTINA.

Y después lo ha vuelto á despedir.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Y ahora y luego y siempre le aconsejo á usted que nos deje en paz; porque desde que le conocemos parece que nos han echado una maldición.

D. CÓMODO.

Que me maten si entiendo semejante algarabía: preciso es que haya aquí alguna equivocación, algún... pero todo esto se compone bien pronto, vénganse ustedes conmigo, buscaremos á don Vicente y en su presencia...

D. TEODORO.

No seré yo tan loco que me exponga de nuevo á su justa cólera.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Ni yo.

D. CÓMODO.

Qué cólera, ni qué calabaza... en cuanto yo le diga á Vicente dos palabras.

— 273 —

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¿Acaso las querrá escuchar?

D. CÓMODO.

¿Pues no ha de querer? Vaya, síganme ustedes y no les pesará.

D. TEODORO.

¿Y hemos de ir todos?

D. CÓMODO.

Todos, y aun son pocos para los que yo quisiera.

D. TEODORO.

¿Qué le parece á usted Juanita mía, deberemos exponernos? . . . .

D.<sup>ca</sup> JUANITA:

Sí señor, y por lo menos tendremos el consuelo de presenciar un completo desengaño.

D. TEODORO.

Pues vamos.

D. CÓMODO.

Vamos, pobre gente, vamos, y no desconfíen; porque aunque Vicente no quiera, me ha de querer de por fuerza, tanto como yo le quiero.





## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA I.

D. VICENTE, D. COMODO, D. TEODORO, DOÑA JUANITA, D. FRUTOS, DOÑA DAMIANA, RODRIGO, MARTINA Y FRANCISCO.

D. VICENTE.

Repito que no quiero escuchar á usted disculpas que solo contribuirán á irritarme más y más: harto hago si callo y no tomo el partido que debiera.

D. CÓMODO.

¡Pero Vicente, es posible que te enfades por tan poca cosa!

D. VICENTE.

No, que le daré á usted gracias por lo que me ha comido, bebido, y destrozado desde que tomé



— 276 —

por asalto esta casa. ¿Vean ustedes qué traza de vestido? aun no estaba estrenado y parece ya una rodilla.

D. CÓMODO.

No encontraba el mío, y estaba este tan á la mano....

D. VICENTE.

Ya se vé, entonces era muy natural que usted se lo pusiese, aunque lloviera más que llueve en Madrid por noche buena.

D. CÓMODO.

Luego, urgía tanto que se extendiese el contrato consabido....

D. VICENTE.

¡Qué contrato!

D. CÓMODO.

¡Toma! el de la niña con mi amigo. ¿Pues no habíamos quedado en eso?

D. VICENTE.

Vamos, ya está visto: mi casa, mis muebles, mi mesa, mis vinos, mi ropa y hasta mi hija; todo pertenece decididamente al señor, y de todo dispone por derecho de conquista.

D. CÓMODO.

Acaso, te incomoda mi franqueza.

D. VICENTE.

Sí señor, muchísimo.

D. CÓMODO.

Pues te aseguro que en este caso no nos parecemos.



— 277 —

D. VICENTE.

De lo que me alegro infinito.

D. CÓMODO.

Porque yo quisiera poseer mañana los Estados del duque de Medinaceli....

D. VICENTE.

Lo creo.

D. CÓMODO.

Para partir contigo su renta.

D. VICENTE.

No quiero tanto, y sí sólo que tenga usted la bondad de dejarme dueño de mi casa.

D. CÓMODO.

Bueno; conozco que estás de mal humor y que hoy no haremos carrera de tí. Por otra parte, ya es tarde, te veo sumamente cansado, yo no lo estoy menos, y....bueno será por lo mismo que cada mochuelo se vaya á su olivo, y mañana por la mañana....

D. VICENTE.

Sí, mañana por la mañana, ya tendré yo buen cuidado en que no se te abra la puerta. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Se compondrá el asunto y....con que....hasta la vista.

D. VICENTE.

Agur.



-- 278 --

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Qué! se va usted sin hacer nada en favor del pobre Teodoro? *Aparte.*

D. CÓMODO.

Tenga usted flema y duerma bien, que mañana será otro día. *Aparte.*

D. TEODORO.

Ahora vendría soberanamente el específico, y... *Aparte.*

D. CÓMODO.

¿Para qué? ¿pues puede ir la cosa mejor de lo que vá? *Aparte.*

D. TEODORO.

Maldito sea usted.

D. CÓMODO.

Cuidado; que son ustedes gente bien poco contentadiza! *Aparte.*

D. VICENTE.

Se puede saber, señor don Cómodo, sin que parezca descortesía, ¿lo que significan todos esos misterios?

D. CÓMODO.

Nada chico; pamplinas de amantes, y te juro por tu vida que más quisiera lidiar con un regimiento entero, que no con este par de boquirrubios.

D. VICENTE.

Si usted tuviera la bondad de explicarse....

— 279 —

D. CÓMODO.

De buena gana lo hiciera; pero estoy cayéndome de sueño y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo: quédese por lo tanto la solución del problema para mañana á la hora del desayuno.

D. VICENTE.

Ya, pero es indispensable....

D. CÓMODO.

Que los que no tenemos tanta prisa como tienen estos señores de salir del paso, durmamos y descansemos....buenas noches.

## ESCENA II.

*Dichos, menos* D. COMODO.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Esto sí que se llama dejarnos en la estacada.  
*Aparte.*

D. VICENTE.

Supongo, caballero, que lo que acaba de indicarme este buen hombre, no tiene otro fundamento que la misma originalidad de su carácter, y su ninguna aprensión.

D. TEODORO.

Cierto; pero es el caso que....

D. VICENTE.

Porque de lo contrario, me asistiría harta razón



— 280 —

para quejarme de la poca delicadeza de quien se introduce así en una casa de tanto respeto como es la mía, sin más recomendación que la de un loco, y con el criminal objeto de entorpecer los meditados proyectos de un tierno padre.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Pero el señor no tiene la culpa de que el otro...

D. VICENTE.

¿Y á tí quién te da vela para este entierro?

DON FRUTOS.

Parece que esta señorita se interesa sobremediana en la justificación de este caballero, según parece por la viveza de....

D. TEODORO.

El interés de Juanita me lisonjea demasiado, para que yo trate de desengañar á usted.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Y Teodoro hace muy bien....

D. TEODORO.

Y Juanita sabe....

D. VICENTE.

¿Qué diablos de algarabía es esta? ¡Teodoro! ¡Juanita!... ¿de dónde les viene á ustedes semejante confianza? se han conocido ustedes anteriormente? se han tratado acaso? vaya, respondan ustedes, si no quieren que me acabe de enloquecer.

D. FRUTOS.

Sí, sí, respondan ustedes, porque esto ya pasa



— 281 —

de castaño obscuro y en vísperas de casarse, cualquier novio tiene derecho á saber los secretos de la que ha de ser su costilla.

MARTINA.

Entonces menos que nunca. *Aparte.*

D. TEODORO.

Aquí no hay secreto alguno que pueda y deba descubrirse; . . . yo tuve el gusto de conocer á esta señorita en Valencia, y . . .

D. VICENTE.

¡En Valencial luego usted era . . .

MARTINA.

Doña Damiana, ¿si será este el pajarito de quien hablábamos antes? *Aparte.*

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Qué sé yo lo que te diga, pero ello es que tiene una voz tan dulce como una calandria.

D. TEODORO.

Sí señor, yo soy el desgraciado que . . .

D. VICENTE.

Basta, no quiero saber más.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No, papá, bueno será que lo sepa usted todo, ya que ha querido enterarse de algo,

D. VICENTE.

Repito que basta y aun sobra, para conocer á fondo intriga tan mal urdida, y para que tome ya la providencia que debo.



— 282 —

D. FRUTOS.

No señor, no basta que usted esté al cabo del negocio, porque yo soy quien me he de casar, y...

D. VICENTE.

Hombre, no sea usted majadero, y no apure también mi paciencia.

D. FRUTOS.

Con todo, el decoro marital exige....

D. VICENTE.

En cuanto á usted, señor mío, avergüencese de una conducta tan indiscreta, y trate de dejar para siempre una casa, cuya tranquilidad compromete tanto con su presencia.

DOÑA JUANITA

Por Dios, papá.

D. VICENTE.

Salga usted, digo, respete usted la autoridad de un padre, los derechos de la naturaleza; y no me obligue....

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Triste de mí! papá.... Teodoro....

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Virgen mía, ¿en que pararán estas misas?

D. TEODORO.

No seré yo quien los huelle, aunque usted abuse como lo hace ahora de esos derechos y de esa autoridad que tanto preconiza. Saldré por lo mismo de esta casa y no volveré á poner los pies en



## — 283 —

sus umbrales, ya que usted me considera tan peligroso á su tranquilidad; pero no olvide usted, señor don Vicente, que esa naturaleza, cuyo sagrado nombre invoca, lejos de autorizarle para tamaña tiranía, le prohíbe á usted que sacrifique su desgraciada hija, por satisfacer un orgullo necio ó una sórdida avaricia.

D. FRUTOS.

¡Ola! parece que esto habla conmigo.

D. VICENTE.

¡Qué imprudencia! don Teodoro, usted no se hace cargo de que?....

D. TEODORO.

Ya es tarde para reflexiones, y supuesto que esta será la última vez que yo tendré el honor de hablar con usted, fuerza será que la aproveche para declararle que puede disponer de la mano de su hija, siempre y cuando guste; pero no de su corazón, porque ese es mío y enteramente mío: así me lo acaba de jurar.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Y así lo juro de nuevo.

D. FRUTOS.

Oídos que tal oyen.

D. VICENTE.

¡No sé cómo contengo mi cólera! insolentes..

D. TEODORO.

Se borran por ventura en tan breve tiempo las primeras impresiones de un amor virtuoso? Ah!

— 284 —

No señor: el fuego que ardía en nuestros pechos desde que nos vimos y apreciamos en Valencia era inextinguible; y la ausencia y las trabas y los riesgos y los inconvenientes de cualquiera especie que hayan sido, lejos de amortiguar su ardor, sirvieron solo para avivarlo hasta el extremo.

D. DAMIANA.

Vaya si no llorara, reventaría. *Aparte.*

D. TEODORO.

Harto hemos hecho en callar y sufrir resignados, desde que usted nos separó: hartos haremos en decirnos un eterno adiós, si usted insiste en el proyectado enlace con don Frutos, á quien Juanita detesta, y con quien jamás podrá ser feliz; pero á lo menos ya que ese cruel don Cómodo nos ha reunido para presenciar nuestra mutua desventura, sepa usted que . . .

D. VICENTE

Siempre había de ser el tal don Cómodo el que me proporcionase este buen rato! yo le aseguro..

D. FRUTOS.

No, pues yo tengo que agradecerle un desengaño.

D. VICENTE.

Bien sabe Dios que si no se hubiera ido á su posada . . .

---



— 285 —

### ESCENA III.

SEBASTIAN *y dichos.*

SEBASTIÁN.

Quisiera preguntar á su merced ¿en donde hace la rosca esta noche?

D. VICENTE.

¿Otra impertinencia?

SEBASTIÁN.

Lo digo, porque como su merced querrá recogerse temprano, y esto de esperar á que le hagan á uno la cama. . . .

MARTINA.

Con buena embajada te vienes tu ahora. . . . si que nos estaríamos con los brazos cruzados, á no tenerlo todo dispuesto y á punto.

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Lo primero que le encargué yo á Martina fué la cama del señor don Vicente, porque como dijo el otro, á fatiga de camino, jarabe de lino.

SEBASTIÁN.

Ya, pero habiéndose acostado don Cómodo en ella. . . .

D. VICENTE.

¿En dónde dices que está don Cómodo?

SEBASTIÁN.

Durmiendo á pierna suelta, y en la propia cama de su merced.



— 286 —

D. VICENTE.

¡En mi cama!

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Jesús! y precisamente se habían puesto hoy sábanas limpias.

SEBASTIÁN.

Bastante hice yo para impedir que tal hiciese, más todo fué en vano, y cuando le pregunté que en donde quería que durmiese el amo, me respondió, que una noche de cualquier modo se pasa, y que así, ó le pusiesen un catre de tijera en la sala, ó que extendiesen un colchón por el suelo en la misma alcoba.

D. VICENTE.

Voto vá... ahora sí que se llenó la medida de mi sufrimiento; mira Sebastián, anda, corre, sácale de la cama aunque sea por los cabezones, y traele á mi presencia para que le diga cuantas son cinco.

SEBASTIÁN.

Voy al punto.

FRANCISCO.

También iré yo por si acaso se resiste.

RODRIGO.

Y yo, porque le tengo unas ganas desde el cuento de la escritura que ya, ya....

D. VICENTE.

Siempre que ustedes lo hagan pronto y bien, les prometo una soberbia propina.



— 287 —

FRANCISCO.

Entonces, seguro es el zafarrancho.

D. TEODORO.

Esperen ustedes un momento.

D. VICENTE.

¿Qué, intenta usted oponerse?

D. TEODORO.

No señor, de ningún modo: pero si se puede alcanzar lo que se desea por medios suaves, me parece que....

D. VICENTE

Buenos medios suaves le dé á usted Dios: cierto que el hombre es de los que se manejan fácilmente para usar con él de tales lenitivos.

D. TEODORO.

Con todo yo me ofrezco á hablarle, y á que entre por vereda.

D. VICENTE.

¡Usted!

D. TEODORO.

Sí señor, yo; que si bien no puedo permitir se insulte y maltrate á una persona que ha venido conmigo, tampoco debo tolerar que abuse hasta este punto de vuestra paciencia, ni disimular que nos haya comprometido á todos del modo que lo ha hecho: tranquilícese usted pues, señor don Vicente, yo le hablaré y le haré levantar y me lo llevaré á la posada, y si fuere preciso estaré la noche entera de centinela á la cabecera de su ca-



— 288 —

ma, para que no haga alguna de las suyas; siendo de todos modos seguro que saldremos así que amanezca para Valencia, en la misma calesa que nos trajo á san Felipe.

D. VICENTE.

Pero . . . ¿y si no quiere hacer caso?

D. TEODORO.

Lo hará, sí señor, lo hará: la razón no quiere fuerza; y don Cómodo, no obstante todas sus extravagancias, es un buen hombre, créalo usted, es un excelente hombre.

D. VICENTE.

No me opongo á que lo sea, pero dígame usted de mi parte que me haga el favor de no volverse á presentar jamás delante de mi vista.

D. TEODORO.

Está bien.

D.<sup>a</sup> DAMIANA.

Y que esta casa no es ningún mesón, ni hospicio, ni hospedería de padres Jerónimos, para que uno se meta en ella de rondón y como si fuera en hacienda de pícaros.

D. TEODORO.

Bien, bien; nada se quedará en el tintero.

FRANCISCO.

¿Y nosotros qué hacemos?

D. VICENTE.

Seguidle, y no hay que volverse sin don Cómodo, de gradó por ó fuerza.



— 289 —

FRANCISCO.

Pierda su merced cuidado, que ya ha caído en buenas manos para que se escape.

#### ESCENA IV.

D. VICENTE, D. FRUTOS, DOÑA JUANITA,  
DOÑA DAMIANA Y FERMINA.

D. FRUTOS.

No, pues yo no me he de quedar con este entripado. *Aparte.*

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Ay Teodoro mío; te perdí para siempre. *Aparte.*

D. VICENTE.

Lo he de ver y no lo he de creer: ha de estar ya en Valencia, y todavía se me ha de figurar que anda á mi retortero. Cáspita con el amigo!

D. FRUTOS.

¡Y qué calladito me lo tenían! *Aparte.*

D. VICENTE.

¡Taciturno se ha quedado don Frutos! si acaso . . . vaya, entonces sí que se remachaba el clavo. *Aparte.*

MARTINA.

Doña Damiana, quiere usted que nosotras nos marchemos un pasito tras otro, para observar desde el callejón, lo que pasa allá en la alcoba?



— 290 —

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

¡Qué curiosa eres muchacha! pues no ves que don Cómodo estará en paños menores, y por pronto que se vista.....

MARTINA.

Ande usted señora, que este caballero ha de ser, si no me equivoco, de los de calzoncillos blancos y calcetas de Vizcaya; así no hay miedo de.... además en no poniéndose usted las gafas hasta que yo la avise....

D<sup>ca</sup> DAMIANA.

Bien, pero no te se vaya el santo al cielo y.... porque..... para no ver nada, mas vale estarse quieta.

## ESCENA V.

D. VICENTE, D. FRUTOS, Y DOÑA JUANITA.

D. VICENTE.

Si yo lograra distraerle y arrancarle de sus reflexiones; quizá entonces.... *Aparte.*

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Qué silencio! ¡cómo temo el momento en que se rompa!.... ¿pero qué me puede suceder que no me haya ya sucedido? ¿acaso me queda alguna esperanza? infeliz Juanita, no, no te queda ninguna, ninguna absolutamente. *Aparte.*

D. VICENTE.

Nada; está hecho una estatua. *Aparte*



— 291 —

D. FRUTOS.

Pues señor, tomé ya mi partido y digan lo qué quieran: poquito daría ya que hablar á tanto holgazán, y á tanta beata como hay en el pueblo, s me casara ahora con quien está enamorada hace tres años de otro . . . ya me llaman bruto á boca llena á pesar de todos mis pergaminos, con que . . qué no me llamarían luego? *Aparte.*

D. VICENTE.

Estas cosas . . . ya se ve . . . le tienen á uno lo mismo que si . . . vamos ni más ni menos lo mismo que si fuera . . eh? decía usted algo señor don Frutos?

D. FRUTOS.

No señor.

D. VICENTE.

Y como no estamos hechos á semejantes alborotos, cualquier incidente desagradable basta para . . . para . . . pues . . . para desagradarnos . . . no digo bien, señor don Frutos?

D. FRUTOS.

Sí señor.

D. VICENTE.

Pero al fin y al cabo todo se compone y . . . ¿quiere usted un polvo, señor don Frutos?

D. FRUTOS.

No, señor.



— 292 —

D. VICENTE.

Mire usted que es cucarachero.... ¿pero qué tiene usted? ¿está usted malo?

D. FRUTOS.

No, señor; lo que yo tengo es que.... en resu-  
midas cuentas, nadie sabe lo que yo tengo, mejor  
que usted mismo.

D. VICENTE.

Ya, si usted toma la cosa por donde quema....

D. FRUTOS.

Perdone usted que la tomo por donde enfría: ¿le  
parece á usted moco de pavo, lo que se me ha di-  
cho esta noche en mis barbas?

D. VICENTE,

Pero hombre, del dicho al hecho.....

D. FRUTOS.

No hay mucho trecho, no señor, y....precisa-  
mente lo último que dicen las mujeres es que abo-  
rrecen á sus maridos; así hágase usted el cargo  
de lo que podré yo esperar, cuando la que ha de  
ser mía empieze por donde todas concluyen.

D. VICENTE.

¡Aborrecerle á usted! y ¿cuándo ha pronuncia-  
do Juanita semejante cosa?

D. FRUTOS.

No hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Repáre usted que quien lo dijo no fué ella, si-  
no él.



— 293 —

D. FRUTOS.

Tanto se me dá; y siempre es muy malo que haya un él que lo diga.

D. VICENTE.

En eso tiene usted razón, mas en lo otro está muy equivocado: poquito cuidado han tenido las madres que la educaron en acostumbrarla á disimular, y á no hacer nunca sino lo que se le manda, para que ahora . . . sí, que se habrán descuidado . . . pero para qué calentarnos la cabeza con si ha sucedido ó no ha sucedido, si ha vuelto ó si ha tornado, teniendo á dos pasos de nosotros quien nos sacará de la duda. ¿Juanita?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Papá.

D. VICENTE.

Ven aquí . . . dime, no es cierto que tu no fuiste la que dijo aquello de don Frutos? . . . Vaya, responde, y cuidado con lo que dices.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

No señor, no fuí yo, pero . . .

D. VICENTE.

Lo ve usted don Frutos, lo ve usted. Y fe mía que no dirá usted que yo la obligo, ni la apunto, ni la . . . y no es verdad que lejos de aborrecerle, le quieres, y te casarás con él, y . . . en fin que harás lo que yo te mande. ¿Vamos?

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Sí señor, haré lo que usted me mande aunque sea á expensas de mi dicha.



— 294 —

D. VICENTE.

No se trata en este momento de tu dicha ni de tu calabaza; lo que exijo de tí es que digas al señor libre y francamente que no tienes ninguna repugnancia hacia su persona, y que antes bien....

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Eso sería engañarle, y usted no querrá....

D. VICENTE.

Sí señora que lo quiero; ¡vióse tal sandez!

D. FRUTOS.

Con que usted quiere.....

D. VICENTE.

Decía yo que lo que quería era que la niña satisficiera á usted, y me parece.... digo, que es imposible hacerlo con más.....

D. FRUTOS.

Ciertamente, crea usted que agradezco infinito á esta señorita su amable franqueza; y en prueba de ello devuelvo á usted su palabra, y deseo á entrambos todo género de prosperidades. Sopla, y de la que me escapó! *Aparte.*

## ESCENA VI.

D. VICENTE Y DOÑA JUANITA.

D. VICENTE.

Bravísimo, lindamente; no se puede negar que lo has hecho como una comadre!



— 295 —

D.<sup>a</sup> JUANITÁ.

No hubiera sido una vileza imperdonable que yo....

D. VICENTE.

¡Bribona! burlarte así de los preceptos de tu padre.... cierto que se te luce el dinero que ha gastado en tu educación y lo que te enseñaron aquellas benditas mujeres.

D.<sup>a</sup> JUANITA.

Me enseñaron á obedecer y á callar, pero no á mentir.

D. VICENTE.

Eso no se llama mentir, ni resulta en perjuicio de tercero. Cuando una niña soltera trata de establecerse, tiene á veces que decir lo que no siente, y no por eso engaña á su novio; porque si no lo quiere ahora, lo puede querer el año que viene, y todo es querer. Pero tu no te dejas gobernar y.... veremos, veremos con quien te casas ahora.

D.<sup>a</sup> JUANITA.

¿Acaso urge tanto que yo me case? no por cierto; para ser infeliz nunca es tarde.

D. VICENTE.

¡Qué chasco! vaya no me ahorco porque no tengo bastante resolución para ello; que si no.... y no te parezca que por eso te has de salir con la tuya.... primero te había de llevar á Francia para que te metieran allí monja, ya que por acá pasó esa moda, que permitir.... buena salida te daba por vida mía!,... un pelagatos que no tiene



— 296 —

sobre qué caerse muerto, sin arrimo, sin esperanza.... un aventurero en fin que....

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Teodoro es de una de las mejores familias de Alicante: usted lo sabe á no poderlo dudar, por que se lo dijeron en Valencia, y porque tuvo muy bien cuidado de cerciorarse de esta verdad, cuando fué á buscarme.

D. VICENTE.

Pero también sé que es más pobre que un hidalgo de la montaña.

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Con que si no lo fuera....

D. VICENTE.

Entonces....

## ESCENA VII.

EL ESCRIBANO *y dichos.*

ESCRIBANO,

Amigo, solo por servir á usted, hubiera salido á la calle á estas horas y con el tiempo que hace.

D. VICENTE.

Pues qué sucede, señor Escribano?

ESCRIBANO.

Luego, el indiano me lo encargó tanto, que...

D. VICENTE.

El indiano!



— 297 —

ESCRIBANO.

Y como el asunto es de tanta entidad, no me he atrevido á fiarme del muchacho para que trajera el papelote, no fuera que se le cayera y lo enlodara.... además, me intereso de tal modo en sus satisfacciones de usted, que no he querido retardar un minuto de mi cordial enhorabuena.

D. VICENTE.

Si usted no se explica....

ESCRIBANO.

Es un fortunón desecho! es más que un terno á la lotería! cuándo podía usted esperar semejante enlace para su hija?... no porque no merezca esto y mucho más D<sup>a</sup> Juanita, sino porque los tiempos están tan calamitosos en punto á bodas que....

D. VICENTE.

Ay Dios míol verá usted como después de tales encarecimientos, salimos luego con algún nuevo embrollo de D. Cómodo.

ESCRIBANO.

Pues de ese hablo yo precisamente, esto es, del contrato que me ha mandado extender y que traigo ya extendido.

D. VICENTE

No lo dije yo!

ESCRIBANO.

Y no lo cuento porque usted me lo agradezca, pero....



— 298 —

D. VICENTE.

Pero como nada tengo que ver con el tal contrato; ni le agradezco á usted su puntualidad, ni me cuido de aquél, ni quiero que se vuelva á hablar en presencia mía de semejante cosa.....

ESCRIBANO.

Cómo! se ha deseado la boda?

D. VICENTE.

El bodorrio dirá usted mejor.

ESCRIBANO.

Ya entiendo; se habrá vuelto atrás mi hombre, y se habrá llamado andana, eh?

D. VICENTE.

No es eso, no señor, sino que nunca....

ESCRIBANO.

Pues no se puede usted figurar lo que lo siento.

D. VICENTE.

Tanto peor para usted.

ESCRIBANO.

Y creame usted señor don Vicente, creame usted; que tengo una verdadera pesadumbre.

D. VICENTE.

Aprieta.... como he de repetirl....

ESCRIBANO.

Y le acompaño á usted sinceramente en la que tendrá por su parte.



— 299 —

D. VICENTE.

Por vida de . . . .

ESCRIBANO.

Porque al fin y al cabo cincuenta mil duros de dote, y la herencia prometida no eran á fe mía ningún grano de anís.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

¡Cincuenta mil duros de dote!

D. VICENTE.

¿Que . . . . qué era lo que usted refería de dote y de herencia?

ESCRIBANO.

Y solo uno de estos ricachos que vienen de la otra banda, pudiera desprenderse de una suma tan . . . . pero ya se ve . . . . lo que él dice, yo no tengo parientes ni habientes; y así quiero hacer la felicidad de la hija de mi amigo.

D. VICENTE.

¿Eso decía?

ESCRIBANO.

Luego aborrece el matrimonio, y como no se ha de casar, no tendrá herederos legítimos; y cuando se muera, á quién ha de dejar lo que tiene, sino á los hijos de la hija de su amigo.

D<sup>ca</sup> JUANITA.

Oye usted papá.

D. VICENTE.

Calla hija, no ves que estas son baladronas tuyas.



— 300 —

ESCRIBANO.

Ojalá fueran más.... y también las letras que ha depositado en mi oficio, para el susodicho dote.

D. VICENTE.

¿De cambio?

ESCRIBANO.

Sí señor, y sobre las mejores casas de comercio de Madrid y Barcelona: todas ellas á la vista y aceptadas, y.... vamos no se puede usted figurar lo que siento esta desgracia:

D. VICENTE.

Pero....

ESCRIBANO.

Y cuanta es mi pesadumbrel

D. VICENTE.

Ya....más.

ESCRIBANO.

Y como acompaño á usted en la suya.

D. VICENTE.

Con todo, si....

## ESCENA VIII.

DICHOS, MARTINA Y DOÑA DAMIANA.

MARTINA.

Albricias, señor don Vicente, albricias; que ya le traen que quiera que no.



— 301 —

D.<sup>ña</sup> DAMIANA.

Y si se resiste más, le ponen lo mismo que á un  
Ecce Homo.

D. VICENTE.

Válgate Dios, y qué le diré yo ahora!

D.<sup>ña</sup> DAMIANA.

Vaya, no he visto en mi vida hombre más terco  
ni más cansado.... el mismo caso hacía de las  
razones de don Teodoro que de las desvergüenzas  
de los otros, y....

MARTINA.

Ya llega, ya llega.

D. VICENTE.

¡Maldita precipitación! quién había de creer  
que....

## ESCENA ULTIMA.

*Todos menos* DON FRUTOS.

D. CÓMODO.

Pero señores, déjenme ustedes que yo sé muy  
bien el camino, y....

D. TEODORO.

No señor, ha de venir usted con nosotros....  
pues que, no hay más que meterse de hoz y de coz  
en una casa....

D. CÓMODO.

Sin embargo, un amigo....



— 302 —

D. TEODORO.

¿Y lo es usted acaso de don Vicente?... cuando acabará usted de desengañarse y de?....

D. CÓMODO.

Nunca, porque Vicente.... y si no aquí está él que podrá decirlo.

FRANCISCO.

¡Tomal con lo que sale ahora.

D. CÓMODO.

Mira hombre como me trata esta canalla: empeñados en que tú....

D. VICENTE.

Yo....

D. CÓMODO.

Sin hacerse cargo de que estaba en el primer sueño y á pique de que se me indigeste la cena.

D. VICENTE.

¡Cómo! ¿estaba usted durmiendo?

D. CÓMODO.

Y roncando.

D. VICENTE.

Han hecho entonces muy mal....

SEBASTIÁN.

Pues su merced no fué....

D. CÓMODO.

No señor, no fué, si me lo querrán decir ustedes á mí!



— 303 —

D. VICENTE.

Cierto, yo lo que mandé era . . . .

D. TRODORO.

Que me maten si entiendo . . . .

DOÑA JUANITA

Chito, y yo se lo explicaré á usted luego. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Pero en fin, sepamos á qué y por qué ha sido esta levantadura, pues quisiera despachar pronto lo que haya que hacer, para volverme á meter entre sábanas.

D. VICENTE.

En efecto, el caso ha sido . . . .

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Que usted ha tenido la imprudencia de . . . .

D. VICENTE.

No tal, aquí no hubo imprudencia alguna, antes al contrario.

D.<sup>ca</sup> DAMIANA.

Señor . . . .!

D. VICENTE.

¡Señora! . . . calle usted por todos los santos del cielo, y déjeme usted, que yo sea el que responda á este caballero.

FRANCISCO.

Martina ¿qué significa esto? *Aparte.*



— 304 —

MARTINA,

Yo no lo sé; pero ello significa algo que nosotros no entendemos. *Aparte.*

D. CÓMODO.

¡Oh, quién estaba aquí! bien venido señor escribano.

ESCRIBANO.

Servidor de usted señor don Cómodo; siento mucho....

D. VICENTE.

Hombre, deje usted á un lado sus sentimientos, y enseñe usted al señor don Cómodo ese contrato que....

D. CÓMODO.

¡Cáspital ¿ya lo tiene usted hilvanado?

ESCRIBANO.

Sí señor, y yo mismo he querido traerlo para.

D. CÓMODO.

¿Y por eso se me ha despertado? vaya, ya está entendido todo el suceso!

D<sup>ca</sup>. DAMIANA.

Dichoso usted que lo ha comprendido, porque yo, me he quedado en ayunas!

D. CÓMODO.

¿En qué pues, nos detenemos? ¿lo has leído ya Vicente?



— 305 —

D. VICENTE.

No, pero no hay necesidad....

D. CÓMODO.

Dices bien, entre dos amigos como nosotros con uno que lo lea basta.

D. VICENTE.

Seguro.

D. TEODORO.

¿Y ese contrato es el mío?

D. CÓMODO.

¿Pues de quién ha de ser, señor incrédulo? de usted, y en prueba de ello firmémoslo los que lo hemos de firmar y salgamos del paso.

D. VICENTE.

Con mucho gusto, daré el ejemplo.

D. TEODORO.

¡Juanita!

D.<sup>ca</sup> JUANITA.

Repito á usted que luego le explicaré este enigma.

D. CÓMODO.

Ahora ustedes...y ahora yo para que el escribano pueda cerrar la marcha con el acostumbrado *de que doy fe*.

ESCRIBANO.

Ya la dí antes que ustedes lo hicieran, para no hacerles esperar.



— 306 —

D. CÓMODO.

¡Y qué me dicen ustedes ahora! ¿es Vicente mi amigo íntimo, ó no lo es?

D. TEODORO.

Ya . . . . habrá usted acudido al específico y . . . .

D. CÓMODO.

No por cierto, siempre tuve confianza en su buen corazón, y . . . . . vamos no hubo necesidad de echar mano de su virtud, que si hubiera habido . . . Jesús . . . . las doce, y yo todavía en piel

D. VICENTE.

Sí, sí, bueno será descansar, y mañana . . . .

D. CÓMODO.

Bravísimo: mañana se casarán los chicos, se les cumplirá á esta buena gente todo lo que les he ofrecido, y empezaremos nosotros á existir de nuevo bajo los auspicios de nuestra antigua amistad.

D. TEODORO.

¡Viva nuestro bienhechor!

D. VICENTE.

¡Viva mi amigo!

D. CÓMODO.

Y por eso, y porque nunca hago mal á nadie, y sí bien á cuantos puedo, por eso repito, me creo con derecho de llamarme el amigo íntimo de cuantos me conocen.



LAS  
COSTUMBRES DE ANTAÑO  
O  
LA PESADILLA

---

COMEDIA ORIGINAL EN VERSO.

---



AL CIUDADANO

JOSÉ MARIA DE BOCANEGRA. [\*]

Ofrece la comedia de LAS COSTUMBRES DE ANTAÑO, en testimonio de su inalterable y bien correspondido afecto.

*Manuel Eduardo de Gorostiza.*

---

[\*] En la edición de Rosa, París, 1822, la dedicatoria que aparece al frente de esta comedia es la siguiente:

AL REY.



## NOTA DEL AUTOR.



Esta comedia se escribió de *orden superior* y así debe reputarse como de *circunstancias*. Hubo en su representación singular aplauso y los periódicos del aquél tiempo hablaron de ella con los mayores elogios; pero no se ha repetido desde entonces, porque el autor no se ha atrevido á refundirla, como le sería fácil y como quizá debiera hacerlo para que la escena española se aprovechara de un pensamiento verdaderamente original y no mal desenvuelto. Consideraciones, sin embargo de bastante bulto se lo han quitado de la cabeza, y ha preferido sacrificar *Las Costumbres de Antaño* á su posición actual. ¿Qué no se hubiera dicho de él, si en beneficio del arte dramático, hubiera suprimido en esta edición, las alusiones que tiene la comedia á la boda del Rey? ¡Pobre Gorostiza!



## PERSONAS:

D. JUAN.

D. FELIX.

D. PEDRO.

UN DOCTOR.

INÉS.

ISABEL.

UN ESCUDERO

DOS PAJES.

UN MORO.

---

La acción pasa en Chinchón y en una sala de la casa de D. Pedro, donde se verán colgados unos cuadros muy antiguos, cornucopias &c.: los muebles serán igualmente los más viejos que se encuentren.



## ACTO UNICO.

---

### ESCENA I.

D. JUAN, D. FELIX É ISABEL.

---

D. JUAN.

Confieso tenéis razón:  
es singular su manía.

D. FELIX.

No nos habla en todo el día  
sino de la perfección  
de las costumbres de antaño,  
exagera su bondad,  
pondera su gravedad;  
y en proceder tan extraño,  
nada es bueno, nada deja



— 312 —

su voluntad satisfecha  
sin cuatro siglos de fecha.

D. JUAN.

Siempre á los viejos aqueja  
semejante enfermedad,  
y como su edad pasó  
no hay uno solo que no  
eche de menos su edad.

D. FELIX.

Fácilmente se concibe  
la razón, que á los sesenta  
nada presente alimenta  
y de recuerdos se vive.  
Con todo, mi amado tío  
se excede más que cualquiera,  
y lo que en otro es chochera,  
en él pasa á desvarío.  
No hace mucho que le ví  
con un ochavo en la mano  
(al parecer segoviano)  
y entusiasmado le oí,  
que entre dientes repetía  
qué delicado perfil!  
qué limpieza! qué burill  
no se graba así en el dñal

ISABEL.

Pues cuando anoche mondaba  
en la cena, cierto pero  
de Ronda que (no exagero)



— 313 —

sus cuatro libras pesaba,  
me dijo, mira, Isabel,  
todo cambia y degenera,  
y si yo nacido hubiera,  
cuando Don Pedro el Cruel,  
te aseguro sin afán  
que este pero que has traído,  
por lo chico, hubiera sido  
una pera de San Juan.

D. JUAN.

De buena gana me río.

D. FELIX.

Nosotros no, porque al cabo  
todo el mundo aquí es esclavo  
del capricho de mi tío;  
y si aquesto no influyera  
en su genio y condición,  
pudiéramos con razón  
pasarle tanta quimera;  
mas, por la Virgen, señor,  
si no se puede sufrir.

ISABEL.

No sabe sino reñir.

D. FELIX.

Siempre está de mal humor:  
cuanto hacemos le disgusta,  
y cuanto hablamos le enfada;  
si callamos no le agrada,  
si reimos no le gusta.



— 314 —

Con el sol nos levantamos,  
nos acostamos de día,  
comemos al medio día  
y entre cinco y seis cenamos.  
Nunca podemos leer  
sino en viejos cronicones  
con más roña que renglones,  
con más polvo que saber.  
Y el mísero que se atreve  
y sus órdenes resiste,  
á vestir como se viste  
en el siglo diecinueve,  
desde luego le declara  
por hombre de poca pró,  
pues de gregüescos no usó,  
como Don Sancho de Lara.

D. JUAN.

¿Y él los usa?

No por cierto;  
viste como le acomoda,  
y no aborrece la moda  
sino en nosotros.

ISABEL.

Un tuerto  
le dijo cuando enseñó  
á cazar á cierto amigo,  
apunta como te digo,  
y no como apunto yo.

D. FELIX.

Llega á tanto su locura,

— 315 —

que aunque él mismo determina  
mi boda con su sobrina,  
retarda nuestra ventura;  
porque afirma que no ve  
en nosotros cierto fuego  
que asegure su sosiego,  
que nos falta aún no se qué,  
que los Wambas y Mencías  
amaban de otra manera:  
en fin, espera que espera,  
y pasan días y días,  
y no nos casa.

ISABEL.

Caramba!  
con tal necedad me irrito;  
quiere acaso el señorito  
sino lo que quiso Wamba?

D. FELIX:

Nuestro mismo descontento  
por eso sin duda, ha sido  
el que nos ha sugerido  
un extraño pensamiento;  
el proyecto de que ya  
os hablamos hace poco.

ISABEL.

Quizá de este modo, un loco  
con locuras curará.

D. JUAN.

Y no receláis su enfado?



—316 —

D. FELIX.

Claro es que se enojará;  
pero....

ISABEL.

Pero luego hará  
lo que hace todo enojado  
cuando no tiene razón.

D. JUAN.

Nos lo quieres explicar?

ISABEL.

Darse prisa á perdonar  
para no pedir perdón.

D. FELIX.

Además, qué otro recurso  
nos queda?

ISABEL.

Yo no lo atino.

D. JUAN.

El proyecto es peregrino  
por cierto; mas tal concurso  
de circunstancias requiere  
para realizarse, que  
á decir verdad, no se  
si ustedes podrán.....

ISABEL.

Quien quiere  
puede.



— 317 —

D. JUAN.

No siempre.

D. FELIX.

Es verdad:

mas todo está ya previsto,  
todo prevenido y listo  
en tanta dificultad.

ISABEL.

Diez cómicos de la legua  
nos ayudan.

D. JUAN.

Buen acaso.

D. FELIX.

En el pueblo están de paso  
y.....

ISABEL.

Como pasó la siega  
se vuelven donde estaban.

D. FELIX.

Y al punto les embargué.

D. JUAN.

Muy bien hecho.

D. FELIX.

Así logré  
los trajes que me faltaban.

ISABEL.

También ellos representan  
sus papeles.



— 318 —

D. JUAN.

Bien lo creo.

ISABEL.

Y es tanto ya mi deseo  
de que empiecen y diviertan,  
que reniego de la suerte  
al mirar lo que se tarda.

D. JUAN.

Pero en fin, á qué se aguarda?

ISABEL.

A qué Don Pedro despierte.

D. JUAN.

Pues duerme?

ISABEL.

La eterna siesta  
de tres horas.

D. FELIX.

Tiempo sobrado  
y que hemos aprovechado  
para disponer la fiesta.  
Con dos tapices no más  
que el sacristán nos prestó  
mirad como se adornó  
el cuarto; mirad además  
el menaje patriarcal  
que hallamos, aunque sin copia,  
y la noble cornucopia,  
y el venerable sitial.



— 319 —

Habr  también escuderos  
que sirvan, dueñas que lloren,  
y doncellitas que imploren  
contra sandios caballeros.  
Habrá, pues tan miserable  
este siglo le parece,  
todo lo que el siglo trece  
tenía de más amable ;  
y verá en su frenesí  
entonces lo que es mejor.

D. PEDRO.

Isabell Félix! *(desde adentro)*

ISABEL

*[  D. Félix]* Señor,  
que es el amo.

D. FELIX.

Llam ?

ISABEL.

S .

D. FELIX.

Pues silencio, y cada cual  
ocupe el debido puesto.

D. PEDRO.

Isabell *(id.)*

D. FELIX.

*(  Isabel.)* Apagar presto  
la luz.



— 320 —

D. JUAN.

y vámonos.

D. FELIX

(*á Isabel.*)

Sal

con cuidado, y no tropieces.

ISABEL.

Ay Cristo del buen consejo!  
ampáranos, ó este viejo  
nos ha de dar para nueces.

## ESCENA II.

D. PEDRO.

*Sale á tientas por la puerta del foro que se  
figura es la de su alcoba.*

D. PEDRO.

¿Isabel? ¿Felix? ¿Lucía?  
¡Todo el mundo ha ensordecido  
en esta casa...! ¿Muchacha?  
Sí, á la otra puerta.... ¿sobrino?  
¡Nadie me responde! ¡Nadie!  
¡Y como habré yo dormido  
tanta siesta! Ya es de noche  
cerrada, cuando á las cinco  
debieron Mamarme....! Vaya  
que me gusta tal descuido.

(*tropieza con una silla*)



— 321 —

Ola, luces?... Santa Tecla,  
que me he deshecho un tobillo.  
Siempre han de dejar por medio  
las sillas....! Pero Perico  
esto no es silla....! Pues qué  
será? yo no lo adivino.  
Vamos, si hubiere en el mundo  
hombre que este peor servido  
que yo.... ¡maldita canalla!  
todos, todos son lo mismo.  
Bien haya aquellos criados  
de bigote retorcido,  
con su perilla en la barba  
y su tizona en el cinto  
aquellos sí que servían  
los pensamientos....! Afirme  
que diera lo que no tengo  
por un escudero.

### ESCENA III.

ESCUADERO *y dicho*

ESCUADERO.

Hizo

*(claro)*

Vuesa merced luenga siesta?

D. PEDRO.

¡Válgame San Agapito!  
San Juan, San Cosme, San Diego,  
los Mártires de Corinto,



— 322 —

y la Santa translación  
del apostólico oficio  
á la ciudad de Antioquía!

ESCUDERO.

Non me fabla, señor mío;  
¿qué pescuda? ¿qué le place?

D. PEDRO.

¿Pero donde estoy? ¿qué sitio (*aparte*)  
es este?

ESCUDERO.

¿A quién demandaba?

D. PEDRO.

¡Qué tapices tan antiguos! (*aparte*)  
¡qué muebles! Vaya, no hay duña,  
ó me vine sin sentirlo  
á las ferias de Madrid,  
ó estoy todavía dormido  
y me aflige pesadilla.

ESCUDERO.

Mas porque vos mortifico  
con preguntas é respuestas,  
quando de todo colijo  
que la fiebre cuartanal  
vos acucia.

D. PEDRO.

Un buen pellizco (*aparte*)  
me tiraré, por si logro  
despertarme.



— 323 —

ESCUADERO.

¿Hubiste frío?  
¿Sentiste en la riñonada  
punzada ó dolor?

D. PEDRO.

Maldito  
seas con tu riñonada,  
duende, visión ó vampiro  
¿qué me quieres, qué me quieres?

ESCUADERO.

Daros el vuestro vestido.

D. PEDRO.

¿Oste puto, y tiene llamas?

ESCUADERO.

Franjas solo.

D. PEDRO.

¡Qué delirio!  
¿pues acaso en el infierno  
faltan lacayos?

ESCUADERO

Non digo  
tal sandez.

D. PEDRO.

Pues por si acaso,  
de parte de Dios te pido  
me digas quien eres, y  
quién te envía.



— 324 —

ESCUDERO.

Soy Rodrigo  
el vuestro buen Escudero,  
é de Juan Rodríguez fijo,  
é nieto de Gil Rodríguez  
el de Iniesta.

D. PEDRO.

¡Ay diablo mío!  
eso sí que no; serás,  
si es que te empeñas, sobrino  
de la misma catedral  
de Toledo, no replico  
ni me opongo; pero en cuanto  
á lo Escudero, te afirmo  
que es mentira, porque yo  
nunca tuve á mi servicio  
gente que oliera á tostón.

ESCUDERO

E así pusiste en olvido  
¿mi lealtad? . . . Mas non lo extraño,  
ni menos lo maravillo,  
pues estáis asaz doliente  
é sin seso.

D. PEDRO.

Con que es fijo  
que eres mi escudero?

ESCUDERO

Sí

D. PEDRO.

Míralo bien.



— 325 —

ESCUADERO.

Ya lo miro.

D. PEDRO.

Pues entonces, quién soy yo?

ESCUADERO.

El muy apuesto é garrido  
señor Pero Pérez de Hita,  
de abalorio esclarecido,  
copero mayor del rey  
é su vasallo.

D. PEDRO

Has mentido,  
y la culpa tengo yo  
de hablar con diablos bebidos.  
¡Yo copero! . . . ¡yo abalorio!

ESCUADERO.

Vaya, recobrad el juicio,  
no estéis, señor, tan airoso  
que al doctor ya he prevenido,  
é con su física pronto  
vos curará.

D. PEDRO

¡Vive Cristo  
que según lo testarudo,  
este diablo es vizcaino;  
no hay remedio!

(*Aparte.*)

ESCUADERO.

En tanto pueden



— 326 —

vuestros pages asistiros,  
é quitaros el ropón.

D. PEDRO.

Esta es otra!

ESCUADERO.

Dais permiso?

D. PEDRO.

Si supiera conjurar! [*Aparte.*]  
mas á falta de exorcismos  
allá van media docena  
de cruces... nada... está visto  
en no hablándoles latín  
se hacen los desentendidos.

ESCUADERO.

Ola, pages: venid pronto!

## ESCENA IV.

DOS PAGES *y dichos.*

PAGES.

Qué nos mandas?

ESCUADERO.

Necesito  
unas calzas coloradas,  
é gregüescos amarillos,  
é colete, é la ropilla  
de belarte berberisco



— 327 —

para engalanar al dueño  
á quien atentos servimos.

D. PEDRO.

Para disfrazarle, dirías [Aparte.]  
mejor

ESCUDERO.

Lo habéis entendido?

PAGES.

Todo está á punto. [Entran y salen.]

ESCUDERO.

Pues luego  
comenzad el vuestro oficio  
é nada os detenga

D. PEDRO.

No  
por cierto: yo no me visto  
de mojiganga.

ESCUDERO.

Parad  
las mientes....

D. PEDRO.

Lo dicho dicho:  
ni paro ni reparo.... Oiga,  
soy acaso un dominguillo  
para que así se diviertan  
á mi costa?

ESCUDERO.

Catad....



— 328 —

PEDRO.

Digo  
que no quiero.

ESCUDERO.

En este caso  
homildemente os intimo,  
que por ser la malatía  
tan pertinaz . . . . .

D. PEDRO.

Hombre indigno,  
qué tiene que ver mi tía  
con tus planes fementidos?

ESCUDERO.

E porque perdido el seso  
vos acometen vaguidos,  
é non vos dejáis servir  
de los vuestros, determino  
que con todo aquel respeto  
que á vuestro alcurña es debido,  
vos aten entrambas manos,  
é á los pies sugeten grillos,  
é vos desnuden, é vistan  
mal que vos pese.

D. PEDRO.

No, amigo,  
no dejaré yo que llegue  
el tal caso.

ESCUDERO.

No hay adbitrio.



— 329 —

D. PEDRO.

Porque antes me rendiré  
como un mandria.

ESCUADERO.

Buen avisol  
tomad asiento.

D. PEDRO.

Caramba,  
qué blando es el susodicho!

ESCUADERO.

Es de alcornoque.

D. PEDRO.

Lo creo.

ESCUADERO.

E no lo ví tan polido.

D. PEDRO.

Ni yo tan duro.

ESCUADERO.

El abuelo  
de vuesa merced lo fizo  
facer, cuando se tornaba  
de los campos de Clavijo.

D. PEDRO.

No hubiera hecho tal, si hubiera  
las poltronas conocido.

— 330 —

ESCUDERO.

Llegad, pages, é las calzas  
atacadle.

D. PEDRO.

Qué martirio!

[*Aparte.*]

Esto es ligarme las piernas.  
Dónde, dónde os habéis ido  
comodísimas calcetas,  
desahogados calzoncillos?  
Pero señor, qué es aquesto?  
Son visiones? son hechizos?  
Si seré yo Pero Pérez  
y nunca lo habré sabido  
hasta hora?

ESCUDERO.

[*á los pages*] Los gregüescos.

D. PEDRO.

Mas no soy D. Pedro Risco,  
el hidalgo de Chinchón,  
y el cosechero más rico  
de la villa?

ESCUDERO.

(*á D. Pedro*) Enderezad.

D. PEDRO.

Con un garrote de pino  
en tus costillas.

ESCUDERO.

Fablaís  
con nosotros?

— 331 —

D. PEDRO.

No, hijo mío:  
rezaba mis oraciones,  
como siempre que me visto.

ESCUADERO.

(*á los pages*) El coletó.

D. PEDRO.

Pero dónde  
mis sobrinos se han metido? (*Aparte.*)  
Dónde mis criados? dónde  
mi casa?

ESCUADERO.

Ya estáis vestido:  
qué nos ordenáis agora?

D. PEDRO.

Más por qué me martirizo? (*Aparte.*)  
con necias cavilaciones?  
Puedo acaso resistirlos,  
si son diablos? Si es un sueño,  
ha de durar medio siglo?

ESCUADERO.

Estáis harto fastidiado:  
narrarnos, pues, os suplico  
del presente displacer  
la causa.

D. PEDRO.

Dieron las cinco?

ESCUADERO.

E las siete también dieron.



— 332 —

D. PEDRO.

Tanto mejor, y me inclino  
por eso, á que chocolate  
me deis, que no es divertido  
quedarse uno sin refresco.

ESCUDERO.

No sé lo que queréis.

D. PEDRO.

Lindol  
qué he de querer! Chocolate  
con bizcochos de soplillo,  
y....

ESCUDERO.

Pero, ¿qué es chocolate?

D. PEDRO.

Es verdad, que aun no ha nacido  
el buen Cristóbal Colón!  
Por vida de....

ESCUDERO.

Tenéis hipo?  
Queréis yantar?

D. PEDRO.

Ya se ve  
que quiero.

ESCUDERO.

Seréis servido  
súpitamente.



— 333 —

## ESCENA V.

D. PEDRO Y LOS PAGES.

D. PEDRO.

Ello es cierto:  
graves males han traído  
esas Indias; mas también  
nos dan frutos peregrinos:  
dígalo si no el cacao,  
y la canela, y . . . benditos  
ingredientes! Sin vosotros  
y sin un azucarillo,  
qué hubieran, pues, refrescado  
el príncipe, el grande, el chico,  
el reverendo, el letrado,  
la doncella, el . . .

## ESCENA VI.

ESCUADERO Y DICHOS.

ESCUADERO.

Pan y vino  
tiene aquí vuesa merced:  
yante en buena hora.

Gorostiza.—Tomo II.—42



— 334 —

D. PEDRO.

Exquisito  
refresco!

(*Aparte.*)

ESCUDERO.

E muy buena pró  
le faga

D. PEDRO.

¡Qué hermoso vidrio!  
Vaya que la tal vasija  
puede hacer cualquier servicio  
sin que nadie se lo tache,  
pues digo, y el panecillo?

ESCUDERO.

Qué! non yanta?

D. PEDRO.

Tengo sólo  
sed.

ESCUDERO.

Beba luego.

D. PEDRO.

Es muy tinto.

ESCUDERO.

Quiere agua?

D. PEDRO.

Quiero el demonio  
que cargue pronto contigo.



-- 335 --

## ESCENA VII.

EL DOCTOR *y dichos.*

DOCTOR:

*(al salir)* Non descuiden la mi muñía,  
guárdense de sus descuidos,  
cá siempre fué caroñosa,  
é cocea.

ESCUADERO.

Ya el Dotor vino.

DOCTOR.

Aristotis é Avicena  
nos encargan....

D. PEDRO.

Buen principio; *(Aparte.)*  
y no es malo que al instante  
entregan el sobrescrito:

DOCTOR.

O debieron encargarnos  
el uso del solomillo  
ahumado, en casos de gota;  
porque el craso del cochino  
humectando los tendones,  
ablanda el adolorido  
extremo, é.....



— 336 —

D. PEDRO.

Basta, hombre, basta:  
excuse usted los desatinos,  
pues no tengo otro dolor  
que el de haberos conocido.

DOCTOR.

Paso, señor Pero Pérez,  
non denueste, que me irrito  
é tengo siempre en la mano  
la venganza....

D. PEDRO.

Eso es muy fijo,  
porque con cada receta  
saldrá usted de un enemigo.

ESCUDERO.

Señor Dotor, non es gota.

DOCTOR.

Pues qué es?

D. PEDRO.

Si se lo decimos,  
de qué le sirve su ciencia  
y todos sus aforismos

ESCUDERO.

Le acucia una malatia  
en la mente.

DOCTOR.

Bebe vino?



— 337 —

ESCUADERO.

Algún tanto.

DOCTOR.

Más valiera

que lo aforcaran.

D. PEDRO.

Dios mío!

(*Aparte.*)

por qué los médicos siempre  
han de ser tan compasivos?

DOCTOR.

Beba, pues, del agua clara,  
é huya del vino dañino,  
cual si fuera de la yerba  
ballestera.

ESCUADERO

Lo he entendido;

é diga, podrá beber  
en cuantía?

DOCTOR.

Sí, Rodrigo,

cuanta quiera.

D. PEDRO.

Muchas gracias

por favor tan peregrino.

DOCTOR.

Es aparejado que sea . . . .

D. PEDRO.

Tú lo serás, gran pollino!

(*Aparte.*)



- 338 -

DOCTOR.

Para que le saquen sangre,  
le aliviaremos de cinco  
buenas tazas en catorce  
vegadas.

D. PEDRO.

Soberbio alivio!  
Y después le dispondremos  
brevages frigerativos,  
é luego. . . .

D. PEDRO.

Y luego me muero  
por libertarme, asesino,  
de tus drogas y de tí.

ESCUDERO.

Ayl que le crece el delirio!

DOCTOR.

Qué propala este demente?

D. PEDRO.

Reniego de tal estilo  
de curar: agua, sangrías,  
brevages, friegas, y .. lindos  
medicamentos por cierto,  
si el enfermo es un novillo.

DOCTOR.

Non es fuerza le medique?

ESCUDERO.

Sosegaos señor mío,



— 339 —

é reparad que este home  
es un varón muy sabido,  
é doto en la fisicante  
parlería.

D. PEDRO.

Sí, pues, mira hijo,  
anda y cúrate con él,  
que yo no le necesito,  
ni pienso necesitarle  
para nada.

ESCUDERO.

E á vuestro primo  
Garci Manrique de Lara  
le curó con mucho tino  
cuando finó.

D. PEDRO.

Pues no quiero  
que me atine, hay tal capricho!

DOCTOR.

Bien está: ya lo veredes.

D. PEDRO.

No tal: ya lo tengo visto,  
y por lo tanto resuelvo  
no morirme en este siglo,  
ni en otras manos que en las  
de un Doctor barbilampiño  
que juegue al monte, corteje,



— 340 —

fume, trinque como un suizo  
y no sepa más latín  
que un cirujano latino.

## ESCENA VIII.

D. FELIX *y dichos.*

D. FELIX.

Fugid, noble caballero  
de esculapios maleficos,  
é pósimas malecínas,  
é físicos non leidos.  
La negra melancolía  
dizque os tiene asaz sombrío;  
é si es vero lo que parlan,  
é si estáis tan aborrido,  
mira, señor, vais errado,  
cá las dolencias de espíritu,  
non se curan emplastando,  
non se aplacan con lentisco,  
sino sólo les atañe  
torreznos; é regocijos.

D. PEDRO.

Tiene razón, por mi vida (Aparte.)  
este diablo. . . . Mas, ¡qué miro!  
Jesús, lo que se parece  
á D. Felix mi sobrino!

— 341 —

D. FELIX.

E vos, Dotor, en mal hora  
andad, cá si ora os lo pido  
con asaz cortesanía,  
sabré, si osáis resistillo,  
de una coz bien asentada  
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Si andaré; mas pronto llegan  
con las febres los pepinos,  
é os emplazo para entonces.

## ESCENA IX.

DICHOS, *menos el Doctor.*

D. PEDRO.

Escudero?

ESCUDERO.

Señor mío.

D. PEDRO.

Cómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,  
señor de Valdecorneja,  
é rico home.

D. PEDRO.

No me admiro;

Gorostiza.—Tomo II.—43



— 342 —

que en cuanto le ví tan fiero,  
adiviné que era rico.

D. FELIX.

Agora pensemos solo  
en solazarnos.

D. PEDRO.

Bien dicho;  
pero sepamos primero  
de qué modo en este siglo  
se acostumbra á solazar.

D. FELIX.

Danzáis?

D. PEDRO.

Nunca dí brincos  
á compás ni sin compás.

D. FELIX.

Jugáis cañas?

D. PEDRO.

Cuando chico  
jugué con ellas, y fueron  
mi fusil y caballito.

D. FELIX.

Oh, corréis liebres?

D. PEDRO.

Las cojo,  
si no miro á donde piso.



— 343 —

D. FELIX.

Al menos cabalgaréis?

D. PEDRO.

Pierdo al punto los estribos.

D. FELIX.

Nada, pues, sabéis fazer?

D. PEDRO.

Sé olvidar lo que he sabido,  
y no es poca habilidad,  
á los sesenta del pico.

D. FELIX.

Pésame sobremanera  
que no gustéis de bollicios,  
é que vos falten las fuerzas  
para gozar atrevido,  
de los únicos placeres  
á los nobles concedidos.

D. PEDRO.

Y qué no hay otros?

D. FELIX.

Los hay;  
mas en todo es preciso  
cabalgar buenos rocines,  
é guardar el equilibrio.

D. PEDRO.

Conque sin cabalgadura  
no hay nada, eh?



— 344 —

D. FELIX.

Nada.

D. PEDRO.

Pues digo  
que es un lance del demonio,  
y supuesto es requisito,  
indispensable, tendré  
que procurarme un borrico.

D. FELIX.

Ora bien, os aconsejo  
que tomemos el camino  
de Flandes.

D. PEDRO.

Dígame usted;  
y qué se nos ha perdido  
en Flandes?

D. FELIX.

Se casa el Conde.

D. PEDRO.

Dios le haga muy buen marido.

D. FELIX.

E me dijo un personero  
que de aquellas tierras vino,  
fazían los sus vasallos  
festejos harto polidos,  
é que luego mantendrían  
dos torneos.



— 345 —

D. PEDRO.

No me animo  
ni aun por esas.

D. FELIX.

Face mal.

D. PEDRO.

Pues á qué están reducidos  
esos dichosos torneos?

ESCUADERO

E su merced non los vido  
antaño, en Valladolid,  
quando los dos asistimos,  
é la infanta se casó  
en Portugal?

D. PEDRO.

No lo he visto.

ESCUADERO.

Por más pelos ó señales  
que anduvisteis muy ardido,  
é tan tieso en el rocín,  
cual si fuerais uno mismo.

D. PEDRO.

Así sería; pero yo  
no me acuerdo.

ESCUADERO.

Nin del circo



— 346 —

que fembras é menestriles  
guarnecían?

D. PEDRO.

No, querido.

ESCUDERO.

Ni tampoco de dos torres  
que en él se vieron de pino  
ó de lienzo, é semejaban  
ser de piedra?

D. PEDRO.

Repito

que si lo ví, lo olvidé.

ESCUDERO.

Junto á ellas reconocimos  
diez tiendas sobrecubiertas,  
con telas de varios visos,  
é de ellas salieron luego  
por el faraute advertidos  
apuestos mantenedores,  
que justaron con gran brío  
é dieron contentamiento  
á extraños é conocidos.

D. PEDRO.

Pero qué hicieron?

D. FELIX.

Lancear.

D. PEDRO.

A toros?



— 347 —

D. FELIX.

Qué desatino!  
A nobles aventureros.

D. PEDRO.

Entonces el tal oficio  
tendrá también sus percances?

D. FELIX

Qué?

D. PEDRO.

Que tendrá sus peligros,

D. FELIX.

Allí mismo D. Gutierre  
de Sandoval fué caído  
por el justador Urrea,  
que le dió sin advertillo  
un desemejable encuentro,  
é allí murió.

D. PEDRO.

Muy bien hizo;  
mas yo no le imitaré  
en tanto que haya novillos  
que vèr desde la barrera,  
y teatros bien concurridos,  
y visitas y paseos.

D. FELIX.

Es la diversión del siglo.

D. PEDRO.

Sí, pues del siglo reniego



— 348 —

## ESCENA X.

DOÑA INES *y dichas.*

DOÑA INES.

Josticia, señor, vos pido,  
que la que á nobles demanda,  
contra entuertos, el su auxilio  
de josticia se lo pide.

D. PEDRO.

¡Sobrina!

D. FELIX.

Raro prodigio  
de belleza!

ESCUADERO.

Noble dueña,  
non plañéis vuestro destino,  
non estéis más de finojos:  
levanted, cá vos afirmo  
é prometo en nombre suyo,  
defenderos é asistiros.

D. PEDRO.

Pues la prometes muy mal,  
que ni soy, ni nunca he sido  
oculista, y así mal puedo  
curarla entuertos ni enviscos.

— 349 —

D. FELIX.

Referirnos vuestras cuitas.

DOÑA INÉS.

Oidme, pues.

ESCUDERO

Ya vos oimos.

D. PEDRO.

Cuánto va que mi sobrina (*Aparte.*)  
quiere darme un sobrinito!

DOÑA INÉS.

En rico abolengo nascida é criada;  
de padres fidalgos habida é tenida;  
con dulces presagios rescebí la vida;  
con nobles exemplos fuí endotrinada:  
los cielos fiziéronme asaz bien formada,  
de rostro fermoso, cual estáis notando;  
mas diéronme, empero, como cera blando  
corazón amante, é alma apasionada.  
Catorce vegadas he visto con flores  
ornarse los campos é á la mariposa  
mecerse en su cáliz, robando envidiosa  
á par de la abeja sustancia é colores.  
Catorce vegadas oí ruisseñores  
en suaves concetos cantar sus querellas;  
é también catorce burlábame de ellas,  
cá non conocía qué cosa era amores.  
Mas, ay sin ventura la paz que yo había  
huyóse del pecho, cual sombra ligera;  
é lo muy tranquila que entonces viviera,

Gorostiza.—Tomo II.—44



— 350 —

castígame el cielo con gran tiranía:  
sin sueño de noche, sin gusto de día,  
sollozo, suspiro, morirme me siento,  
é como la rosa por cálido viento,  
ansi se marchita la mi lozanía.

Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,  
al punto se bajan, como avergonzados,  
é luego al soslayo sin ser levantados,  
curiosos se indagan, é tiernos se miran.

Los pechos entonces á la par respiran,  
las manos se enlazan, los labios se mueven,  
é amantes se juran é finos se atreven;  
cá dos que se adoran, muy pronto deliran.

Por ende asustada, maridarme quiero,  
que todo lo cura un apuesto garzón,  
é non fuera justo, ni menos razón,  
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.

Las palmas é tocas en otras venero,  
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;  
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo  
á tocas, é á palmas, é á flores prefiero.

Señor Pero Pérez, amado señor,  
marido me place, marido vos pido;  
pues muero é me abraso, é dizque un marido  
mas que sanguinaria, rifiesca mejor.

Si escucháis mis preces, si me dais favor,  
Dios vos galardone con bienes sin tasa,  
cá nunca la suerte fué parca ni escasa  
para aquel que alivia querellas de amor.

Mas si mi esperanza se viere burlada,  
é se desmintiera vuestra cortesía,

- 351 -

permitan los cielos vos roben el día  
escuros celajes, noche prolongada,  
é vivas mil años, si vida os enfada,  
sin paz ni deseos, con penas sin fin;  
que aquesto merece el necio que ruín  
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

ESCUDERO.

No remáis noble doncella,  
que mi señor . . .

D. PEDRO.

Pero harpía,  
si marido en su agonía,  
me he de casar yo con ella?

DOÑA INÉS.

Non pido, non vuestra mano.

D. PEDRO.

Ni tampoco te la diera.

DOÑA INÉS.

Tan solamente quisiera  
mañaseis á mi tirano.  
Matadle, señor, matadle.

D. PEDRO.

No haré tal, aunque la pese  
que luego gritará á ese  
ahorcadle, señor, ahorcadle!

DOÑA INÉS.

Catad que es un majadero  
que mi dicha desbarata.



— 352 —

D. PEDRO.

Hija, en casa no se cata  
otra cosa que el puchero.

DOÑA INES.

Que es un tutor, vos decía,  
que me acucia en este instante.

D. PEDRO.

Pues haced que vuestro amante  
acuda á la vicaría;  
y verá como su mal  
pronto remedio recibe.

DOÑA INES.

E decidme á donde vive  
esa dueña?

D. PEDRO.

Voto á tal,  
que ya me huele á malicia  
virgen tan preguntadora.

(*Aparte.*)

DOÑA INES.

Non respondéis?

D. PEDRO,

Id, señora:  
acudid á la justicia;  
y no dude vuestro afán  
que si mira vuestro empacho,  
os casará sin despacho  
con el mismo Preste Juan.



— 353 —

ESCUADERO.

A la josticial Olvidáis  
ó será errata de cuenta,  
que mil quatrocientos treinta  
es el año en que fabláis?

A la josticial E pudiera  
esta Diosa haber su asiento  
en donde á cada momento  
se la ultraja é vitupera?

Non señor: cautivo el rey  
yace agora en Tordecillas,  
é las dos pobres Castillas,  
se encuentran como sin ley.

Los nobles las alborotan,  
los moros las amenazan,  
los bandos las despedazan,  
los disturbios las derrotan;  
é sin fuero, é sin decoro  
el miserable pechero

sufre más del propio acero,  
que del acero del moro:

aquí el interés de suerte  
nos arrastra é nos divide,  
que lo ageno non se pide,  
sino lo toma el más fuerte:

aquí la pasión nos manda,  
é los ojos nos fascina;

la venganza nos domina,  
la piedad non nos ablanda;  
é aunque las leyes se irriten,  
como agora mudas son,



— 354 —

las quejas de un infanzón,  
á su espada se remiten.  
Ved, pues, la causa, señor,  
porque esta triste doncella,  
á quien un necio atropella,  
requiere vuestro valor.

D. PEDRO.

Y era esto lo que yo echaba (*Aparte.*)  
tan de menos? No en mis días,  
no más, no más gollerías,  
bien estaba como estaba.

D. FELIX.

Acabad, é conceded  
lo que pide la cuitada.

D. PEDRO.

Repito que no haré nada.

D. FELIX.

Tal dice vuesa merced?

D. PEDRO.

Como usted lo oye.

ESCUDERO.

Mal face,  
é harto pronto lo verá.

D. PEDRO.

Pero á mí qué se me da  
que se case ó no se case?

D. FELIX.

Pues estando yo delante,



— 355 —

no permito se desaire  
á fembra de tal donaire;  
alзад luego aqueste guante. (Tírale.)

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,  
que yo no soy su criado.

ESCUADERO.

Ya os halláis desafiado.

D. PEDRO.

Quién, yo?

ESCUADERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;  
el señor no pronunció  
tal cosa.

D. FELIX.

Mas vos tiré  
El guante.

D. PEDRO.

Pero no lo alcé  
y en el suelo se quedó;  
con que así, no lo entendí.

D. FELIX.

Si no reñís como noble,  
voto á tal, que de un mandoble  
dos mil muertes vos dé aquí.



-- 356 --

D. PEDRO.

Vióse apuro semejantel

DOÑA INES.

Favorecedme.

O reñid.

D. PEDRO.

No hay remedio?

D. FELIX.

Non.

D. PEDRO. [Al escudero.]

Pues id,  
y venga el agonizante,  
que de ambos modos me doy  
ya por muerto.

ESCUDERO.

Qué demencia!

D. PEDRO.

Y la terrible sentencia  
en mí se ejecute hoy;  
pues si hago lo que pedís  
el verdugo me acogota,  
y si no luego me acota  
este nuevo Belianís  
para trincharme sin duelo:  
así, pues, si este es mi hado,  
quiero morir descansado. (Se tiende.)

D. FELIX.

Qué, os echais por el suelo?



— 357 —

D. PEDRO.

Aunque tal cosa os enoje.

D. FELIX.

Enderezad ó temed . . . .

D. PEDRO.

Para qué? Píncheme usted  
por donde más se le antoje.

## ESCENA XI.

UN PAGE y dichos.

PAGE.

Acorred, nobles fidalgos,  
é ricos homes de pró,  
que la patria vos requiere  
contra propia sinrazón.

D. PEDRO.

Esta es otra que bien baila! (*Se alza.*)

D. FELIX.

Por qué suspendes la voz?  
Fabla al punto, é dinos page,  
de tu queja la ocasión.

PAGE.

Mi queja sólo es la queja  
de todo el que fi-el nació,  
é reniega la discordia,  
é su desórden feroz:



— 358 —

los campos se ven sin mieses,  
los ganados sin pastor,  
é las hazadas se arriman  
por apañar el bridón.  
Ved los hijos como dejan  
al que vida é ser les dió,  
é los hermanos se apartan,  
é se dicen luengo adiós.  
Ved el esposo cual huye  
de la que amante sirvió.  
é trueca el caliente lecho  
por el rocín corredor.  
Ved el amigo que ultraja  
á el amigo que estimó  
é por distinta vereda  
encamina su valor.  
Ved así nobleza é plebe  
de Olmedo en derredor  
formar diferentes bandos  
é provocar con furor  
lid contraria á su ventura,  
aunque grata á su pasión:  
en él un campo se miran  
Don Fadrique el lidiador  
é cuantos con él tremolan  
del descontento el pendón:  
en el otro é por el Rey  
está el josticia Mayor,  
é también el condestable,  
é su fijo, é Albornóz,  
é por fin, el que se dice

-- 359 --

de Castrojeriz señor,  
que si en la paz non se muestra,  
en la guerra siempre andó.  
Acorred, pues, los fidalgos,  
cabalgad sin dilación;  
pues cuando el clarín alarma  
é la trompeta sonó,  
los homes que se están quedos  
non son homes, vive Dios.

D. FELIX.

Acorramos á las armas.

ESCUADERO.

Voy por las de mi señor  
seguidme el page.

PAGE.

Ya sigo

## ESCENA XII.

DICHOS, *menos Escudero y Page.*

DOÑA INES.

Oh qué sin ventura soy!  
cá donde, si ora vos matan  
hallaré desfacedor  
de mi entuerto?

D. PEDRO.

En la botica.  
por tres reales de vellón.



-- 360 --

D. FELIX.

E á que lado vos inclina,  
Señor Pérez, vuestro ardor?

D. PEDRO.

A ninguno.

D. FELIX.

Ello es preciso  
seguir uno de los dos.

D. PEDRO.

Pues adonde haya más gente  
allí me arrimaré yo.  
entonces; porque á los muchos  
siempre los ayuda Dios.

### ESCENA XIII.

EL DOCTOR y *dichos*.

DOCTOR.

Guarda el Moro, guarda el Moro,  
cá de la Sierra bajó,  
é con seiscientos ginetes  
por nuestros llanos se entró.

D. PEDRO.

Otro susto!

D. FELIX.

Quién los manda?



— 361 —

DOCTOR.

Dizque los manda Almanzor,  
el Cid de Andalucía,  
el que mil veces venció  
en los juegos con destreza,  
en las veras con valor.

D. PEDRO.

Pues á fe que la tal tierra  
es tierra de promisión,  
según lo quiéto que vive  
en ella su morador;  
cuando no son los de casa,  
los moros le dan temor,  
y cuando no son los moros,  
los enamorados son.  
¿Quién quiere vivir así?

DOCTOR.

¿Qué faremos?

D. FELIX.

Cuando el sol  
luzca, lidiar en Olmedo,  
é luego ir del Moro en pos.

D. PEDRO.

Excelente pluscafé  
para luego!

---



- 362 -

## ESCENA XIV.

ESCUADERO, *Page y Dichos.*

ESCUADERO.

Ya, señor,  
tenéis aquí preparadas  
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos  
ídmelas enjaretando  
como os parezca mejor.

D. FELIX.

Brava celada!

DOCTOR.

Buen peto!

ESCUADERO.

El escudo es de primor!

D. PEDRO.

Y á donde dejan ustedes  
tan descomunal lanzón,  
que á su lado el de Longinos  
fué palillo de tambor!



— 363 —

DOÑA INES.

Esta cinta vos presento  
de favor.

D. PEDRO.

Lindo favor!  
Guardadla para divisa  
de algún toro de Gijón.

ESCUADERO.

Ya estáis armado.

D. PEDRO.

Me alegre.

D. FELIX

Servidnos, pues de guión;  
cá todos vos seguiremos,  
é á vuestro lado . . . .

D. PEDRO.

Quién? yo?

Primero es que pueda dar  
un paso.

D. FELIX.

Sentís temor?

D. PEDRO.

Qué temor, ni qué morcilla;  
lo que siento es veinte y dos  
arrobas de peso encima  
de mi cuerpo.



— 364 —

ESCUADERO.

Qué baldón!

D. PEDRO

Será lo que ustedes quieran;  
pero repito que no  
puedo moverme.

PAGE.

El rocín  
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,  
lo dicho, dicho, si ustedes  
llevados de compasión  
no cargan conmigo á cuestras,  
aquí me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,  
que si no hay otro remedio,  
podrán ayudaros dos  
pages, hasta que logréis  
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo  
de ayudas; carguen conmigo  
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.



— 365 —

D. PEDRO

Pues que carguen.

ESCUADERO

Facedlo, pages, é vos (á D Felix.)  
id adelante.

D. PEDRO.

No me opongo,  
Dios mío, dadme valor;  
que si en ogaño me miro,  
no quiero otro antaño, no. (Vanse.)

## ESCENA XV.

D. JUAN É ISABEL.

ISABEL

Escuchásteis?

D. JUAN.

Lindamente,  
desde el principio hasta el fin.

ISABEL.

Y va bien?

D. JUAN.

Perfectamente;  
¿Más donde toda esa gente  
se encamina?



- 366 -

ISABEL,

Hacia el jardín  
presumo.

D. JUAN

¿Y qué es lo que harán  
allí?

ISABEL.

Toma, en todo evento  
allí el cuento concluirán.

D. JUAN.

Pero cómo?

ISABEL.

Ese es el cuento;  
que no sé cómo podrán  
desengañar su manía  
sin que se ofenda, y.....

D. JUAN.

Ni yo;  
más calla, qué gritería  
es esta?

ISABEL.

Alguno cayó,  
y la escalera rodó  
sin duda.

D. JUAN.

Bueno sería  
ahora que.....



— 367 —

## ESCENA XVI.

DOÑA INES *y dichos.*

DOÑA INES.

Ay señor Don Juan  
de mi vida, y qué fracaso  
sucedel

D. JUAN.

Pues qué sucede?

DOÑA INÉS.

¡Ay quién hubiera pensado  
tal cosal

D. JUAN

Qué cosa?

DOÑA INES

Mire

usted como estoy temblando.

ISABEL.

Y yo también tiemblo, sólo  
por concomitancia.

D. JUAN.

Vamos,  
en suma, qué ha sucedido?



- 368 -

DOÑA INÉS

Que el tío se ha desmayado.

D. JUAN.

Qué dice usted?

DOÑA INÉS.

Sí, señor,

que al llegar al postrer tramo  
de la escalera, salieron,  
no sé de donde, unos cuantos  
á la manera de turcos  
con mas barbas que un zamarro,  
gritando Zalamelé,  
lo que causó tal espanto  
á Don Pedro, que la lanza  
se le escapó de las manos  
al punto, y dió con su cuerpo  
en tierra.

ISABEL.

Jesús!

D. JUAN.

Corramos

á socorrerle.

ISABEL.

No tal,

que aquí le traen desarmado  
y medio desnudo.

DOÑA INÉS.

¿Qué,

ha vuelto ya del desmayo?



— 369 —

## ESCENA XVII.

D. FELIX, EL ESCUDERO, PAGEÑ,  
MOROS, ETC. QUE TRAEN A D. PEDRO,  
*y dichos.*

D. FELIX.

No; pero empieza á mover (*A Doña  
los ojos. Inés.*)

DOÑA INES.

Dios sea loado.

ESCUDERO.

En dónde se pone?

D. JUAN.

Venga

su poltrona.

ISABEL.

Ya la traigo,  
con la bata y con el gorro  
de dormir. (*Siéntanle y le visten*)

DOÑA INES.

Voy por un frasco  
de agua de Colonia.

D. JUAN.

Creo

que será más acertado



- 370 -

se vayan usted y Felix  
á desnudar, entretanto  
que nosotros.....

D. FELIX.

Dice bien.

D. Juan.

DOÑA INÉS.

Muy bien.

(*Vanse.*)

## ESCENA XVIII.

DICHOS, *menos Doña Inés y D Felix.*

D. JUAN.

Ea muchachos,  
descolgad esos tapices  
y esas cornucopias.... Vamos,  
despáchense ustedes.... quiten  
el sitial.... no dejen rastro  
de tal farsa.

ISABEL

(*Con una mesa*)            Aquí viene  
El velador.

D. JUAN.

Colocadlo  
en su lugar

PAGE.

(*Con unas sillas*)        Y estas sillas?



— 371 —

OTRO PAGE.

Y este velón? (Con un veión.)

UN MORO.

Y este Santo  
Cristo?

D. JUAN.

Allí... aquí.

ISABEL.

A el Santo Cristo  
se le cuelga de aquel clavo.

MORO.

Ya lo está.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

Chitón, que vuelve  
en sí.

D. JUAN.

Irse todos.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

¿Qué hago  
yo?

D. JUAN.

Irte también; mas vendrás  
con el refresco de tu amo



— 372 —

tan luego como lo tengas  
hecho.

ISABEL.

Bueno

## ESCENA XIX

D. PEDRO Y D. JUAN.

D. PEDRO.

Dónde me hallo,  
Virgen Santa? En qué mazmorra  
me han metido?

D. JUAN.

Finjamos. [*Aparte.*]

Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Ay de mí.  
que me estaban escuchando.

D. JUAN.

Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Señor  
Don Almanzor, D. Pilatos,  
ó como usted se apellide,  
tenga piedad de un anciano  
que nunca comió tocino  
y no le pringue.



— 373 —

D. JUAN.

Desbarro

¡igual, jamás escuché!  
qué es lo que está usted hablando,  
Señor Don Pedro? no mira  
que soy yo? Don Juan? su amado  
y antiguo amigo?

D. PEDRO.

Pues qué,  
también me le cautivaron  
á usted aquellos mastines?

D. JUAN.

Vaya, que se ha despertado  
usted con buenas ideas  
ó quimeras en los cascos!

D. PEDRO.

Despertadol

D. JUAN.

Y de una siesta  
con honores de letargo,  
según y como duró.

D. PEDRO.

En efecto....sí....ahora caigo,  
verdad es que me acosté  
á dormir....no en este cuarto  
me parece....no....aunque sí  
en aquel....cuando acabamos  
de comer....y....pero cómo

Gorostiza.—Tomo II,—47



— 374 —

me encuentre ahora sentado  
en esta poltrona?

D. JUAN.

Cómo?

D. PEDRO.

Pues.

D. JUAN.

Qué se yo... ¡pero hay varios  
que son sonámbulos, y andan  
la casa de arriba abajo,  
dormidos como una piedra ;  
puede que vd....

D. PEDRO.

Yo?

D. JUAN.

Agitado  
por alguna pesadilla....

D. PEDRO.

Ay Don Juan de mis pecados,  
que eso fué entonces.

D. JUAN.

Qué fué?

D. PEDRO.

Eso,  
sin ponerlo ni quitarlo.

D. JUAN.

Pesadilla?



— 375 —

D. PEDRO.

Y bien pesada.

D. JUAN.

Algún torazo marrajo  
que ya le iba á los alcances,  
eh?

D. PEDRO.

No, señor.

D. JUAN.

O algún diablo  
narigón y patituerto,  
con sus cuernos y su rabo,  
que á horcajadas se pondría,  
quizá, sobre el espinazo  
y con sus uñas de grifo  
le habrá estado atormentando  
á usted, y . . . .

D. PEDRO.

No, no eran grifos,  
ni diablos, ni toros bravos,  
ni nada de cuanto usted  
piensa.

D. JUAN.

Qué eran, pues?

D. PEDRO.

Qué! hidalgos,  
escuderos, pages, dueñas,  
doctores, moros, cristianos,



- 376 -

farautes, mantenedores,  
y personeros malvados  
con la sabida comparsa  
de calzas, gregüescos, mantos,  
tocas, faldas, desafíos,  
torneos, escudos, cascos,  
lanzas, mulas, aforismos,  
zalamelés y porrazos;  
y de tal suerte, Don Juan,  
todos ellos me han dejado,  
que no sé lo que me pesco;  
si velo, ó si estoy soñando  
todavía; si estoy vivo,  
ó si ya estoy enterrado.

D. JUAN.

Si entendiere lo que usted  
me cuenta, que. . . .

D. PEDRO.

Y lo más raro  
es que me hallo tan molido,  
y tanto me duelen brazos  
y piernas, que no parece  
sino que han estado andando  
conmigo al morro.

---



— 377 —

## ESCENA XX.

ISABEL *y dichos.*

ISABEL.

El refresco.

D. PEDRO.

Dios te lo pague, que el flato  
me empezaba ya á ostigar.

ISABEL.

Mire usted qué pan tan blanco!

D. PEDRO.

Venga.

ISABEL.

Es de leche.

D. PEDRO

Muy rico. *(come.)*

ISABEL.

Pues, y el bollo?

D. PEDRO.

Delicado. *(come.)*

ISABEL.

Pruebe usted aquesta torta  
de Morón.



— 378 —

D. JUAN.

No le haga daño....

D. PEDRO.

A mí?

D. JUAN.

Dígole porque  
nuestros padres merendaron  
tan solo cosas ligeras,  
como quien dice, gaspacho,  
ensalada ó sopa en vino,  
y siempre estaban muy sanos.

D. PEDRO.

Sí, pues yo quiero enfermar [con la  
de una indigestión. boca llena]

## ESCENA XXI

D. FELIX *con un libro en folio en la mano  
y dichos.*

D. FELIX.

Reclamo  
de usted, tío, el que me saque  
de una duda.

D. PEDRO.

(*Mirándole.*) Algo más alto (*Aparte.*)  
me parece, que el señor  
de Valdecorneja.



— 379 —

D. FELIX.

Ocampo  
en su crónica nos dice  
que un nieto de Arias Gonzale  
cabalgando en un tordillo . . .

D. PEDRO

[[*Levantándose muy enfadado.*]

Loco, necio, mentecato . . .

D. FELIX.

Pero tío!

D. PEDRO.

Suelta el libro.

D. JUAN.

Qué intentáis hacer?

D. PEDRO.

Quemarle  
con todos los pergaminos  
que haya en casa.

D. FELIX.

Si enfadaño  
se ha de poner usted, tío,  
sin motivo, á cada paso  
conmigo, por vida mía  
que el día menos pensado  
siente plaza.

D. PEDRO.

Tú?



— 380 —

D. FELIX.

Yo?

D. PEDRO.

Dime,  
sabes lo que es ser soldado?

ISABEL.

Y usted lo sabe?

D. PEDRO.

Caramba

Si lo sé.

ISABEL.

Pues cuándo?....

D. PEDRO.

Cuándo?

eso no te importa á tí;  
más repito que es estado  
de mi alma, y que si este mozo  
armado de punta en blanco,  
se hubiera hallado en batallas,  
como yo sé quién y callo,  
no nos lo echaría ahora  
de buche.



— 381 —

## ESCENA ULTIMA.

DOÑA INES *y dichos.*

DOÑA INES.

Estuve aguardando  
tío, á que usted despertara  
para hablarle sin empacho  
sobre una materia que  
interesa en sumo grado  
á todos los de esta casa.

D. PEDRO.

Vaya un solemne prefacio!

DOÑA INES.

No ignoro lo que usted proyecta  
hace algún tiempo, el casarnos  
á Felix y á mí. . . .

D. PEDRO.

Sí; pero. . . .

DOÑA INES.

Creyendo que nos amamos  
con toda aquella energía,  
fuego, pasión y arrebató  
que se han requerido siempre  
en tales lances ..

D. PEDRO.

El caso  
es.ese; que yo no veo. . . .



— 382 —

DOÑA INES.

Y sin los cuales, en vano  
puede esperarse ventura;  
dígalo si no, entre varios  
ejemplos que se me ocurren,  
lo que sucedió en el año  
de mil trescientos y tres,  
ó de mil trescientos cuatro  
á mi gran tatarabuela....

D. PEDRO.

La que Dios tenga en descanso,  
y la que tú también vas  
á dejar con su trabajo  
en donde quiera que esté,  
si te he de oír.

DOÑA INES.

Es que ella....

D. PEDRO.

Al grano,

nija, al grano y dejémonos  
de tatarabuelas.

DOÑA INÉS.

Pasó,

pues, adelante, y con gran  
dolor y vergüenza, me hallo  
obligada á confesar  
que estábais equivocado,  
de medio á medio, y que Felix  
aunque me estime algún tanto,



— 383 —

no me ama como debiera,  
y como en su tiempo amaron,  
los Bernardos y Rodrigos,  
los Macías y Abelardos.

D. PEDRO,

Y él que la hiciera.

DOÑA INÉS.

Miradle!

ni está pálido, ni flaco,  
ni ojeroso, ni amarillo,  
ni tose, ni tiene espasmos,  
ni solloza, ni tiritita,  
vamos, ni aun se ha puesto calvo!

D. PEDRO.

Oiga! y qué gran picardía!

DOÑA INÉS.

Por todo lo que, he tomado  
mi partido, y determino  
no casarme en veinte años.

D. FELIX.

Prima!

D. PEDRO.

En veinte años!

DOÑA INÉS.

Sí, Felix,

este tiempo es necesario  
para probar tu constancia:  
márchate á climas lejanos,



— 384 —

come poco, duerme poco,  
y piensa en mí, hasta que el plazo  
se cumpla y vuelvas entonces  
á que te premie mi mano,  
si fuistes firme.

D. FELIX.

Repara....

DOÑA INES.

Yo entretanto, siempre al lado  
de nuestro buen tío, haré  
que se empleen mis conatos  
tan sólo en su bienestar;  
y como sé lo apegado  
que es su merced á los usos  
de nuestros antepasados,  
á sus trajes y comidas,  
horas, muebles y saraos,  
me propongo el transformar  
esta casa, sacrificando  
para ello todos mis gustos,  
en un alcázar flanqueado  
por cuatro torres, con fosos,  
rastrillos, puentes y enanos.

D. PEDRO.

(*Asustado.*) Cómo es eso!

DOÑA INES.

Y comeremos  
ya salpicón, ya tasajo....

— 385

D. PEDRO.

(*Gritando.*) Isabel?

DOÑA INES.

Y beberemos  
hipocrás....

D. PEDRO.

[*Más fuerte.*] Isabel?

ISABEL.

Amo  
y señor.

D. PEDRO.

Marcha corriendo  
y avísale al escribano,  
que mañana mismo extienda  
el matrimonial contrato  
de esta chica con su primo.

DOÑA INES.

Tío!

D. PEDRO.

[*A Isabel.*] Oyes, y también de paso  
llégate á la iglesia, y dile  
al cura que preparado  
tenga todo para que  
se casen luego. Canario  
con la idea!

DOÑA INES.

Pero....



- 386 -

D. PEDRO.

Calla,

mujer, ó te descalabro.

DOÑA INES

Si usted se empeña....

D. PEDRO.

Me empeño.

D. FELIX.

Si usted lo manda....

D. PEDRO.

Lo mando,

sí señor, como también  
que nadie me hable de cambios,  
alcázares y rastrillos,  
tasajos ni bebistrajos.  
Vivamos como en Chinchón  
se vive, y no nos metamos  
en dibujos.

D. JUAN.

Muy bien dicho;

y tan solamente extraño,  
cómo pudo usted decir  
antes, todo lo contrario,

D. PEDRO.

Es que antes, señor Don Juan,  
no había yo paladeado  
ni aun durmiendo, el saborete  
*de las costumbres de antaño*

FIN DEL TOMO II.



## INDICE.

	<u>PAGS.</u>
DON DIEGUITO.....	5
EL AMIGO INTIMO.....	181
LAS COSTUMBRES DE ANTAÑO Ó LA PESADILLA	307

